





**Bertran María Zupeuc Flassbarth**

*Cuentos de  
un viajero*

**Francisco Zupeuc Sini**

# Créditos



*Autorretrato a lápiz 1952.*

Este libro esta dedicado a los hijos y nietos, a las familias y los descendientes que tienen y tendrán relación con Bertram. Van a poder conocer o reconocer a este hombre que fue mi padre, con el que pude compartir brevemente algo de lo que le tocó vivir en su paso por este mundo. A su modo, dejó enseñanzas que ojalá podamos, a través de sus cuentos, interpretar para acercarnos de alguna forma al espíritu que quiso transmitir a todo el que pudo, muchas veces intensamente, en otras, en forma melancólica, y en otras con un dejo de cinismo, como cuando Diógenes caminaba a la luz del día portando una lámpara encendida diciendo: “busco un hombre honesto sobre la faz de la tierra”, incitando constantemente a reflexionar sobre las complicaciones inútiles a las que la vida en sociedad a veces nos arrastra.

*Francisco Zupeuc*



*Especiales agradecimientos a  
mi amigo Hernán Jiménez,  
quien con su visión y  
generosa entrega  
hizo posible esta publicación.*





## *Nota del Editor*

El texto que usted tiene en sus manos, corresponde a una versión interpretativa y muy personal que Bertram María Zupeuc Flassbarth tiene sobre los acontecimientos. Realiza el recuento general de su vida, y las personas nombradas pertenecen o correspondieron a la realidad, sin embargo, es la visión de un hombre que viaja física y espiritualmente, claramente intervenida por sus anhelos, aspiraciones e impresiones singulares. Esta edición decidió ser fiel a ese punto de vista y al espíritu general de sus palabras. No obstante, no debe perderse el punto de vista de la realidad de cada personaje, que también puede ser leída desde otras perspectivas u otras verdades.

La estructura, datos del contexto, y formulación definitiva del orden de estos escritos corresponde al trabajo de Francisco Zupeuc Sini, quien compila la información desde una literal caja de memoria. Ésta se convierte –después de unir e integrar muchos fragmentos aislados– en la historia de su padre y la de toda su familia. Su propuesta es recordar y preservar los cuentos de un viajero, a modo de llamado final a la confluencia del amor.



# Índice

PALABRAS PRELIMINARES .....	13
PRÓLOGO .....	15
ÁRBOL GENEALÓGICO .....	17
CUENTOS DE LA GUERRA .....	19
El hombre al que le gustaba cantar.....	23
El soldado renuente.....	45
Oficios de postguerra .....	69
En busca de identidad.....	91
CUENTOS DE UN EMIGRANTE .....	101
El lugar más lejano .....	105
Nuevos rumbos .....	129
Una nueva vida .....	141
Contrastes de la Selva.....	151
CUENTOS DE LA SELVA .....	165
Lichita .....	169
Un parto en la Selva .....	175
Una clase de funeral .....	179
La brujería existe.....	187
CUENTOS DEL FINAL .....	195
El maletín .....	199
Nueve días secuestrado por los extraterrestres .....	219
Las violaciones .....	235
El último viaje.....	241
CREACIONES DE BERTRAM .....	253
Dibujos .....	258
Pinturas .....	260
Fotos .....	263



## *Palabras preliminares*

Este libro es, de una particular manera, una metáfora de sí mismo. Se reescribe a sí mismo, se cuenta a sí mismo y se cierra por sí mismo. La mano que lo termina, es el recorrido de su hijo, que une estas palabras errantes dándole vida y unidad a los cuentos. Tal como haría un cronista dedicado, le da forma y sentido a manuscritos, historias, fotografías, dibujos y pinturas originales, en los que rescata, viaja y reconstruye la historia de su familia desde el siglo XIX. Estructurado en cuatro grandes momentos de la travesía, el texto se inicia contándonos los horrores de la guerra, el sabor del canto, los oficios y la persistente forma en que un hombre busca su identidad. El segundo grupo de relatos, se enmarca dentro de la peregrinación más lejana, la búsqueda de una nueva vida y el derrotero río arriba, una suerte de Joseph Conrad en el “*El corazón de las tinieblas*”, pero con la diferencia de ser, esta vez, mucho más corazón que oscuridad. Las personas, la vida, la muerte y el asombro son el centro temático de los llamados Cuentos de la Selva, tercera parte del viaje de conocimientos que realiza el protagonista y también el cronista rezagado que ordena todas las piezas. Concluye este largo andar y desandar caminos, del hombre que viajó contándose y construyéndose, con las reflexiones más esenciales de lo que podría ser una vida sin caretas, la dureza de la realidad y los últimos puentes hacia la claridad de sí mismo. Un libro verdadero, sincero en su decir, honesto y franco, que pone en cuento la guerra y la paz, de alguien que buscó entenderse con la máxima intensidad.

*Hernán Jiménez Herrera*



## *Prólogo*



**E**n una pequeña casa tapada por enormes cipinos que él llamaba “La Casa de los Cipreses”, Bertram María Zupeuc ha pasado los últimos siete años desde que llegó a Pichilemu, revisando y escribiendo acerca de su vida; una vida llena de historias, cuentos y aventuras que solo el más consistente podría sobrevivir. El cuarto hijo de una estricta madre alemana y de un padre cantante de opera yugoslavo, nació dentro de la familia equivocada, en el país equivocado y en la época equivocada.

Como una hoja en el viento, él fue impulsado en muchas direcciones. Estudió y aprendió por sí solo cualquiera fuese el oficio o la necesidad para encontrar trabajo después de la Segunda Guerra Mundial, en Alemania, y como emigrante en Chile. Su combinación de talentos artísticos le trajo carreras como diseñador de escenarios de teatro, y como ceramista; sus facilidades lingüísticas en español, inglés, alemán, francés y serbocroata lo llevaron a trabajar en bancos como corresponsal extranjero; más tarde, construyó una exitosa carrera como gerente y director de una industria pesquera

en Quintero y como contador en el departamento de Control de Inversiones para America Latina de una empresa transnacional en Perú.

Recién llegados a Chile en 1952, Bertram y su hermano Franz pintaron tres grandes murales en fresco de algunos pasajes bíblicos, en la pequeña iglesia de Santa Clara ubicada en el pueblo de Pahuilmo, en el valle de Mallarauco. A veces, él se preguntaba si todavía existen, pero obedeciendo a su propia descripción, como “el ser más flojo del planeta”, nunca se decidió a viajar al lugar para averiguarlo.

¿Qué hacer cuando terminaron sus 18 años de matrimonio? ¿Cómo seguir adelante? Tal vez escapar, irse o viajar a una ciudad peruana asentada en el borde de la selva amazónica. Esta última decisión le brindó una nueva esposa, una nueva familia y, por un tiempo, algunos años de paz y de reencuentro consigo mismo.

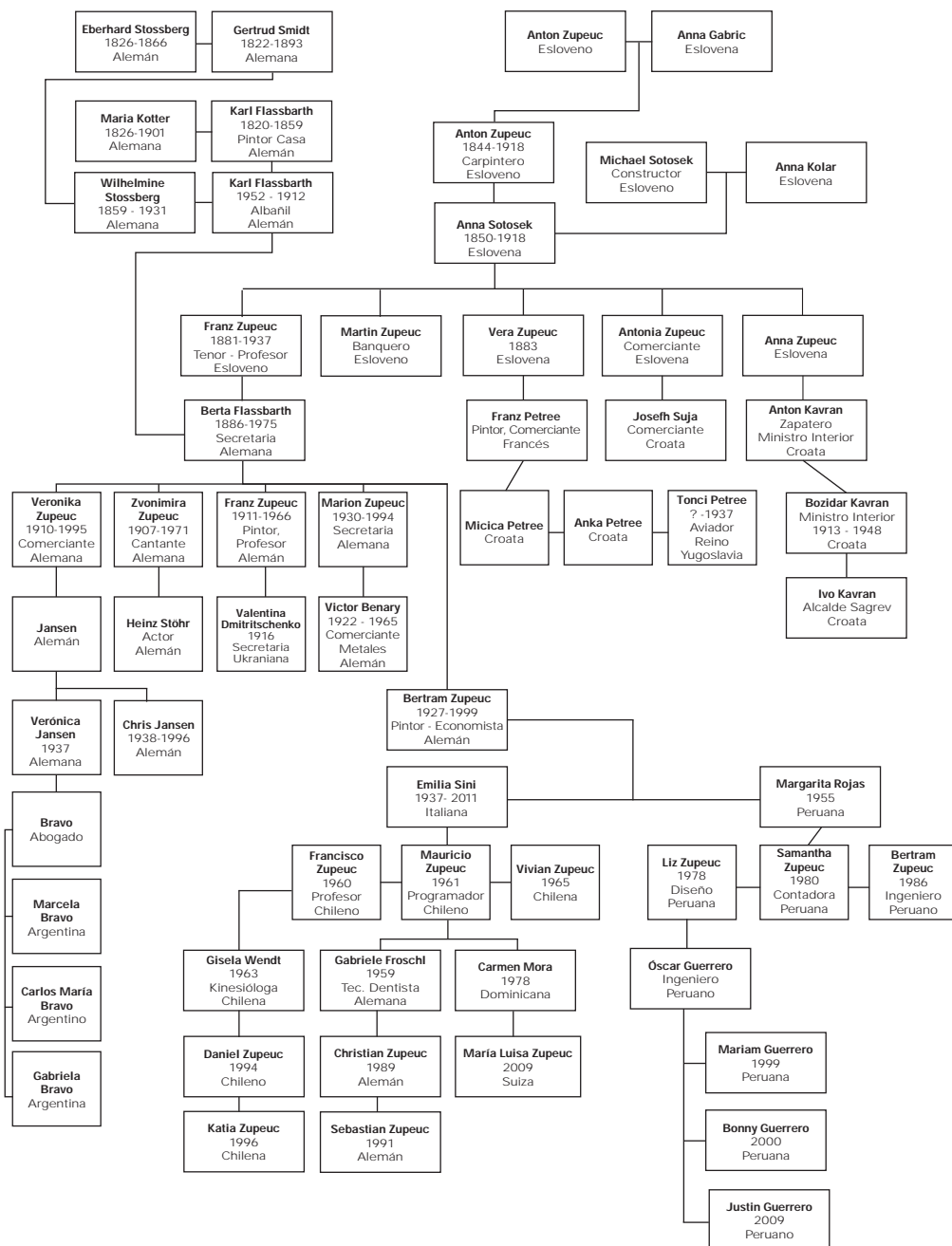
Más tarde, en Pichilemu, él hibernó en su cabaña escondida entre pinos, eucaliptos, aromos, calas, capuchinas, parras y un gran manzano, que lo acompañaron en el sueño que tuvo su hermana mayor, Zvonimira, la cantante de ópera, que en 1970 comenzó a construir su futuro en ese lugar, pero fue interrumpido prematuramente por la enfermedad y la muerte. Él vivió sus últimos días en ese refugio que añoraba su hermana, alejado de las grandes ciudades, de las grandes ambiciones, de sus familias y de la gente. Ocasionalmente, emergía con su estatura desgarrada y caminaba al centro en busca de un “expreso” y una charla con alguien conocido, para después, con su característico estilo Hemingway, desplegar su humor fuera de tono alrededor del pueblo, produciendo el desapruebo de algunos y risas de otros.

Y así, reposado enfrente de su máquina de escribir, cigarrillos y café a mano, acercándose ya a los 70 años, trabajaba en su autobiografía, así continuó preguntándose sobre la vida, no solo la de él, sino también la de TODOS. Tal vez, en varias de sus historias encontremos, entre líneas, algunas respuestas.



# Familia Zupeuc

## 1860 - 2010



Ciento cincuenta años,  
cinco generaciones



# *Cuentos de la guerra*



*Birkenwerder, Berlin 1929.*



*“Hay lo suficiente  
para nuestras necesidades,  
pero no lo suficiente  
para nuestra avaricia”.  
Mahatma Gandhi*





Franz Zupenc Sotosek 1934

## *El hombre al que le gustaba cantar*

**H**abía un gran jardín con pasto verde y árboles frutales. Los árboles daban frutas de diferentes clases y variedades como manzanas, peras, ciruelas, cerezas y guindas, eran grandes, pequeñas, rojas, amarillas, verdes, ácidas, dulces y ricas. Atrás, un terreno arenoso, donde también había plantadas una gran variedad de arbustos de frambuesas, grosellas, frutillas y fresas. El verano era muy generoso y nos regalaba todas esas frutas, todas de temporada, lo que para ese lugar de Europa era un verdadero paraíso.

Los inviernos eran largos y fríos, solo quedaba de lo que mi madre cocinaba y guardaba en conservas en frascos de vidrio. La gran casa que nos cuidó y crió durante los primeros años de vida, fue comprada durante la depresión

alemana en noviembre de 1922, época cuando se llegó a pagar un y medio millón de marcos por un pedazo de mantequilla; a nuestros padres les tocó pagar muy caro todas las determinaciones por parte de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, en especial de Francia e Inglaterra, naciones que cobraron grandes multas por reparaciones de guerra a Alemania como resultado del Tratado de Versalles. Eran tiempos difíciles de entender y llenos de acontecimientos que determinarían el futuro cercano de una Europa convulsionada por los cambios políticos, económicos y tecnológicos.

En esos tiempos, Albert Einstein obtendría el premio Nobel de Física por su descubrimiento sobre la naturaleza corpuscular de la luz y casi simultáneamente Hitler es designado presidente del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores; 10 años más tarde él sería canciller de Alemania. Benito Mussolini, por su lado, realizaba la marcha sobre Roma, encabezando un golpe de Estado, haciéndose del poder en Italia e implantando un régimen fascista. Los británicos encarcelaban a Mahatma Gandhi cuya influencia política y espiritual era tan grande en la India que las autoridades británicas no se arriesgaban a atacarle, y en Rusia, Stalin fue nombrado secretario general del Partido Comunista, cargo que retendría durante los próximos 30 años.

Nuestra familia se debatía por sobrevivir en Berlín, en medio de Europa, donde la economía del país no estaba preparada para pagar su deuda a los países vecinos y además levantar a una Alemania derrotada; a semejante esfuerzo no pudo hacer frente hasta que finalmente colapsó. En dichas circunstancias, en 1925, Hitler publicaba su libro “Mein Kampf” y simultáneamente el “marco”, la moneda alemana, perdía su valor, se devaluó y provocó una desbocada hiperinflación que disparó los precios y originó altos niveles de desempleo.

Fue esta desastrosa situación la que favoreció el ascenso de políticos con ideologías extremistas, creándose así el caldo de cultivo necesario para que Adolf Hitler obtuviera mayoría en las elecciones de 1932 y presidiera desde enero de 1933 un gobierno que iría acaparando todos los puntos de poder que le



permitiera aplicar una política de terror en el país y un brutal expansionismo a los países vecinos. Llevaría a Alemania a su segunda gran guerra en menos de tres décadas. Hitler, ya como Canciller, comenzaría a restringir los derechos de las personas y crearía las formaciones de elite de las SS y las juventudes hitlerianas, quienes, al poco tiempo, organizarían la quema y destrucción de libros considerados antialemanes.

En esa Alemania de entreguerras, Franz, o más bien Franjo, cantaba ópera alemana y rusa, hacía presentaciones por diferentes teatros. En esos momentos él juntó suficiente dinero como para comprar la casa donde nació, tuvo que ir virtualmente con una carretilla para poder pagar, al día siguiente ya sería imposible, la casa costaría el doble. Fue en su momento una de las mejores decisiones que haya tomado mi padre, incluso pensó en un momento que sería una solución al problema de abastecimiento el tener una vaca en el patio trasero.

Una vez instalados en las afueras de Berlín, hoy en el barrio periférico de Birkenwerder, mi padre estaba feliz, él cantaba. Cantaba día y noche, le gustaba mucho cantar. Era alegre. Pero nunca pude entender las extrañas palabras que él cantaba. A veces me gustaba su canto, pero siempre cantaba demasiado y las mismas arias. Muchas veces deseaba nunca más tener que oír “Donna e mobile”.

En la casa vivían mis dos hermanas mayores, una cantaba también como su padre. A la otra no le gustaba cantar, pero me contaba cuentos, como aquel sobre los diez pequeños negros que desaparecían uno tras otro, hasta que no quedaba ninguno.

Un día me encontré con aquel de quien decían que era mi “hermano” mayor, que había estado lejos. Vino al jardín y se acostó al sol en el pasto. Cuando me acerqué a él para verlo, trató de agarrar mi pie, como un cocodrilo, pero yo lo quité, solo para provocarle a tratar de nuevo. Y así jugábamos al “cocodrilo” hasta que él se aburrió y entró. Yo ya tenía unos cinco años, y en ese breve momento fue la única vez que yo recuerdo que alguien había jugado conmigo.

Para completar la familia, había una recién nacida, me dijeron que era la hija de la mujer gorda. Cuando aprendí cómo esto se había hecho, no podía imaginar cómo el cantante pudo haberse acoplado a mi madre. No era linda ni hermosa o de alguna manera atractiva, ni cariñosa o agradable. Ella no poseía una naturaleza alegre ni chistosa, y cuando parecía alegre, era artificial e hipócrita, con una razón detrás de ello. Era impensable que ella gastara un gesto de cariño o de amor. Para ella la unión de un hombre y una mujer era simplemente una molestia.

Ella solo daba órdenes, y si no eran obedecidas o se producía una situación que ella no podía resolver con sus órdenes, empezaba a gritar, y con frecuencia tenía ataques de paroxismo histérico, durante los cuales sus gritos podían oírse por toda la avenida. Como yo tenía que obedecer a esa mujer, hice todo lo posible para no cruzarme a su paso. Como ella raramente estaba en casa y frecuentaba más bien su negocio, yo estaba solo durante largos períodos de tiempo. A pesar de lo extraño de esa casa, el cantante continuaba viviendo con esa mujer.

Él era una buena persona, siempre amable, pero, también aprendió a gritar durante sus frecuentes batallas. Nunca le oí gritar en alguna otra ocasión, excepto cantando. Entonces su tenor resonante podía ser oído por cuerdas. Su voz fue comparada con frecuencia con la del gran Benjamino Gigli, su ídolo. Él también era actor en el escenario, y aunque un poco regordete, él presentaba una figura bien vestida y elegante. Nació en el Imperio Austro-húngaro el 12 de septiembre de 1881 en Brezice, Eslovenia, casi frontera con Croacia.

Durante su niñez la familia tuvo que mudarse a Zagreb donde se educó en el colegio hasta los 12 años. Su padre y abuelo fueron campesinos y administradores de pensiones pequeñas. Tenían una gran tienda de víveres que más tarde quedaría para sus hermanas, mis tías Toni y Vera. Prematuramente quedó casi sin familia. Su padre murió a los 56 años por tuberculosis y sus hermanos Martín a los 22 y Lucía a los 16.

Él leía mucho, sus escritores favoritos eran Tolstoi, Dostoievski, y de Shakes-

peare tenía casi todos los dramas. No hacía ninguna clase de deportes pero amaba los paseos y los viajes.

Su sueño era hacerse actor y poder actuar en el famoso teatro de Zagreb, pero a los 17 años repentinamente se vio como cantante, la ciudad necesitaba hombres guapos en el coro, así que lo pusieron a cantar. Hasta ese momento siempre había practicado solo, pero cuando fue a las pruebas, descubrieron su talentosa voz y así obtuvo el permiso para practicar canto y piano en la sala del teatro. Como a los 19 años viaja a Viena, donde estudia canto y trabaja en el "Carltheater" como un novato, allí conoce al famoso director Semlynski. Un año después va brevemente a Eger, Hungría, y sigue camino a San Petersburgo, Rusia, para, finalmente, volver a Berlín a encontrarse con el director Monty y definirse como un meritorio tenor. Se integra a trabajar en



*Que la vida tenga amor! Que el amor tenga vida!  
...eso es... mucha vida a Berta. Invierno 1919.  
Tú Franz.*

el coro de uno de los mejores teatros de Occidente y también hacer otros pequeños roles. En 1907, en esta pujante ciudad, conoce a una niña alemana, rubia, aún esbelta, que se llamaba Berta Flassbarth, mi madre, con quien a los pocos meses decide casarse; ya en agosto nace la primera hija a quien llaman Zvonimira (nombre yugoslavo). Con sus ahorros arriendan una pieza en Charlottenburg, Berlín, y con el poco dinero que tenían logran comprar un piano, el que los acompañaría a todos lados, sería a futuro como alguien más de la familia. Después de dos años nace mi hermana Vera. En ese entonces le proponen a papá ser solista en Osijek, segunda ciudad más importante de Croacia.

Él acepta el desafío pero desafortunadamente se enferma gravemente de una inflamación severa a los huesos; debe quedarse seis meses en cama. Después de haber estado por todo ese tiempo como un inválido, tuvo que aprender lentamente otra vez a caminar. Debido a la difícil situación que enfrentaban, Berta comienza a trabajar como costurera, mientras que papá hace intentos por volver al teatro con su viejo amigo y director Monty. Allí es recibido con los brazos abiertos pero debe trabajar cantando y bailando todavía con las rodillas adoloridas. Motiva a mamá para que tenga su propia tienda de costura. Le insiste y la convence; en 1913, un año antes de la Primera Guerra Mundial, inauguran el negocio “Handarbeitsgeschäft Sotoschek”, pensó que su segundo apellido era más fácil de pronunciar que Zupeuc. En esas circunstancias nace el tercer hijo, el primer varón, al que llamaron también Franz.

Después de casi un año la tienda les quedó chica y arrendarían en la calle Berlinerstrasse 102, en lo que sería su tienda definitiva. Durante semanas tuvieron que estar buscando un lugar donde vivir, nadie admitía a una familia con tres hijos, finalmente encontrarían una habitación cerca de la tienda, pero los niños estaban solos todo el día, mamá llegaba después de trabajar en la tienda y papá después de los ensayos o presentaciones. El piano les acompañaba en el pasillo.

Con la guerra fueron cerrados todos los teatros y los cantantes iban a los locales nocturnos para ganar algo. A papá le llegaron muchas invitaciones para trabajar en distintas cosas. En ese tiempo, contradictoriamente a lo esperado, ganaba mucho dinero, del cual la mayoría era destinado a abastecer la tienda, incluso alcanzó para decorar las vitrinas. Se fueron a vivir al cuarto piso de un edificio, donde los niños con el trineo y el despertador jugaban al carro de bomberos, con todo ese ruido les hacían difícil la vida a los vecinos. Por esto, nuevamente tuvieron que arrendar otra vivienda, pero esta vez fue la casa que estaba justo atrás de la tienda. Ahí tuvieron que dormir los cinco en dos camas. Después, además, se les unió la tía Liesbeth. Cerca de la ventana dejaban la máquina de escribir, los dibujos de los manteles, cortinas y alfombras que fueron todos hechos en casa. En el pasillo se encontraba la cocina, donde Voni una vez confundió petróleo en lugar de vinagre y lo echó encima

de la ensalada de coles. En 1917, a causa de la hambruna se sacó a los niños de Berlín y los llevaron nuevamente a Agram, donde su abuela, con la que vivieron hasta el final de la Gran Guerra.

Papá, con el final de la guerra y el comienzo de la inflación, empezó a sentirse cada vez peor, con graves síntomas de angustia, depresión y poca esperanza en el futuro, todo desencadenó en varios accidentes cardiovasculares. Repentinamente, dejó la música y empezó a trabajar duro en el negocio ayudando a mamá. La inflación alcanzó el punto máximo, el dinero que entraba ya no era puesto en la caja, sino que en una cesta para lavar ropa. Este era llevado siempre a la pieza y dado vuelta encima de la cama, para poder contarlo. Después de un tiempo pensaron que era importante salir de la ciudad y muy necesario comprarse una granja, para eso viajaron a Ostpreussen, pero finalmente se decidieron por algo más cercano, por una villa en Birkenwerder. Papá ofreció un millón y cerró el trato antes que se devaluara el dinero nuevamente. Con la plata pagaron la casa y además cuatro parcelas de bosque. Toda la familia tenía que trabajar hasta el agotamiento, tenían que plantar y regar. Después se construyó el establo para una vaca y así abastecernos de leche, pero la idea fracasó porque la comunidad no aceptó tener vacas en el radio urbano.





En 1927 nace el cuarto hijo, Bertram María, y en 1930, la menor, Marion Ana. La familia comienza a establecerse en Alemania y aparentemente se veían tiempos de estabilidad. Franzi, su tercer hijo, dejaba en esos momentos el colegio y obtenía un trabajo en Berlín. A su hija mayor comienza a enseñarle canto. Papá aprende a conducir automóviles y les enseña también a Voni y a Vera, motivado con ellas quiere comprarse un Buick por 5.000.- marcos alemanes. Nos estaba yendo bien, se veían días de abundancia, estabilidad y progreso. Mamá no podía creerlo cuando supo de las intenciones que tenía papá, menos mal que no le alcanzaba para comprar el automóvil, después de unas discusiones papá es convencido de que pague con ese dinero la hipoteca de la casa en la que estaban viviendo, valía la pena a pesar que era antigua pero era nuestro hogar. Incluso alcanzó para arreglarla, amoblarla y pintarla. A Vera la tuvieron que sacar de la escuela, al parecer coqueteaba con uno de los profesores, así que, tuvo que ayudar en la tienda y también a cuidar con Voni los hermanos menores y hacer las labores de la casa. Era una casa grande y acogedora, invitaba a que muchos amigos, colegas y artistas nos visitaran y pudiéramos mantener contacto con ellos. Los fines de semana y feriados el piano era el centro de atención.

Un día me sacaron de mi refugio, del jardín, y me llevaron a la ciudad, donde fui colocado en una escuela. El abrupto cambio me dio miedo y me confundió. De pronto, me echaron junto con muchos pequeños, los que, para mi gran sorpresa, existían también, porque nunca antes había visto uno y les tenía miedo. Se reían de mí, porque en mi confusión, yo ciertamente debo de haber parecido estúpido. Me sentía siempre desconcertado, y cada día que pasaba allí estaba más ansioso de irme fuera de ese infierno. No recuerdo nada sobre las clases de esa escuela o de los profesores, solo el recreo, durante el cual circulábamos alrededor del patio como prisioneros. Durante ese tiempo tenía que comerme el pan negro que mi madre me daba, generalmente tan seco que era imposible tragarlo. Pero no me atrevía botarlo, porque estaba preocupado en no llamar la atención y menos que me llegaran a retar.

En esos días mi padre-cantante me dio el “Holländer”, un pequeño carro que se movía a todas partes al empujar o tirar de una palanca. Durante semanas “andaba en el carro”, arriba y abajo por la Berliner Strasse, una época memorable, no tanto por el mismo vehículo, sino porque era uno de los pocos regalos que alguna vez recibí. Solo los recibí del cantante y de la hija que cantaba, de nadie más.

Mi liberación del colegio vino ocho meses más tarde cuando, igualmente rápido, estaba afuera. Yo estaba muy feliz, aunque también preocupado, porque sospechaba que me sacaron por tonto, a pesar de que había aprendido muy bien a escribir letras alema-



*Bertram Zupeuc, Birkenwerder 1931.*



nas, que llamaban “Syderlin”. Para mi consuelo, me dijeron que iríamos en tren a otro país –Yugoslavia– y que viviríamos en un departamento en una ciudad llamada Zagreb o Agram en alemán.

Esto aconteció por el entusiasmo de mis padres, que en 1933 se animaron por abrir en Steglitz, a 12 km de Berlín, un teatro de operetas, para ello contrataron una orquesta y un administrador. Al pedir los permisos municipales, fueron todos rechazados, la concesión era inaceptable e imposible de autorizar por tener como director de orquesta y a muchos de sus integrantes a judíos o descendientes de judíos. Al parecer se venían tiempos difíciles. Franz, el cantante, comenzaba a sentir en carne propia los aires de rechazo por lo extranjero. Papá, como yugoslavo, percibió esto y decidió inmediatamente escribirle por trabajo a su antiguo amigo Faller, el que fuera intendente de Zagreb; a las pocas semanas recibió una respuesta positiva y de gran apoyo. Con esto deja Berlín junto a su hija mayor para probar suerte en Zagreb y en Ljubljana o Laibach. Ella obtiene un puesto como cantante en Ljubljana y papá es contratado como profesor de canto en el mismo conservatorio. Le dejan a mi hermana Vera la tienda en Berlín para que posteriormente mamá viaje junto con los dos más pequeños



*Postal del Teatro Nacional de Zagreb enviada por Franz Zupeuc a Berta Flassbarth en 1912.*



al reencuentro, donde se asentaron en la Petrinjska Ulica. Su fama como profesor de canto se extendía por todo Zagreb. Él le enseñaba con éxito a un numeroso grupo de estudiantes y viajaba constantemente entre Agram y Laibach, para hacer clases.

Una vez establecidos en la nueva ciudad, mi libertad tuvo corta vida, me colocaron en otro colegio y ahora con otros niños muy diferentes. Por lo menos, estos no se reían de mí. Ahora tenía que olvidar las letras que aprendí en Alemania y aprender las letras latinas. Por suerte, las clases eran en alemán. En este nuevo país se hablaba otro idioma, el serbocroata, que solo el cantante hablaba y entendía, porque había nacido allí. Berta continuaba hablando alemán, porque Yugoslavia perteneció alguna vez a Austria. Durante las visitas a parientes del cantante yo estaba intrigado de escuchar las conversaciones en un idioma que yo aún no entendía.

Después de un año en Zagreb, fui colocado en otra escuela, donde solo se hablaba el serbocroata, que para entonces había aprendido de mi padre, aunque no tan bien como mis compañeros de clase. Y ahora tenía que leer y escribir una tercera letra muy diferente, la “cirílica” o cirílico, un alfabeto también usado en Rusia, que vino del griego.

Yo tenía una evidente desventaja sobre mis compañeros de escuela, pero en algún punto concluí que no estaba tan atrasado como mi propia madre me dijo. Sin embargo, me mantuve en el trasfondo, prefiriendo que no se dieran cuenta de mí, por miedo de que se burlaran de mí. O peor aún, que me enviaran nuevamente para darme “instrucciones”.

Mi padre-cantante parecía tener confianza en mi inteligencia, hasta en mi talento. Convencido que yo sería un fino tenor algún día, como él, o por lo menos otro Mozart, no sé de donde sacó la idea, empezó con lecciones de piano. Pero mientras mis dedos practicaban medias, cuartas y octavas, mi cerebro encontró esto extremadamente aburrido y pensaba en cosas más interesantes que hacer. Por lo menos, cuando no me desempeñaba bien, el cantante solo me regañaba.

Esos eran años grises dedicados mayormente al estudio. Raramente tenía tiempo para jugar o juntarme con amigos con quienes jugar. La monotonía se rompió solamente cuando caí en cama con sarampión. La hija cantante me trajo un pequeño libro con divertidos cuentos y dibujos de “Max y Moritz”, que realmente me gustaban y que copiaba durante horas. Esto era el principio de mi dedicación al dibujo y la pintura, que usaría más tarde en mi vida como artista escénico en el teatro. Esto contribuyó también a que estuviera más corto de vista, porque nadie en mi familia sabía en ese tiempo que pacientes de sarampión no deberían estar leyendo.

Con frecuencia visitábamos los parientes del cantante... íbamos a la casa de la tía Ana, que en un principio nos recibió recién llegados a Yugoslavia, ella estaba casada con mi tío favorito, quien consumía varias cabezas de ajo crudo antes de la comida. El tenía un enorme huerto lleno de árboles de ciruela, pero a nadie se le permitía sacar siquiera una del suelo. Una vez me llevó al sótano y me mostró las calderas y el equipo que usaba para hacer su alcohol de ciruelas clandestino, el famoso “Slivovic”.

Mi tío Antón Kavran, siempre estaba acompañado de una pequeña copa de Slivovitz, trago muy fuerte con un seductor sabor a ciruelas azules de alcoholes blancos, secos y perfumados. Típica aguardiente de fruta de árboles viejos, conocida desde la Edad Media y considerada como la bebida nacional de bosnios y serbios.

Mientras mi padre hacía carrera en los teatros de Yugoslavia y Alemania, mi tío se preocupaba del futuro de su nación, Antón era un hombre entusiasta e interesado por la política cotidiana, tuvo grandes aspiraciones en liberar a Croacia del Imperio Austro-Húngaro, su participación ya era clara y decidida durante la Gran Guerra en el año 1914. Época de cambios en los que a todos les tocaba de una u otra forma estar involucrados, justamente el motivo de esa guerra fue el atentado en Sarajevo contra la vida del príncipe de Austria, Hungría y Bohemia Francisco Fernando y su esposa, ambos asesinados por un serbio, Gavrilo Princip, que para algunos eslavos fue considerado un héroe pero para otros solo el detonante de uno de los conflictos bélicos más

terribles de la historia. Por tener menos de 20 años se salvó de la pena de muerte, pero a los 4 años muere en prisión por tuberculosis. Se cuenta que cuando lo trasladaban a prisión le dijo al gobernador: “No es necesario que me lleven a prisión. Total ya estoy muerto, clávenme a una cruz y préndanme fuego. Mi cuerpo en llamas será una antorcha que guíe mi pueblo por el camino de la libertad”.

Tras la Primera Guerra Mundial se disuelve el Imperio Austro-Húngaro y nuevamente volvió a tomar impulso la idea de crear una nación para los eslavos en los Balcanes, era la gran esperanza para mis tíos, primos y muchos otros que se sentían dominados y reprimidos por la monarquía, pero contrario a lo que ellos pretendían se intentó juntar a todas las provincias que el Imperio había dominado. Para ello se estableció a partir de 1918 el “Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos”. Posteriormente, en 1929, se sustituye por el de “Reino de Yugoslavia”, que fue un Estado balcánico que existió en realidad hasta 1945.

En esos años el pueblo croata, entre ellos los primos y sobrinos de Franjo Zupcic, el cantante, vivían en descontento con la situación política de Croacia, ellos querían ser independientes, más tarde participarían en la formación del Partido Nacionalista Croata que se convirtió posteriormente en el movimiento fascista conocido como Ustachá, que fue determinante en el apoyo que dieron a los nazis cuando Alemania y los países del Eje invaden Yugoslavia.

Durante ese período de entreguerras, Yugoslavia se transformaría en una región reprimida y reunida a la fuerza. Situación muy peligrosa, parecía como una olla de presión, que no se sabía cuándo, cómo y contra quiénes iba a estallar. Seguramente fue eso lo que desencadenó el descontrol y la violencia en la década de los 80, después que falleciera el dictador Tito, que había controlado y gobernado toda la región.

Otras de las visitas esperadas por mí, era cuando íbamos donde la otra hermana del cantante, una tía que nos gustaba mucho ir a visitar, porque era muy amable y afectiva. Una viuda que tenía dos hijas, de las cuales estaba enamorado secretamente. Eran también cariñosas, lo que me inflamó más

aún, porque yo no estaba acostumbrado a tanta amabilidad, que mi propia madre nunca nos mostró. La tía hacía un delicioso café con leche y, tratándonos como gente grande, nos invitaba a sentarnos a la mesa y gozar del café y de exquisitos panecillos dulces que trajo de su propio negocio. Incluso hoy día, de vez en cuando, pienso en esa tía amable y su café y panecillos especiales, que en mi casa nunca fueron capaces de reproducir en la mesa.

En nuestra extraña familia cada vez se podían presenciar con mayor frecuencia peleas a gritos entre el cantante y la gorda, hasta que un día la mujer gorda hizo un escándalo tras otro, gritando a voz en cuello e insultando al cantante. Él, en cambio, contestó indignado, y a veces furioso. Al principio no entendí, pero más tarde supe que estos combates se debían a los celos de la gorda por una de las estudiantes del cantante, una hermosa y talentosa mujer joven, la antítesis de su mujer. Esa muchacha era tan amable y simpática que yo mismo con mis nueve años estaba enamorado de ella.



*Franz Zupeuc, Berta Flassbarth, Zvonimira Zupeuc, Ljubljana, junio 1936.*

Un día mi madre me envió a mí y a la pequeña hija a un paseo con Frieda, la empleada doméstica, instruyéndole que compraría a cada uno un chanchito de chocolate. Esta generosidad estaba totalmente ajena a su carácter, y obviamente era un truco para sacarnos de la casa. ¿Ha hecho ella alguna vez un regalo de un chanchito de chocolate a sus niños? ¡Inconcebible! En realidad, ella nunca le ha hecho un presente a nadie excepto su comida incomedible. Sentí que ella estaba preparando otro escándalo mayor, ni por curiosidad quería ir. Pero ella insistió, y con el señuelo del chanchito, estaba de acuerdo en ir.

A pesar de nuestros ruegos de comprar el chanchito de chocolate inmediatamente, Frieda nos tenía caminando, demorándonos con promesas de “pronto” y que en “un momento más” iríamos al negocio, pero nunca fuimos. Llorando con decepción, me pregunté por qué haría tal cosa. De regreso en la casa, todo estaba tranquilo. Pero, en los días que siguieron, la casa se convirtió en un verdadero campo de batalla, con descanso solo en los días cuando el cantante viajaba a Ljubljana donde daba lecciones de canto. Durante todo ese tiempo yo rogaba que el cantante se fuera con la hermosa estudiante, para vivir en algún otro lugar y llevarme consigo. Yo sabía que “la amante” del cantante nunca me decepcionaría como Berta o Frieda.

A veces las peleas adquirieron tal virulencia que yo temía que sucediera alguna desgracia mayor; otras veces, cuando no había gritos, la atmósfera era sofocante, con recelo. Los niños más grandes raras veces intervenían, y cuando lo hicieron, yo estaba sorprendido de ver que estaban del lado de mi madre. Parecía que el cantante, cuando encontró amor y una mujer con sus propias sensibilidades, había cometido un pecado. El había roto una de las tantas reglas que hemos inventado para vivir juntos pacíficamente. Por otra parte, todo parecía ser invento de la gorda; la estudiante hermosa ya estaba casada, y posiblemente el cantante, un católico ferviente y creyente en Dios y los Diez Mandamientos, incluyendo “no cometerás adulterio”, no estaba siquiera enamorado de la niña. Pero noté que ya no iba a la iglesia los domingos.

Para mi decepción, mi padre-cantante no daba señales de abandonar esta casa de infierno llena de locos y llevarme consigo a alguna parte con la estudiante hermosa. O, por lo menos, hacer algún cambio en la situación para terminar con las peleas y el griterío loco. Hasta si el cantante se fuera sin mí, él por lo menos podría ser feliz, y yo estaba seguro que vendría a verme.

Una tarde mi madre vistió a su pequeña hija y a mí para ir a ver a la hermosa estudiante del cantante. Ella había averiguado la dirección de la “amante”, y planeó hacer un escándalo, mostrando los hijos menores del cantante. Yo estaba hundido en la desesperación, porque sentí que estaría

traicionando al cantante, a quien yo amaba. Una vez más la mujer gorda nos estaba usando para sus fines despreciables. Cuando traté de protestar, recibí un golpe en la cara, una mordaz llamada a la obediencia. Extrañamente, yo nunca supe si la “amante” estaba en casa cuando nosotros llegamos, porque mi angustia era tan grande que, después de sonar el timbre de la puerta, el resto se borró completamente de mi mente. Si mi cuerpo tenía que obedecer, mi mente se negó. Solo más tarde supe que su plan había fallado.

El cantante tenía una naturaleza suave, pero su música era sacrosanta. En una rara ocasión, cuando varias visitas habían venido a nuestra casa para una fiesta, el cantante cantó para nosotros, relajado y feliz. De repente, Berta, que no sabía juntar un sonido con otro en su garganta, se hizo la alegre, seguramente sobresaltada con los efectos del Slivovic, y empezó a acompañar al cantante. El sonido era tan discordante que la canción fue transformada hasta que realmente hería el oído. Fuera de sí, con rabia, el cantante agarró su vaso de vino del piano, lo secó y lo lanzó violentamente contra el suelo, donde se hizo añicos estruendosamente. Sin una palabra, salió de la pieza a su estudio, cerrando la puerta con violencia, dejando a mi madre sola con las visitas asombradas.

Dado lo difícil que se pusieron las relaciones familiares papá decide viajar de paseo con mamá al mar Adriático, en el verano de 1937.



La Navidad de ese año se acercaba, pero el cantante, que estaba dando lecciones de canto en Ljubljana, no vino a casa en la fecha esperada. Muy raro, ya que era inaudito que él no estuviera con su familia en Navidad. Segura de que su esposo le había abandonado, lo que a mí me pareció que ella quería conseguir con sus escándalos, se fue en tren a buscarlo, preparando en el camino su retahíla de insultos. En la noche siguiente, ella volvió a casa con el cantante. Pero él estaba enfermo y tenía una fiebre alta, algo impensable. Haciéndose cargo de la situación, mi madre explicó:

- En el tren estaba alegre y cantando, con la ventana abierta. Debe haberse resfriado.

Esto parecía muy raro, porque todo el paisaje estaba cubierto de gruesa nieve, y el cantante siempre cuidaba de proteger su voz. Resultó que él tenía fiebre ya por varios días, tan alta, que estaba delirando durante el viaje en tren. Berta, por lo menos, debería haberla cerrado. Nunca antes le había visto resfriado. Él siempre cuidaba su garganta por su profesión, su garganta era su herramienta de trabajo. Él no podía resfriarse. Continuamente predicaba sus reglamentos contra los resfrios, protegiéndose a sí mismo en tiempos helados, insistiendo en que el resto de nosotros hiciera lo mismo. ¿El cantante sentado al lado de una ventana abierta con el aire en su cara, con fiebre? Increíble, loco, hasta en el día más caluroso el se cuidaba. Él simplemente debe de haber perdido la razón con todas las dificultades abrumándole, tratando de conseguir que sus estudiantes le pagaran, para que pueda mantener a su esposa y cinco hijos. Una esposa que, en gratitud por sus esfuerzos, solo le insultaba y hacía escándalos, en lugar de ayudarlo, animarlo, darle afecto y amor, trastornándole hasta que, finalmente, ya no pudo más, y “entregó las herramientas”.

El médico que vino explicó que el cantante tenía una neumonía aguda. Al día siguiente, el informe era peor, porque los pulmones del cantante estaban casi completamente llenos de agua, y no podía respirar. Yo no estaba autorizado para poder ver al cantante. Él estaba muy enfermo.

En el segundo día después de Navidad me dijeron que el cantante había muerto. Así, nada más. Yo no entendía, qué significaba “muerto”, hasta que me llevaron a la pieza. Pero era demasiado tarde. Porque él estaba acostado allí, con sus ojos cerrados, completamente sin movimiento. No me gustó lo que vi. Yo quería decir algo, algo muy importante. Pero, de pronto, yo sabía que no podía oírme, que no me oiría nunca más. Salí de la pieza de alguna manera. Había sucedido algo imposible, algo inconcebible, que mi mente rechazaba. Mucha gente vino a la casa. Se preguntaban por qué el hijo del simpático cantante no lloraba. Sentí vergüenza, por lo que hasta hice un esfuerzo por llorar. Pero ni una sola lágrima, ni un sollozo quiso venir. Solo podía hacer una mueca en un esfuerzo por simular llanto. Traté de esconderme, pero había gente en todas las piezas. ¿De dónde han venido todos tan de repente? La situación entera era incomprensible para el cerebro de un niño pequeño.

El cantante cambió la situación. Se ha ido, pero no como se esperaba. ¿Qué hará ahora la hermosa alumna, su “amante”, sin un profesor de canto? ¿Qué hará ahora su mujer? ¿Es eso lo que, al final de cuentas, ella quería? ¿Qué hará la hija que estaba cantando? Y ¿qué harán conmigo? Totalmente confundido, yo no podía entender, a pesar de que trataba de hacerlo. Todo parecía tan estúpido. Y todavía no podía llorar. Mi padre que cantaba, el profesor había muerto en Zagreb el 28 de diciembre de 1937.

Había mucha gente en el cementerio, amigos y alumnos del cantante que realmente lo apreciaban. Algunos estaban llorando abiertamente. Pero de su familia, solo su hija Zvonimira, que siempre cantaba con él, estaba llorando realmente. Ella no podía comprender por qué ya no podría cantar junto a él nunca más. Todo fue tan repentino, sin aviso, yo solo entendí que el cantante ya no cantaba, y que no cantaría nunca más. Entonces, de repente, lloraba un poco, sin querer. Bueno, yo solo tenía un poco más de diez años.

Mi hermana mayor seguiría con sus prácticas de canto, se dedicaba casi compulsivamente, como tratando de esconder la tristeza y desdicha que





*Funeral Franz Zupeuc Sotosek en Zagreb 1937.*

*1ª Fila: Vera Zupeuc Sotosek, Marion Zupeuc Flassbarth, Berta Flassbarth Stossberg,  
Franz Zupeuc Flassbarth, Bertram Zupeuc Flassbarth.*

*2ª Fila: Vera Zupeuc Flassbarth, Anna Zupeuc Sotosek, Anton Kavran, Voni Zupeuc Flassbarth.*

sentía por el abandono de su guía, de su compañero, de su padre. Años más tarde, emprendería una rápida pero corta carrera como extraordinaria soprano en Alemania e incluso dentro de Europa. Recuerdo que en una ocasión ofreció en la Ópera de Coburgo una “Noche de Cantos y Arias” junto al pianista Walter Stoschek. Al final de la sesión de conciertos, Zvonimira o María Zupeuc fue festejada como ningún otro artista, con flores e interminables aplausos, todos agradeciendo el deleite de una noche inolvidable, los críticos afirmaban que “Se desenvolvió como una soprano técnicamente completa, incluso llenó el espacio del salón durante el más planísimo de los momentos, cuando se canta muy bajo”. Presentó canciones de las cuales hay que resaltar especialmente a Schubert, Wolf y R. Strauss. También

cantó óperas apenas conocidas, demostrando lo lamentable que era que esa música estuviese semiolvidada. Finalmente, concluyó con “Algún Día” de Puccini, la ópera “Angelina” de Rossini y la ópera “Pescadores de Perlas” de Bizet, aumentando el cariñoso aplauso hasta llegar al desborde de euforia de parte del público.

Eran tiempos que mi padre hubiera querido ver y disfrutar, se podía percibir el comienzo de un gran momento, por fin podría mostrar y compartir el trabajo de años, la dedicación constante y de una guía cercana y cariñosa donde padre e hija tejían aspiraciones, deleite y talento año tras año. Posteriormente, la guerra se encargaría de borrar de un plumazo todo ese mundo por completo.

# *Tierra de los Eslavos*

1905 - 1938

Cuentos de la guerra



Rutas Meridionales.





Bertram en una trinchera. Coburgo 1943.

## *El soldado renuente*

Fui un soldado que combatió durante cinco años de su vida por Adolfo Hitler, el Führer. Formé parte del octavo batallón del ejército de la República Alemana de la Gran Raza Maestra, bajo el gobierno del Tercer Reich. Puedo afirmar que lo vivido no se lo merece ni un perro. Ahora tengo setenta años, y cuando miro hacia atrás, cuando ordeno estos recuerdos, veo que la desquiciada intención de ese hombre, de hacerse cargo del mundo, nos dejó cicatrices para toda la vida. La verdad es que nunca tuvimos ni una oportunidad.

Luego de la muerte de mi padre, Berta Flassbarth no tenía cómo mantener a su familia, así es que decidió volver a su “querida” Alemania con su hija pequeña y conmigo. Mis hermanos mayores, Zvonimira Zupeuc, quien cantaba en el teatro, y Franz Zupeuc, que trabajaba en un banco, se quedaron en

Zagreb, hermosa ciudad en la que ya vivíamos hace algunos años y a la que tuvimos que inmigrar desde Berlín por razones muy similares a las que nos empujan a regresar.

En ese entonces, en la década de los 30, Alemania nos había dado la espalda, la situación para los extranjeros, como mi padre, se había puesto muy difícil, tuvimos que irnos casi arrancando, ya que a sus 52 años estaba cesante y segregado en su oficio de maestro de canto, todo fue abrupto. Mi padre pasó, en poco tiempo, de ser un prestigioso cantante y maestro de canto lírico a quedarse sin poder trabajar, discriminado en lo que sabía y le apasionaba, entonces tomó la difícil decisión de partir a su país natal. Su hermana nos recibió en un comienzo en su casa en Zagreb, actual capital de Croacia, ciudad y país también muy vapuleados por los acontecimientos históricos. Después de cuatro años, nuevamente nos veíamos forzados a viajar, a salir de Yugoslavia y volver a Alemania, al país donde habíamos nacido todos nosotros, pero esta vez por circunstancias familiares terribles.

Una vez de vuelta en Berlín, mi madre decidió hablar con Vera Zupeuc, su otra hija. Al parecer Vera la había denunciado con la policía, acusándola de opositora al régimen nacionalsocialista. Ello le significó estar unos días en la cárcel hasta que la situación se aclaró. Mi madre quiso reiniciar las relaciones con la intención de que Vera le devolviese el negocio familiar, que ella administraba mientras la familia vivía en Yugoslavia. Se trataba de una pequeña tienda que mantenía con escasos recursos, pero que estaba muy bien instalada en una de las calles más centrales y concurridas de Berlín. Allí se vendían todo tipo de lanas, manteles, cortinas y alfombras, incluso algunas confeccionadas a mano, hechas por ella misma. Vera no tuvo otra posibilidad que devolverlo, pero lo entregó vacío, sin mercadería.

Fui de inmediato matriculado en un internado católico, donde pasaba gran parte del día rezando en la capilla. No recuerdo haber recibido clases de ningún tipo, solo rezaba siempre de rodillas. Lloré desde el primer momento, sin poder parar, seguramente era por angustia y nostalgia, no lograba entender

lo que pasaba, no dejaba de llorar, lo único que me imaginé es que me había abandonado la familia, si es que todavía existía. Como era demasiado pequeño no lograba entender razones, finalmente, el director del internado llamó a Berta y le sugirió retirarme. Tal vez, le dijo que no me podía adaptar a mi nueva vida, se me veía muy triste y podría agravarse la situación de quedarme ahí. Entonces, mi madre decidió colocarme en un colegio normal.

Vivíamos en una pieza que estaba detrás del negocio. Luego, arrendamos un departamento más grande en una calle vecina. Era 1938, el año en que Hitler anexó Austria. Mi madre por estar casada con un yugoslavo había perdido su nacionalidad. Mi padre era el cantante lírico Franz Zupeuc Sotosek, que durante las primeras dos décadas del siglo XX, en sus años de esplendor, hizo presentaciones en teatros de diferentes ciudades de Yugoslavia, Alemania y principalmente en la Ópera de Berlín, ciudad donde hizo carrera, encontró la fama y también el amor, conoció a Berta.

Ella al volver a Alemania presentó una solicitud de nacionalización, que involucraba a la pequeña Marion y a mí, afirmándose en el hecho de que aquella parte de Yugoslavia (Eslovenia) donde nació mi padre, ahora pertenecía a Austria. Como Austria había sido anexada por Hitler, automáticamente éramos alemanes. Por lo demás, nadie preguntó mi opinión, solo tenía 10 años. De este modo, de yugoslavo pasé a ser alemán, lo que para mí tuvo funestas consecuencias, cuando empezó la guerra. En efecto, casi inmediatamente después de la anexión de Austria, Alemania



comenzó a provocarle dificultades a Checoslovaquia en relación con los sudetes. Hitler decía que eran alemanes, se refería a la población germanófoba que habitaba en Bohemia Moravia, ese sector de la población pidió su anexión a Alemania en 1919 después de la Gran Guerra, pero fue adherida a Checoslovaquia, país recién creado del que era un Estado sucesor del Imperio Austro-Húngaro, esto llevó a algunos de sus habitantes a formar el Partido Alemán de los Sudetes, que posteriormente fue apoyado por Hitler. Este partido reclamaba la adhesión al Tercer Reich, bajo el sostén de los nazis. En 1938 Hitler da un ultimátum y en octubre comienza con la ocupación alemana, en diez días es anexada toda esa región, sin que las otras potencias europeas reaccionaran, posteriormente en marzo de 1939 ocupan el resto de Checoslovaquia. Luego, el 3 de septiembre de 1939, el ejército alemán entró en Polonia, debido a que los polacos no querían darle a Hitler un “corredor” hacia Danzig. El Führer ocupó este país en solo 15 días, con una sangrienta matanza de polacos, sobre todo, polacos judíos. Hitler se adueñó de todo el país. Entre Stalin y Hitler se dividieron Polonia, haciéndola desaparecer como país, algo inconcebible en la Europa de entonces. Debido al tratado existente entre Polonia, Inglaterra y Francia, estos dos últimos países le declararon la guerra a la Alemania. Así comenzó en definitiva, la Segunda Guerra Mundial.

En esa época yo había terminado la escuela primaria con un año de atraso, debido a que había olvidado por completo el alemán y nuevamente tuve que aprenderlo. Posteriormente, mi mamá consiguió colocarme en la escuela secundaria, donde a pesar de todos los problemas lingüísticos que había tenido, además tendría que aprender rápidamente el inglés ya que excepcionalmente me recibieron en un año más adelantado.

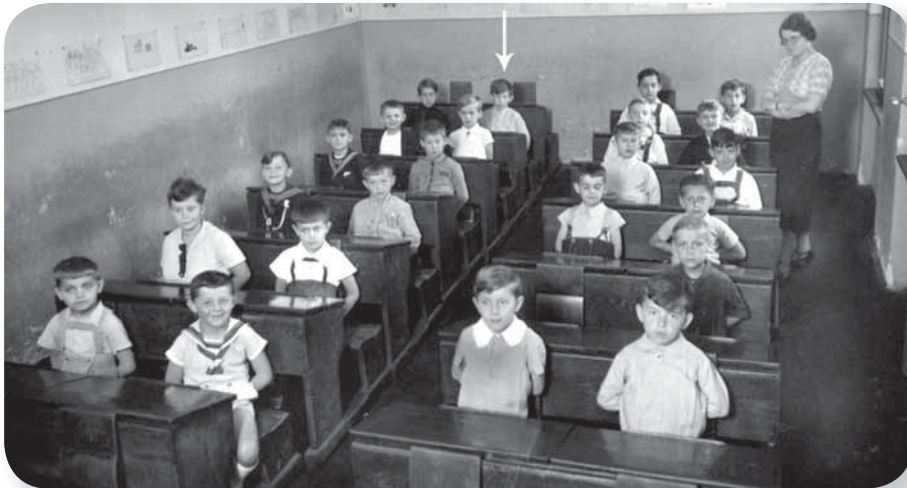
Las matemáticas me resultaban confusas, era un problema difícil de abordar, hasta que mi profesor se dio cuenta que, desde atrás, en la última fila, no podía leer la pizarra. De inmediato me sentó en la primera fila y llamó a mi madre, para preguntarle cómo era posible que a esas alturas el niño no tuviera anteojos. Al examinarme, el médico se dio cuenta que estaba miope.



Para mi sorpresa, con los nuevos lentes se me reveló todo un mundo. Y las matemáticas de repente se tornaron comprensibles, el teorema de Pitágoras hasta me pareció entretenido. A partir de ese momento se dieron muchas oportunidades por mi afinidad con las matemáticas. Jugaba y me entretenía resolviendo problemas, pronosticando soluciones o conflictos, lo que más tarde aplicaría en mi desempeño profesional.

Por otra parte, la escuela nos programaba salidas al campo, actividad denominada KLV, “Kinderlandverschickung”; en una oportunidad tuve que ayudar, pasando mis vacaciones, en la cosecha de papas. Salidas que fueron inventadas para sacar a los niños de las ciudades que estaban siendo bombardeadas por los ingleses.

En el año 1940, de improviso, apareció en Berlín mi hermano mayor, Franz. Por su filiación comunista tuvo que escaparse de Croacia, la que bajo la protección de Hitler se había independizado de Yugoslavia, es decir, de los serbios. Vino con su novia Dragica, que también pertenecía al Partido Comunista. Sucedió que en Croacia se tomaron el gobierno los llamados “ustasha” movimiento fascista croata, en los que participaban en primera fila mis propios primos.





*Reunión familiar en Zagreb 1920.*

*1ª Fila: Anton Kavran, Ivo Kavran, Franz Zupeuc 1911, Bozidar Kavran, Vera Zupeuc 1910, Anna Zupeuc.*

*2ª Fila: Franz Petree, Vera Zupeuc 1883, NN?, Berta Flassbarth, Franz Zupeuc 1881, NN?, Antonia Zupeuc, Joseph Suja.*

Mi tío Antón, con su fuerte carácter y marcado por la vida dura de obrero, se abría paso como un líder entre sus compatriotas, influenció fuertemente en la formación de sus hijos marcándolos con ese estilo que los fue convirtiendo cada vez más en verdaderos fascistas. Uno de mis primos, Bozidar Kavran, que era su hijo menor, nació en Zagreb en 1913, estudió Derecho, me recuerdo que me enseñaba historia de Yugoslavia dándome golpes en las nalgas. Él mismo participó activamente en el partido y comandó la rebelión de los Ustasha contra el reino. Por sus fuertes convicciones y ambiciones llegó a ser ministro del Interior, o sea, el peor de todos, aquel que perseguía a los opositores del “gobierno” eliminándolos sin una pizca de remordimiento. Posteriormente, comandó el Régimen Ustasha Croata durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente desde 1943.

Tras la invasión a Yugoslavia a inicios de 1941, Hungría e Italia también procedieron a repartirse el país, fue un ataque iniciado por las fuerzas del Eje contra el Reino de Yugoslavia. La invasión concluyó 11 días después de iniciada, cuando el Ejército Real Yugoslavo se rindió incondicionalmente. La nación fue ocupada inmediatamente y se creó el Estado Independiente de Croacia. Entonces, los ustasha iniciaron una persecución de serbios por ser de religión ortodoxa, ya que consideraban que los verdaderos croatas eran católicos y musulmanes. Al igual que en Alemania, el Estado croata promulgó leyes raciales, donde también se atacaban a los judíos y gitanos. Varios campos de concentración fueron abiertos en ese entonces. En respuesta a la represión alemana y croata, surgen dos grupos armados: los chetniks (serbios monárquicos) y los partisanos (comunistas). En los tiempos finales de la guerra, los chetniks perseguirían a musulmanes y especialmente a los croatas; y los partisanos liderados por Josip Broz Tito, también conocido como el Mariscal Tito, organizó desde la clandestinidad la resistencia guerrillera, en la que se integraron los distintos pueblos yugoslavos para combatir a los alemanes y sus colaboracionistas, entre ellos los fascistas croatas, llamados ustasha. Su lucha partisana tenía como objetivo principal el combate contra los alemanes, pero también la contienda contra la monarquía y en reiteradas oportunidades los métodos para combatir la Corona no tenían límites, pues el asesinato en masa no era precisamente un evento ocasional, por lo tanto también tuvieron que atacar a los chetniks. Al final de la guerra avanzarían junto al Ejército Rojo, hacia Belgrado, liberando a Yugoslavia de los nazis, siendo este acontecimiento un logro casi conducido por ellos mismos, circunstancia que determinó la instauración de un régimen político autónomo con respecto a las potencias que se repartieron el mundo en la postguerra. Tito, en 1945, definitivamente se hizo del poder y gobernó con un régimen dictatorial.

Cuando el cese del fuego fue declarado oficialmente, el tío Bozidar logró esconderse y escapar hábilmente, después decidió no integrarse a la gran huida hacia el norte, hacia Austria, sino quedarse a combatir. Después de la rendición, los aliados habían logrado acuerdos en los que se suponía que ellos de-

bían ofrecer refugio a los croatas y a todos aquellos que estuvieran tratando de escapar del comunismo. Sin embargo, los aliados, por orden del mariscal de campo Harold Alexander, entregarían a los partisanos comunistas, a todos los militares y civiles que huían, entre ellos se encontraban fascistas, colaboracionistas nazis, anticomunistas y civiles, tanto cosacos de la Unión Soviética como ustashas de Yugoslavia, incluyendo también mujeres y niños. Fueron todos reunidos en Austria y nuevamente repatriados forzosamente. Muchos fueron ejecutados sumariamente, como venganza por los crímenes cometidos por los fascistas durante la guerra, en ocasiones a la vista de los británicos. Los asesinatos a manos de las fuerzas yugoslavas se conocen como la masacre de Bleiburg. El resto, tuvo que formar una columna de 60 km de largo, con el fin de retornar a la Yugoslavia comunista y a sus campos de concentración. Serían sometidos a una larga marcha de la muerte, los partisanos mataban a los croatas mientras iban caminando, sin un juicio, sin comprobar siquiera si podrían ser culpables, solo según pareceres propios. Cerca de 300.000 civiles y soldados perderían la vida en Bleiburg y en lo que con frecuencia se conoce como “el camino de la Cruz” del pueblo croata.

Todo esto quedaría en las memorias de los que posteriormente, tras la muerte de Tito después de 35 años de gobierno, generarían nuevamente peores y crueles represalias como venganza entre croatas y serbios.

Bozidar, después de las atrocidades que le tocó ver, intentó organizar una rebelión contra el gobierno comunista yugoslavo de postguerra instaurado por Tito y sus partisanos, lideró dentro del país un grupo de combatientes croatas exiliados, operación que llamaron “Abril 10”. Fracasó en su tentativa y después de tres años fue capturado por la Policía Secreta; finalmente tuvo un trágico final, fue ejecutado en la horca en 1948.

Después de todo ese holocausto, el hijo mayor de mi tío, Ivo Kavran, quien fuera nombrado alcalde de Zagreb en la creación del Estado independiente de Croacia, terminó exiliado en Argentina junto a mi tío Anton. Lo lograron gracias a que, en esos caóticos días que siguieron al fin del imperio de Hitler

en Europa, muchos criminales de guerra obtuvieron refugio en Sudamérica, ya sea utilizando pasaportes del país, de la Cruz Roja o recibiendo la ayuda del mismo gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina o hasta inclusive de miembros de la Iglesia Católica.

En su momento, cuando mi hermano Franz tuvo que salir de Yugoslavia, el mismo Bozidar fue quien le dio la oportunidad de escaparse, la excepción fue solo porque era su primo.

Mientras Franz vagaba por Berlín durante un año, sin saber qué hacer, su novia Dragica fue oficialmente contratada como empleada doméstica en nuestra casa, para justificar así su permanencia en Alemania. Mi hermano, para disfrazar sus antecedentes comunistas, hizo que yo tuviera que entrar a la “Hitlerjugend” (Juventudes Hitlerianas), con lo cual quería demostrar que éramos buenos nazis. Al mismo tiempo se inscribió en una academia para aprender dibujo artístico. Justamente él, que nunca en su vida había dibujado una raya, de pronto se transformó en todo un artista, a quien nadie perseguía. Posteriormente, yo también entré a la misma academia y desde el primer momento me di cuenta que tenía habilidades para el dibujo. Lo que se enseñaba en esa Academia Reimann, en realidad, era demasiado cursi para mi gusto. Mi hermano, sin embargo, no podía distinguir entre arte y cursilería.

Un año después, Franz se fue a Viena para trabajar en la radio de Alemania haciendo las traducciones de todo lo que se hablaba en esa radio al serbo-croata. Repentinamente, dio un vuelco sorprendente, del comunismo se convirtió al nazismo. Incluso hizo propaganda nazi en Yugoslavia, su patria. Franz siguió tomando clases de dibujo y pintura, pero al muy cretino se le ocurrió enamorarse de su secretaria, una rusa que había vivido en Yugoslavia mucho tiempo y conocía el idioma. Como consecuencia de ello, rompió con su novia, la fiel Dragica, que había esperado 10 años para casarse con él. Era una joven hermosa, a la que yo quería mucho. Lo conoció en Zagreb cuando ambos eran aún jóvenes, se enamoraron. Ella lo quiso mucho. Él era apuesto



*Cañon Flak 41, 88 mm.*

y “fanfarrón”, parecía un buen partido para cualquier chica. Vivieron juntos desde entonces como marido y esposa por casi 12 años. Para mí es un enigma por qué nunca se casaron. Dragica era inteligente y hasta jugaba ajedrez, ya en 1943 debe de haber tenido entre 29 y 30 años, edad crítica para una mujer de esa época, cuando empezaba a irse el último tren de la estación y correr un alto riesgo de quedarse soltera.

Mi hermano la envió sola de regreso a Yugoslavia, sabiendo que allí la matarían. El repentino rechazo de mi hermano fue un golpe mortal para ella. ¿Todos esos años de vida juntos de

pronto no valían absolutamente nada? Ella no tuvo otra salida que volver a su patria. Tuvo que volver a la Croacia nazi, porque ya no sabía cómo seguir viviendo. Ella también sabía que la matarían. Y eso fue lo que sucedió. Ya en la frontera la tomaron presa, fue ubicada inmediatamente en la “lista negra”. Ella nunca antes estuvo en una cárcel, se la llevaron y la fusilaron. Así, nada más. Dragica, una hermosa mujer, simpática e inteligente, había dejado de existir, simplemente había desaparecido. Nunca supe por qué, hoy, más de medio siglo después, aún recuerdo a esa bella muchacha con sus pómulos sobresalientes, de quien yo mismo estuve un poco enamorado.

Durante mis últimos años de escuela, por falta de soldados para el ejército alemán, toda mi clase fue transferida a una batería antiaérea al norte de Berlín. Allí aprendí a manejar un cañón 88 mm antiaéreo. Tenía una granada larga, delgada, traicionera, tan poderosa que hasta los tanques en tierra le tenían miedo. Su alcance era de 10 km de altura o 20 km en tierra. En la mañana teníamos clases como de costumbre con nuestros profesores. Por la

tarde ejercicios físicos y entrenamiento militar. En la noche estábamos agotados y cada hueso de nuestros cuerpos nos dolía. Pasábamos poco tiempo en nuestros catres, porque cada noche llegaban los bombarderos americanos o ingleses, pasaban sobre nuestras cabezas mientras las sirenas aullaban en todas partes. Nosotros éramos solo niños, en realidad de quince y dieciséis años de edad, disparándoles hacia arriba al aire con nuestros cañones de 88 mm. ¿Cuándo dormíamos? ¿Cuándo hacíamos nuestras tareas? Después de un tiempo, los profesores ya no nos daban tareas. Era inútil. En esos dos años, tal vez los años más importantes en el colegio, no aprendí absolutamente nada, excepto cómo disparar un cañón antiaéreo. Yo era el número 2, el que movía el cañón de un lado a otro. El número 1 lo movía hacia arriba y abajo, el número 3 ajustaba el tiempo en la granada, el número 4 insertaba la granada dentro del cañón, y el sargento tiraba del gatillo. Entonces ejecutábamos un disparo de cañón cada quince segundos, con nuestras bocas bien abiertas, para que no se reventaran nuestros tímpanos.

Ya en 1939 la Luftwaffe previó que la velocidad y altitud de los bombarderos se iría incrementando, por lo tanto presentó al Estado Mayor un requerimiento para el desarrollo de una nueva arma con mayor velocidad y rata de fuego. Rheinmetall-Borsig tomó el contrato y el primer prototipo estuvo listo en cerca de seis meses. Oficialmente se lo denominó Flak 41 88 mm. El cañón de Rheinmetall estaba montado sobre una plataforma baja, equipada con ruedas para su transporte y una baja silueta.

Una noche, bombas de los aviones enemigos estaban cayendo alrededor de nosotros y una dio con nuestro “Fernmessgerät”, los gigantescos binoculares, por los cuales recibíamos información sobre la dirección, altura y distancia de los aviones, que era transferida automáticamente a los cañones por un cable subterráneo, se había destruido. De repente, estábamos ciegos. Pero esto no era lo peor. En un horrendo destello de fuego, cinco de mis compañeros de colegio reventaron en mil pedazos, quijadas, dientes, cerebros volando en una dirección, mientras que brazos, piernas, genitales, corazones en la dirección opuesta. Después, por semanas, me agitaba y daba vueltas en la cama,





*Tejidos hechos a mano B. Sotoschek, Franz Zupeuc e hija Zvonimira Zupeuc.*

la escena se repetía cada noche, hasta que finalmente se terminó completamente y no podía recordar ni siquiera los nombres de aquellos chicos con los cuales estaba creciendo.

En la Navidad de 1944 me dieron algunos días de libertad, así que fui a casa en Berlín. Estaba en el negocio de mi madre, Berta, donde vendían lana y hacían alfombras, cortinas, manteles entre otras cosas, todas a mano, ella misma las tejía o cosía cada prenda con infinita paciencia y dedicación. Esa misma noche las sirenas aullaban por toda la ciudad mientras que llovían bombas enemigas cayendo una tras otra y la gente corría a refugiarse a los sótanos. Pero yo me negué a ir, porque tenía miedo a quedar sepultado vivo allí abajo. Mientras yo miraba por los escaparates del negocio como las bombas de incendio caían en la calle y giraban vertiginosamente con un chorro de fósforo, varias de esas bombas incendiarias habían caído en nuestro edificio junto con bombas explosivas o “de aire”, las que te pueden reventar los pulmones si estás a menos de cincuenta metros de



distancia de la explosión. Y, entonces, de pronto, sin que yo pudiese hacer nada, literalmente se me empezaron a doblar las rodillas. No es que tuviese miedo, pero inexplicablemente mis piernas temblaban como nunca antes lo había sentido. De pronto, los grandes escaparates del negocio, como movidos por una mano gigantesca, se movieron hacia adentro. Lo curioso era que los vidrios se movieron hacia mí sin romperse. Fue mágico. Pero en seguida, con un ruido infernal, los ventanales se hicieron pedazos disparados como proyectiles directamente a mí. Mientras observaba todo esto apoyado en el mostrador, mis piernas no querían sostenerme e inevitablemente me derrumbé detrás de este, el que hizo las veces de escudo, protegiéndome de una muerte segura. Todo quedó destrozado y yo sin poder moverme, petrificado por el terror, no me atrevía ni siquiera a asomarme. Esa fue la noche en que toda la Berliner Strasse fue destruida, una avenida como la Alameda en Santiago, digamos, desde Plaza Italia hasta Estación Central. En todo ese trecho solo quedó una casa sin daño, la de un sastre, un amigo que vivía al frente de nuestra tienda. Hoy esta avenida no existe, nuevos edificios han reemplazado a los viejos. Mi ciudad, el lugar donde yo jugaba cuando niño, desapareció completamente, como una persona que se muere, porque ha sido asesinada.

Aquella noche me pasé sacando todas las cosas del negocio y del recinto de atrás, tales como muebles, alfombras, etc., colocando todo en el centro de la avenida. El edificio se estaba quemando desde arriba hacia abajo. Los del último piso, desde luego, nada pudieron salvar, con suerte quedaron vivos, porque estaban refugiados en el sótano. Todas las cosas las trasladamos al hombro al departamento vecino, donde vivíamos. Caminábamos entre un denso humo que nos sofocaba. Mi madre en esa noche perdió su olfato por completo y nunca más pudo oler nada, ninguna flor, ningún perfume. A los dos días debía volver al servicio militar, pero en vista de la catástrofe que quedó en mi casa, me dieron de inmediato otros 3 días más. Y así tuve que pasar mis cortas y únicas vacaciones.

En abril de 1945, cuando debería haber recibido un diploma de secundaria, fui dado de baja del servicio antiaéreo. Inmediatamente tomé un tren a Coburgo, en Baviera, hacia el sur de Alemania, donde mi hermana, la cantante de ópera, en ese entonces trabajaba en el teatro municipal. Ella obtuvo un trabajo para mí como aprendiz, pintando y construyendo el escenario en un teatro, lo que me gustó muchísimo, porque de pronto fue como estar en otro mundo. Fue muy instructivo y aprendí mucho sobre cómo se hacen los paisajes y las paredes que uno ve en la escena de una obra teatral. Sin embargo, esta nueva vida duró apenas cuatro meses, porque ahora, que ya tenía 17 años, fui reclutado en el verdadero servicio militar y fui enviado a Ansbach, nuevamente a la artillería. Otra vez sufrí toda la humillación de la vida militar, sin abrir la boca, como si no tuviera ya bastante de esto. Normalmente el servicio militar duraba uno y medio a dos años. El mío duró solamente ocho meses. La mayor parte del tiempo estuve reclutado en el “destacamento de limpieza”. Una de nuestras tareas fue ir a Nürnberg para sacar cadáveres de las ruinas dejadas después de los intensos bombardeos a los que fue sometida esta ciudad. Odiaba estas órdenes y, siempre que fue posible, me escondí de la horrible visión y del olor, mientras otros cargaban los camiones.

A mediados de marzo de 1945 llegó un cambio de órdenes y sentí un alivio cuando supe que sería enviado con varios de mis camaradas al frente ruso, cerca de Frankfurt an der Oder, al este de Berlín. En realidad no tenía idea en lo que me estaba metiendo. Como no había trenes que funcionaran normalmente, nos paseábamos de un lado a otro por Alemania. En la estación de trenes de Schweinfurt fuimos atacados por aviones caza ingleses, que aparentemente no tenían nada mejor que hacer. Bajaban en picada hacia nosotros, disparándonos sus metralletas directamente casi en nuestras narices. Cargando con todo ese equipo que siempre llevábamos, desaparecí cuán rápido podía debajo de los mismos rieles del ferrocarril, donde había encontrado unos hoyos que lo atravesaban por debajo. Mientras rezaba, sentía el ruido de las hélices y el silbido de las balas

sobre mi cabeza. De alguna manera, todos salimos vivos. Finalmente llegamos a Praga, en Checoslovaquia. Pero al parecer nadie estaba apurado de llegar al frente ruso cerca de Frankfurt an der Oder, al este de Berlín, así que permanecemos por una semana y pretendimos ser ordinarios turistas visitando el castillo de Hradchin y otras partes, saboreando esta interrupción inesperada, como si no tuviéramos que ir al colegio. Tuvimos que continuar, y el mismo día de mi cumpleaños número 18 alcanzamos el frente ruso, donde en lugar de un queque de cumpleaños, me dieron una pala y ordenaron cavar trincheras. El frente estaba tranquilo, así que algunos de nosotros decidimos caminar en el cerro que da hacia el enemigo, formado por la tierra sacada para hacer la misma trinchera, cuando de pronto una granada rusa explotó a no más de diez metros. Creyendo que era parte de nuestros ejercicios, estaba parado allí fascinado observando como explotaba la granada, era toda una novedad para mí. Entonces, el sargento me gritó que saltara a la trinchera con los demás, miro alrededor mío y me doy cuenta que era el único que aún estaba parado allí arriba, los demás desaparecieron todos abajo en el hoyo. De repente, y solo entonces, me di cuenta que no estaban haciendo ejercicios, sino que las cosas estaban en serio y de inmediato salté a protegerme. Lo hice justo a tiempo, porque las granadas empezaban a llover sobre nosotros y continuaron así todo el día, a intervalos cada cinco minutos, tal vez solo para recordarnos que estaban allí y no siguiéramos avanzando. Por lo demás, el frente estaba tranquilo.

Fui asignado a una batería de artillería con cañones checos tirados por camiones. Estuvimos en esa posición durante una semana entera, sin que nada sucediese. Solo a los tres días la picazón ya no me dejaba tranquilo. Uno de los soldados “viejos”, que había venido de Rusia con la retirada del ejército alemán, me explicó que no me preocupara, que quizás solo tuviera piojos. Los soldados que venían de Rusia estaban llenos de piojos en la ropa y me habían contagiado de inmediato. Yo no sabía qué hacer y entonces uno de los “viejos” me recomendó hervir toda mi ropa sin excep-

ción alguna; mientras observaba parado allí totalmente desnudo aproveche de tomar yo mismo un baño. Esos piojos siempre se quedan en los pliegues de la ropa y es casi imposible sacarlos de allí. Se mueren al hervirlos. Me conseguí un balde, lo llené de agua y herví mi ropa encima de una hoguera que tuve que hacer. Nadie me ayudaba en eso, desde luego, porque el “compañerismo” alcanzaba hasta por ahí nomás. En realidad, cada uno era un empedernido egoísta que solo pensaba en su propia supervivencia y comodidad, o sea, en descansar y hacer el menor esfuerzo posible. Eso en realidad era el ejército alemán con su disciplina y camaradería, muy lejos de la versión vista en películas.

Después de una semana tuvimos que cambiar de posición y comenzar la retirada. Los rusos habían empezado a moverse. Y entonces vino un traslado tras otro, manteniéndonos siempre a una distancia de por lo menos un kilómetro del frente de batalla, hasta que entramos a la misma ciudad de Berlín, tomando posición en las calles. Pero pronto Berlín también estaría sitiada por los rusos. Cuando todavía teníamos un camino abierto, la vía de “Avus”, esa famosa carretera hacia el sur, el teniente que comandaba nuestra batería decidió “perder el contacto con el batallón” y por propia iniciativa nos encaminamos por esa Avus fuera de Berlín. Creo que fuimos los últimos que salimos de ese infierno. Era relativamente fácil, ya que íbamos en camiones, con los cañones colgando atrás. Los motores funcionaban con alcohol, porque para entonces ni una gota de gasolina o bencina había quedado en Alemania. No paramos hasta que estuvimos en medio del “Mecklenburger Heide” en el centro de Alemania. Allí acampamos.

En la tranquilidad de un atardecer nuestro teniente, aparentemente, creyó que debíamos celebrar, porque uno de mis camaradas, mientras yo hacía la guardia, me gritó:

- ¡Mira lo que tengo, vete a buscar tu ración de trago!
- ¿Qué tontería estás diciendo? –le dije. Estaba confundido, ya que nunca antes habían dado una ración así. Riendo me mostró su cantimplora.
- Aquí ya tengo la mía, prueba –me dio su cantimplora abierta, la olí solamente y, efectivamente, tenía olor a alcohol, a trago.
- Prueba un sorbo –insistió.

Yo confiado acepté y tomé un trago rápido, me quedé allí sin poder respirar más. La garganta de inmediato se me había cerrado totalmente, casi perdiendo el conocimiento, entonces después de algunos momentos, lentamente, entró un poquito de aire a mis pulmones y empecé a respirar. Había tomado alcohol de 98°. El otro se reía a carcajadas, por la broma que me había hecho, el muy idiota.

En fin, fui a buscar también mi ración de trago y la mezclé con otro tanto de agua, aun así estaba bastante fuerte. En poco tiempo todo el mundo estaba completamente borracho, celebrando nuestra “escapada”. Mi turno de guardia había terminado hace ya un largo rato, pero mi relevo no llegaba, después de mucho esperar decidí ir a buscarlo y al encontrarme con él le dije que le tocaba ir a hacer guardia. Sin previo aviso, me dio un golpe en pleno rostro, mis anteojos salieron volando y ante mi sorpresa solo tendí a agarrarme la cara para suavizar el dolor y me agaché para tratar de buscar mis lentes, dejando a la batería sin guardia. Yo nunca me había emborrachado en mi vida, solo recuerdo que desperté al día siguiente con mis anteojos rotos. Tuve que buscar a tientas todos los pedazos de cristal repartidos entre la tierra y la hierba, para después pegarlos malamente con una cinta aisladora. Aún hoy día me pregunto cómo se le habrá ocurrido a nuestro teniente repartir entre nosotros una ración de ese alcohol de 98° con el cual se movían nuestros motores.

Después de algunos días avanzamos nuevamente. Sin embargo, para cuando habíamos caminado solo algunas millas, el teniente nos llamó la atención y nos ordenó:

- ¡Destruyan los cañones! Sálvese cada uno como pueda, los rusos están acercándose allí en esa dirección. Los americanos están allá. Hasta luego a todo el mundo y ¡BUENA SUERTE!

Mientras estábamos allí parados, con la boca abierta, él se fue en el camión. Era el desbande a fines de abril de 1945. En cierto modo, el lugar en que nos encontrábamos era la última parte que quedaba por ocupar de Alemania por los Aliados.

Por un minuto estábamos simplemente parados allí, observándonos y mirando de un lado para otro. Entonces, sin ninguna conferencia, empezamos a caminar en dirección hacia los americanos, cada uno de nosotros pensando en llegar a casa. Para nosotros, la guerra había terminado. Por la tarde, cuando caminábamos por una carretera, apareció de repente por un recodo del camino un vehículo que venía a toda velocidad. Este era muy extraño, tenía una gran estrella blanca en su nariz, era un “jeep americano”. Frenó en seco frente a nosotros y cuatro soldados americanos saltaron de él, mientras que el quinto se quedó en el volante.

- ¡PISTOL, PISTOL! –gritaba uno de los americanos indicando que depusiéramos cualquier arma que aún tuviésemos. Otro soldado fue de uno a otro de nosotros ofreciéndonos un cigarrillo “Lucky Strike”, gesto que nunca podría haber imaginado, como si se tratase de la pipa de la paz. Los otros dos americanos estaban en la retaguardia solo observando. De esta manera ridícula los americanos nos habían tomado prisioneros.
- ¡GO ON, GO ON! –ordenó el primero, indicando que debíamos seguir andando, mientras que ellos volvieron a subir al jeep y desaparecieron tan repentinamente como habían llegado, abandonándonos completamente.

Nuevamente marchamos a través del bosque, hasta que llegamos a una carretera llena de soldados alemanes, aparentemente “yendo a casa”. Nos

subimos a un camión y viajamos todo el día, hasta tarde, cuando de pronto noté una sombra extraña y oscura en el horizonte, justo donde terminaba la carretera por la cuál íbamos, y les dije a los demás:

- ¿Qué es eso allá lejos?
- ¡PARECE GENTE! –exclamaba otro.
- ¡MALDITA SEA! Es un campo de prisioneros. Hay alambres de púas alrededor. ¿Lo ves? Es un campo de prisioneros.

Me dije que tenía que salir de esta carretera y arrancar de inmediato. Pero cuando miré a mi derecha, vi un soldado americano parado en medio del campo y a la izquierda había otro más. Ya era demasiado tarde. No había escapatoria. Sin órdenes ni obligados por nadie en absoluto, nosotros, ridículamente, por nuestra propia cuenta nos dirigíamos al campo de prisioneros americano. Llegamos cuando ya estaba oscureciendo, el sol ya se había puesto, no solamente para el día, sino que también para el ejército alemán.

Había una enorme cantidad de soldados alemanes en ese campo de prisioneros provisorio, todos acostados en el suelo. Totalmente agotado también me tiré al suelo y me dediqué a fumar un cigarrillo tras otro, me había conseguido tres cartones, e incluso algunos puros, todo gracias a la generosidad de nuestros captores americanos.

Pasamos dos días en ese campo sin agua ni comida y sin nada que hacer. De aburrido me dedicaba a pedirle cigarrillos, con mi inglés escolar, a los soldados negros americanos que en la alambrada de púas hacían su guardia, los que estaban tan aburridos como nosotros. Nunca conseguí que me dieran uno.

El día 2 de mayo la noticia pasó por el campo como un relámpago: nuestro gran guía, el Führer Adolf Hitler, estaba muerto. ¡Increíble! El hombre que había sobrevivido a tantos atentados, que él mismo se creía inmortal, finalmente estaba muerto. Ya sabíamos que para nosotros la guerra había termi-

nado, pero también sabíamos que la misma guerra nunca podría terminar definitivamente hasta que ese cretino estuviese muerto. Supimos que Joseph Göbbels, el ministro de propaganda de Hitler, le había envenenado a él y a Eva Braun, la mujer de Hitler, y después de matar a su propia esposa y tres hijos, cometió suicidio. Al día siguiente, el almirante Dr. H. C. Räder firmó el armisticio con las tropas aliadas.

Y entonces llovió, llovió a raudales. No había dónde esconderse. Pero eso no era lo que más nos preocupaba. Lo más importante era recoger cuanta agua era posible, juntarla en nuestros sombreros y gorros, en cualquier cosa, porque no habíamos tomado una sola gota de agua en más de dos días. Al cuarto día se nos ordenó hacer cola para recibir algo de comida. Cuando llegó mi turno me dieron un “chocolate”, un grueso y negro chocolate que tenía impreso en él “Do not eat in less than 48 hours” (“No comer en menos de 48 horas”). Evidentemente, aquello no era chocolate, se trataba de una ración de alimento concentrado usado por el ejército americano para sus soldados. No era conveniente comérselo de una sola vez, sin embargo, como yo no había tenido nada para comer por casi una semana, ignoré la advertencia y mientras me preguntaba sobre los demás que no sabían inglés, me lo tragué tan rápidamente que no me di bien cuenta si me lo habían dado o no. Al ver que no había ningún control, me puse nuevamente en la fila y probablemente yo era el único a quien se le había ocurrido. Cuando me llegó el turno de nuevo, me dieron otro “chocolate”, el cual, sin embargo, lo guardé, ya que no sabía cuándo comería nuevamente.

El ejército americano de pronto estuvo frente a un enorme problema logístico, para el cual, seguramente, no estaba muy preparado. Su mayor preocupación era el mismo combate contra alemanes que aún no se habían rendido. Ahora, un ejército adicional tenía que ser alimentado. El ejército alemán entero había sido tomado prisionero en solo 15 días.

A mediados de mayo nos trasladaron a un campo de prisioneros más organizado, con barracas en las cuales nos alojábamos y dormíamos. Era el



famoso Münsterlager, que antes era usado como campo de maniobras del ejército alemán. Allí vivimos por unos tres meses y medio, subsistiendo con una ración diaria de cuatro galletas, mantequilla y mermelada., sin hacer absolutamente nada. Un gran acontecimiento ocurrió el día en que nos robamos unas papas del rancho de oficiales, las que hervimos en una olla sobre un fuego hecho al aire libre. Fue la sopa más rica que haya comido en mucho tiempo.

Los días pasaron afuera, en el patio cercado, no haciendo absolutamente nada, solo acostados por allí, pescando algunas palabras soeces de nuestros guardias. De noche, en nuestras literas, fantaseábamos sobre qué haríamos cuando estuviéramos libres, planeando todos los detalles de nuestra primera y más cara comida en el mejor hotel de Berlín, comprando un auto o casándonos.

¡CASADO! ¡POR DIOS!

Muchos de nosotros ni siquiera habíamos visto una muchacha durante todo nuestro tiempo en el ejército. En aquella edad, cuando los jóvenes normalmente se interesan en las muchachas, yendo a un cine o a un baile juntos, nosotros estuvimos en guerra. La sola idea de besar a una chica me asustaba un poco.

A principios de agosto empezaron a llamar a los primeros que serían liberados. Al segundo día, temprano en la mañana, escuché mi nombre y creí haber escuchado mal. Pero era yo, efectivamente, a quien habían llamado. Después de casi cinco años estaba libre.

En la oficina del comandante me dieron el famoso documento de despedida del ejército alemán, firmado por un coronel americano. En seguida me metieron en el “baño”, donde se hervía toda la ropa a vapor, para matar los piojos, mientras que yo tomaba mi última ducha. Fuimos cargados como ganado en un camión del ejército americano y ya entrada la noche nos encaminamos hacia el sur.

Viajamos semiparados durante toda la noche. Me sorprendía por todo lo que había vivido, por todo lo que había visto: las matanzas, el sufrimiento, el desperdicio de nuestra juventud perdida para siempre, y los sueños de la Gran Raza Maestra desaparecidos. A la mañana siguiente, cuando ya estaba aclarando, para mi sorpresa, llegamos a Coburgo. En la plaza principal bajé del camión, el que desapareció inmediatamente. Ahí estaba yo, completamente solo, parado en esa plaza silenciosa, asombrado de estar vivo.

# Alemania

1944 - 1945



Rutas antes del término de la guerra.





Voni, Marion, Berta, Bertram, 1943.

## *Oficios de postguerra*

Mientras miraba al fondo de esa solitaria calle, veía como despuntaba el sol entre los edificios, en un lento y silencioso amanecer. Hace unos días había terminado la guerra, había sobrevivido a lo que llamarían años después la “Segunda Guerra Mundial”. Todavía indiferente, sin poder imaginar un futuro cercano, decidí comenzar a caminar. Me dirigí a casa, al hogar de mi hermana mayor.

Entré directo al baño, donde me saqué toda la ropa y boté absolutamente todo a la basura. Esto lo hice tanto por el peligro que aún pudiera haber algún piojo vivo, como por mi aversión a todo lo que fuera uniforme o que tenga siquiera relación con el ejército o la guerra. Estaba finalmente en casa,

era la casa de mi cuñado, el esposo de mi hermana Zvonimira, la que cantaba, quien, entretanto, se habían casado.

Él me dijo que llegué en el momento preciso, que me necesitaba con extrema urgencia, porque yo tenía que construirle un teatro de títeres y, después, llevar el lado técnico del asunto. En mi primer día, hasta ya tenía trabajo. Naturalmente, estaba allí, también, mi hermana pequeña, y todos, juntos con dos o tres actores más, iniciamos las funciones del teatro de títeres, en el cual yo iba a trabajar, haciendo los escenarios, durante los próximos dos años. Un sueldo no se me pagaba, pero, yo como el imbécil de siempre, pensé que estábamos en familia, que hacíamos un equipo en el cual todos debíamos cooperar, además, qué más necesitaba yo, excepto comida.

Después de la guerra, la comida, desde luego, era bastante escasa en esa época, me recuerdo que con mi hermana pequeña una noche decidimos ir a robar manzanas. Sabíamos que el dueño de la casa donde vivíamos tenía una huerta con muchos árboles frutales. Cuando casi a medianoche llegamos allá, encontramos una casucha que al parecer servía de bodega. Rompí, sin más trámite, un vidrio, por cuya apertura abrí la puerta desde adentro y, una vez en el interior, llenamos nuestras bolsas de manzanas hasta reventar. Cuando nos preparábamos para irnos, llegó gente y tuvimos que escondernos en el pasto debajo de los árboles del jardín. Pasaron esas personas a solo medio metro de nosotros y se fueron derecho a la casucha que nosotros acabábamos de abandonar. Se encontraron con el vidrio roto y, de inmediato, se dieron cuenta que alguien había estado adentro. Pero no nos buscaron. No sabían cuándo pudo haber sucedido esto y seguramente pensaron que “los ladrones” ya debían de estar lejos. Al rato nos levantamos de allí y nos fuimos, miedosos que en la calle nos encontrara algún policía, que se sorprendería encontrar a dos personas cargando bolsos pesados a la una de la madrugada. Evidentemente, teníamos cara de ladrones, pero llegamos a la casa sin contratiempos, inmediatamente escondí todas mis manzanas debajo del colchón.

Yo vivía en el desván, en el techo, donde había una pieza, la que me servía tanto para dormir como para trabajar y desarrollar mis dibujos para los escenarios que tenía que inventar. Presentábamos obras tanto para niños con ese “Kasperle”, un payaso alemán, como verdaderas óperas para todo espectador, como “Turandot” con mi hermana cantando el papel principal.

Una noche, cuando llegué a mi pieza, me llamó la hija del dueño, que también vivía en el desván en otra pieza. Quería mostrarme algunos dibujos que ella tenía, tal vez porque yo también era pintor y dibujante. Eran todos dibujos de mujeres totalmente desnudas, “actos” como se les llama a tales dibujos. Viendo esos dibujos de mujeres que hasta el pubis tenían desnudo, algo que nunca había visto, me puse bastante nervioso.

En mi juventud no tuve muchas oportunidades de conocer chicas, ya que a los 15 años me llamaron a las filas del ejército alemán y durante gran parte de la guerra estuve solo entre hombres, o sea, que hasta los 18 años, cuando uno normalmente empieza a interesarse por las muchachas, yo ni siquiera había visto una. Para mí las mujeres eran algo enigmático, algo que me atraía muchísimo, pero al mismo tiempo les tenía un miedo rayano al pánico, sobre todo que se rieran de mí. Tenía vergüenza. Tuve padre hasta los diez años y mi madre solo hablaba de que hacer el amor era una cochizada.

Esa mujer, la hija del dueño de la casa donde arrendábamos, debe haber tenido unos 26 años, ella obviamente me mostró esos dibujos de mujeres desnudas, porque estaba interesada en iniciar algo más conmigo, pero ella tampoco hizo ningún ademán para que así fuese, y yo menos ayudé a la situación, no supe qué hacer. En consecuencia, a esa chica le agradecí el haberme mostrado los dibujos y le dije que eran muy buenos, aunque para mi gusto de artista eran cursis. Me despedí de ella lo más suavemente que pude, explicándole que estaba sumamente ocupado y que aún tenía que hacer algunos dibujos para la escenografía de la próxima obra. Me fui a mi pieza, donde, desde luego, no podía ni pensar en trabajo. Estaba fuera de mí, me regañaba a mi mismo por no haber aprovechado la oportunidad única que se me había

presentado de tener relaciones íntimas con esa mujer. Después de un tiempo, supe que esa mujer tenía sífilis, de modo que, al final de cuentas, estuve aliviado por haberme abstenido de “intimar” con ella.

Al principio, el teatro de títeres funcionaba bastante bien. La gente no tenía a donde ir y el teatro estaba prácticamente lleno todos los días. Pero ya a fines de 1946 venía cada vez menos gente y ese cuñado empezó a tener problemas financieros, de modo que, un día, ya no pudo pagar ni siquiera los sueldos de los artistas. Nosotros, desde luego, trabajábamos gratis, de donde puede concluirse que toda la empresa, en el fondo, no tenía base económica. No era rentable. A principios de 1947 tuvimos que cerrar sus puertas y yo estaba algunos meses sin hacer nada y sin saber qué hacer, hasta que mi hermana me consiguió un empleo con un amigo de ella en Heilbronn, donde él era director del teatro.

Me trasladé a esta ciudad, donde empecé a trabajar como pintor con el escenógrafo Wetz. Él se limitaba a hacer los dibujos sobre el papel, y yo los ejecutaba en grande. Fue en esa época que del señor Wetz aprendí casi todo lo que hay que saber sobre escenografía, de modo que, finalmente, me transformé en un experto. Como compañeros tenía a dos carpinteros, quienes construían los muebles y las grandes paredes de lona, en las cuales posteriormente pintaba los escenarios. Como no había mucho espacio y teníamos que trabajar todos juntos en un mismo recinto, me fui acostumbrando a llegar más tarde y a pintar de noche, mientras que ellos trabajaban de día. A veces, tarde en la noche, a las doce o la una, tal vez porque vio la luz, me visitaba el señor Wetz, y me ayudaba explicándome de paso esto y lo otro. Yo llegaba a tal perfección que una vez la señora Schäfer-Rümelin, amiga de Schmohl, el director, me felicitó por un cuadro de Degas, que yo había copiado y que estaba colgando en la pared, como un elemento más dentro de una de las escenas. Me dijo que parecía el auténtico. Era una señora sumamente instruida y, desde luego, conocía muy bien a todos los pintores impresionistas franceses. Hoy, al recordarme de aquella época tan especial, se podría decir tan diferente a lo que yo acostumbraba, tan bohemia, tan



creativa, estoy sorprendido de cómo pude haberlo hecho. Pasaron desde entonces 48 años.

A poco de trabajar en Heilbronn conocí a Elli, una mujer muy simpática, que tenía 35 años, o sea, que era 14 años mayor que yo, era viuda y tenía un hijo. Era codueña de una fábrica de zapatos. Se llamaba Elizabeth Holzapfel. Un día nos fuimos a una excursión por dos días al cercano río Neckar con una amiga de ella y el electricista del teatro. En el hotel, desde luego, yo tomé una pieza con ese electricista y ellas la otra. Pero apenas me había acostado, entró la amiga de Elli, diciéndome que me fuera a la otra pieza porque quería quedarse aquí con el electricista. Me fui al lado y encontré a Elli en ropa interior parada en medio de la pieza. Me ofreció un pedazo de queque que ella había traído para el picnic. No podía rechazarlo y me lo comí. Mientras comía, la observaba tímidamente de reojo parada allí en medio de la pieza. Parecía decirme: “Bueno, ¿no me vas a sacar la ropa?”. No supe qué hacer, estaba muy nervioso. Finalmente, me acosté y me di vuelta a la pared, para no tener que seguir viéndola, desesperado por mi falta de determinación. Era evidente que necesitaba una chica que tomara por mí la iniciativa, y no al revés. En ese entonces tenía 21 años, pero afectivamente parecía solo de 14.

Al día siguiente, ambas chicas estaban frustradísimas. Habían querido acostarse con sus respectivos hombres, pero ninguno funcionó. Conmigo ya sabemos lo que pasó, y con el otro, la chica también se quedó con la ganas, porque resultó que ese electricista era... homosexual y no le gustaban las mujeres. ¡Qué mala suerte!

Aproximadamente una semana después de aquella excursión “fracasada”, con Elli caminamos juntos un rato por fuera de la casa y fuimos a ver el granero, ella se dejó caer sobre un montón de paja que allí había, para dar de comer a los animales. Para mí, verla a ella acostada de espaldas con la falda levemente subida por una de las piernas, fue lo más atractivo que haya podido ver. Me recosté al lado de ella y me decidí a besarla, no pude evitar aca-

riciarla y entregarnos uno al otro. Tenía miedo de dejarla embarazada, pero todo fue rápido y más fuerte que yo, casi en forma descontrolada hicimos el amor, descubrí ese mundo nuevo, hermoso y, de repente, me sentí “hombre”. Ya era un hombre de verdad.

Seguimos así por más de medio año, cuando un día, de pronto, me dijo que había que terminar con nuestra relación y que no podíamos seguir más juntos. Yo estaba enamorado de ella, a pesar de ser mucho mayor; a mí no me importaba, el amor es ciego, dicen. El repentino y drástico anuncio de Elli me sacó de casillas y solo atiné a llorar como niño. Me sentí traicionado.

Después, solo nos vimos ocasionalmente. Un día, tarde en la noche, cuando ya me encaminaba a mi casa, un hombre me atajó en la calle.

- ¿Me permite que le haga una pregunta, señor? –me dijo. Me había alcanzado y caminaba al lado mío.
- Diga nomás. ¿Qué se le ofrece? –le dije, sin dejar de caminar.
- ¿Usted es amigo de Elisabeth Holzapfel?”.
- Sí. ¿Por qué le interesa?”.
- Quisiera saber si sus intenciones son más serias.

No entendí muy bien adónde iba esa pregunta y por qué a él le interesaría mis relaciones con Elli.

- ¿Serías? ¿A qué se refiere? Somos amigos, ya le dije.
- Estoy pensando proponerle matrimonio.

Ah, de ahí venía el viento, pensaba yo, ya tenía la explicación por el repentino vuelco que Elli dio a nuestra relación. Ahora, tenía a ese idiota de modo que ya no me necesitaba a mí.

- Oh, no se preocupe por eso, señor. En realidad, no somos más que amigos.
- Ah, ya. Le agradezco, y perdone que le haya hablado.
- No es nada. Buenas noches.
- ¡Buenas noches! –el tipo se fue.

Ahora me explicaba el repentino “rompimiento” que Elli había escenificado conmigo meses atrás, por qué tuvo que ponerle término a nuestras relaciones. Ciertamente fue muy extraña esa conversación en la calle, el que ese tipo me haya hablado en medio de la noche, tal parecía que me estuvo acechando para poder hablar conmigo, esperando a que saliera del bar donde me había tomado un “Korn”, fue para mí lo más ridículo que me haya pasado nunca. ¿Qué le habrá contado Elli de mí? Solo pensé que yo debía ser muy importante para ambos, me pareció que él estaba pidiéndome permiso para poder casarse con ella, espero que también lo haya hecho con el padre de la novia. Yo solo sabía que me quedé sin chica. Ya me había acostumbrado a tener una, aunque era bastante mayor y ni en sueños pensaba casarme con ella. Era una agradable aventura, porque Elli era simpática y graciosa, ahora se casará con un hombre que al menos le ofrecía un futuro seguro.

Poco tiempo después de mi llegada a Heilbronn, me llama por teléfono mi hermano Franz desde Hamburgo. Desde el término de la guerra no había sabido absolutamente nada de él, suponía que estaba escondido tratando de sobrevivir y que en algún momento, cuando las cosas se calmaran, podríamos establecer contacto para realizar algo juntos. Había que considerar que en los últimos años de la guerra él trabajó en Austria en la radio, haciendo las traducciones de todo lo que se hablaba al serbocroata; repentinamente se había cambiado de ser un comunista, a ser parte del mecanismo del nacionalsocialismo en Viena. Incluso hizo propaganda nazi en Yugoslavia, su patria. Al escucharlo quedé totalmente sorprendido, me puse ansioso, me trajo muchos recuerdos y anhelos por construir un futuro mejor. Todo mi proyecto se me cayó de un golpe, cuando me dijo que en ese momento se estaba embarcando a Sudamérica, a Chile. Para mí esto fue un infortunio, me sentí traicionado por él, quien se iba solo a otro continente y no pensaba incluirnos en sus planes. ¿Ya no cabía la posibilidad, en un futuro próximo, de hacer cosas juntos? Estaba decepcionado que él, a quien consideraba mi segundo padre, se fuera tan lejos, sin que yo importara y que nuestra relación se perdiera.

Aferrado a la esperanza y el ideal de apoyarme entre la poca familia que quedaba, me puse en campaña para reunirnos, y por qué no, en el nuevo mundo, donde quedaba todo por hacer, con un futuro lleno de oportunidades. Se presentaba la posibilidad de salir de una Europa destruida y sin el más mínimo sentido de pertenecer a ella. Supe que en Heilbronn un señor Layher daba clases de español. Tenía una escuela de intérpretes, donde daba clases de inglés, también. Un día le atajé al señor Layher en la calle frente a mi taller y le pregunté sobre su escuela, diciéndole que quería aprender español. Me dio todos los datos y desde entonces me fui todos los días a mis clases de español. Era el momento preciso, porque justamente empezaba un curso nuevo. Recuerdo que lo primero que aprendí, mis primeras palabras en español fueron:

“Juan es un muchacho de 18 años de edad. Todos los días se levanta temprano...”.

Pronto descubrí que el español era muy fácil, no como el inglés, y solo me tenía que aprender los verbos irregulares, para saberlo. Y es eso lo que hice, recitando día y noche “quedo, quedas, queda, quedamos, quedáis, quedan...”, o “soy, eres, es, somos, sois, son”, etc. En el restaurante, en el trabajo mientras pintaba, en todas partes estaba recitando esos verbos españoles. Era el mejor alumno del curso, junto con otro chico que era bastante bueno, aunque con su pronunciación “alemana” era un poco deficiente para mi gusto. Después de algunos meses, cuando ya sabíamos hablar un poco en español, nos gustaba ir a un restaurante, para conversar en español en voz alta, y así nos escucharan los demás parroquianos, quienes intrigados no podían entender nada. Nos gustaba hacernos los extranjeros, aunque a mí, desde luego, todo el mundo allí me conocía. Nos hacíamos los fanfarrones. Nuestros conocimientos de español aún no nos servían para otra cosa, pero, al mismo tiempo, nos ejercitábamos en la “conversación”.

Después de la reforma monetaria en Alemania, la gente, de pronto, no tenía dinero para ir al teatro, lo que tenían lo gastaban para cosas más vitales,



Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.

como comida, ropa, vivienda. Las funciones se realizaban cada vez con menos espectadores, a veces solo 2 ó 3. Las cosas iban de mal en peor, hasta que el teatro quebró. Se formó un sindicato de actores, que le hicieron una “protesta” al director, algo bastante ridículo, si uno piensa que el director también se quedaba en la calle. Querían hacerse cargo del teatro. Recuerdo que en la reunión final, el barítono, quien se autoproclamó jefe del sindicato, pronunció el discurso más imbécil que haya oído nunca, y yo, entre el público, le aplaudía y hasta le gritaba “bravo, bravo” justamente cuando decía algo bien absurdo, o le aplaudía a destiempo, cuando una aclamación estaba totalmente fuera de lugar. Después de la reunión, ese barítono, que era un hombre alto y fuerte, tal como lo son todos los barítonos del mundo, se me lanzó encima, increpándome por mis tan “acertadas” intervenciones y porque le había interrumpido su discurso a cada rato. Estaba furioso y levantó una mano para darme un puñetazo, pero, al ver esto, me acerqué aún más a él, para que pudiera alcanzarme bien, y le dije: “Pégame. Estoy esperando. Ya pues”. Pero él retrocedió de inmediato mientras pensaba mejor las consecuencias que le podría traer la osadía.

El teatro cerró sus puertas definitivamente y yo quedé cesante, sin sueldo. Tenía unos pocos marcos en el bolsillo, que ahora tenían que alcanzarme solo Dios sabía hasta cuando. Le dije al señor Layher que tenía que retirarme porque ya no podía pagarle por las clases de español. Sin embargo, él me dijo que siguiera asistiendo a las clases, aunque no pagara nada. Era su mejor alumno y, en cierto modo, yo mantenía la clase andando. Parecía que se le derrumbaría el curso sin mí. En el fondo, yo mismo consideraba que daba las clases para mí y aquel otro chico que aprendía rápidamente. De este modo, pude seguir yendo a las clases de español, sin pagar, hasta que ese curso terminó a mediados de 1949. Entonces el señor Layher me dio un diploma final, en el cual se certificaba que yo era un intérprete español/alemán. Me pidió DM 20.- por el diploma. Pero yo ya me había quedado sin dinero y no tenía más de DM 10.-, se los dí, prometiendo darle los restantes diez marcos tan pronto los tuviera. Nunca pude pagarle, ya que nunca más tuve dinero,

ni siquiera suficiente para comer. Era la primera vez que Bertram no pagó algo que debía. Es curioso observar que no pude pagar algo que para mí era muy importante y posteriormente hasta me ayudaría para trabajar como corresponsal en el comercio exterior y crecer profesionalmente.

Llegó mi peor época, sin dinero, sin comer, sin esperanza alguna de encontrar un trabajo, porque los teatros todos estaban o en quiebra o arrastrando sus actuaciones con público mínimo y actores que hasta renunciaban a gran parte de su sueldo, con tal de no quedar en la calle sin nada. Conseguir un trabajo era imposible.

Me fui a la oficina de la “International Refugee Organization” (IRO). Trataba de conseguir que ellos me enviaran a Sudamérica. Lo difícil era que un alemán no podía obtener ayuda de la IRO y, además, en esa época a los alemanes aún les estaba prohibido viajar a ninguna parte. Alemania como país aún no existía y solo era un territorio ocupado por los cuatro Aliados. Ante esto, fui a la policía alemana, para pedirles que me cambiaran mi cédula de identidad alemana, ya que yo no era alemán, sino yugoslavo. Para mi gran sorpresa, el policía lo hizo, casi en forma automática. En realidad, yo no esperaba tener éxito en ningún momento, solo fui a la policía pensando en “preguntar no cuesta nada”. No tenía por qué contarles que estuve en el ejército alemán y que combatí hasta en el frente ruso. En forma automática, me dio una cédula nueva, “Kennkarte”, en la cual decía: “Nacionalidad: desconocida, antes yugoslava”. Esto era suficiente para mí, ya que solo necesitaba un documento que certificara que yo no era alemán.

Tenía la intención de salir de Europa, y Sudamérica me parecía el continente más atractivo, por cuya razón aprendí ya en Alemania el español, que se hablaba en todos los países sudamericanos, excepto Brasil.

Llegué a Fulda en un día de fuertes lluvias. Tenía puesto un traje que me había hecho un sastre con tela de... frazada. Era un traje absolutamente ridículo, pero muy bien hecho, y nunca pude adivinar cómo ese sastre pudo haber confeccionado un traje de una frazada gruesa. Pero ese traje tenía la ventaja





*Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.*



que me protegía del frío alemán mejor que ningún otro traje que yo pudiera haber tenido. Sin embargo, en el camino desde la estación de ferrocarriles de Fulda hasta las oficinas de la IRO, me mojé totalmente con la lluvia. Vestido con una frazada chorreando agua, entré a una oficina donde me atendieron unos polacos. Pero ellos ni siquiera se molestaron en tomar nota de mí. En resumen, mi tentativa de conseguir un pasaje con la IRO a cualquier parte fuera de Europa era un fracaso rotundo. Me podría haber ahorrado el pasaje a Fulda, considerando que solo andaba con esos DM 20.- que mi madre me había enviado desde Berlín, o más bien mi hermana Marion, quien en ese momento vivía con ella, trabajaba en el “Radio im Americanischen Sektor” (RIAS). Ciertamente, en Heilbronn había llegado al final de mis ideas. Casi a la fuerza, había adquirido una profesión, la de escenógrafo, que en esos momentos no era lo más necesario y útil para levantar a un país destruido por la guerra. Para colmo, cuando salí del ejército, tampoco a nadie se le ocurrió que podría haber ido a alguna universidad y estudiar algo, total en cuatro años podría haber sacado algún oficio o carrera profesional más indispensable o con mayor demanda. La familia prefirió utilizarme para sus propios fines, tuve que construirle un teatro entero a ese señor Stöhr, el esposo de mi hermana en Coburgo, quien ni siquiera se dignó a pagarme ni siquiera una propina. Apenas tuve derecho a comer algo, y no crean que ese sinvergüenza alguna vez me convidó un café de esos que él se hacía de los tarritos de Nescafé, que él se compraba en el mercado negro. Francamente, no sé si eran peores los días en el ejército, donde, por lo menos, tenía algo que comer, o los que vinieron después en la Alemania de postguerra.

Decidí volver a Berlín, donde estaba mi madre y mi hermana menor, Marion, a quien le iba muy bien, porque se había hecho secretaria bilingüe. Sin aviso previo le dije “hasta luego” a la dueña de la casa, donde había arrendado una pieza y a quien ya le debía varios meses de arriendo, sin tener posibilidad alguna de poder pagarlo. Por lo menos, le dejé mi grueso abrigo colgado en el armario arriba en la pieza, diciéndole que haga lo que quiera con él. Me fui directamente a la estación de ferrocarriles y compré el boleto



Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.

a Berlín con el último dinero. Los trenes estaban siempre repletos, había escasez de trenes porque muchos habían sido destruidos en la guerra, y solo pude sentarme en el pasillo sobre mi maleta, la que contenía todas mis posesiones del mundo y, con eso, aún estaba medio vacía. Al día siguiente llegué a Helmstedt, donde empezaba el único corredor que los rusos permitían como acceso hacia la ciudad de Berlín. Allí vi por primera vez al enemigo, cuatro años después de terminada la guerra, un soldado ruso haciendo guardia. El tren entraba a territorio de Alemania Oriental y, finalmente, a Berlín, una ciudad que había sido dividida en cuatro partes por los Aliados, cada uno con su sector.

Llegué a la casa, allí en Schulstrasse 1. Era un departamento que mi madre –meses antes del comienzo de la guerra– había arrendado al volver de Yugoslavia, poco después de la muerte de mi padre. Así tan pronto volví. Después de varios años de no vernos y sin que se le ocurra otra cosa, ni siquiera hacerme un café, solo atinó a pasarme la escoba. Yo era sin duda el “Heimkehrer”, una palabra que en alemán tiene un doble sentido y significa tanto “El que vuelve a la casa de la guerra” como “El que barre la casa”. Como mi madre era una persona en extremo cómoda y exigente con las cosas que ella consideraba importantes, no halló mejor idea que pasármela siempre, obligándome a barrer la casa, algo que yo, como hombre, consideraba ignominioso.

En Berlín estaba tan desorientado como en Heilbronn. Empecé por presentar solicitudes de inmigración a casi todos los países sudamericanos, desde Argentina, Paraguay, Perú, Colombia hasta Venezuela. Pero, finalmente, mi hermano me escribió que estaba tratando de conseguir visas para que todos nos fuéramos a Chile. ¿Se sintió tan solo que recién ahora descubrió que en una familia todos deben trabajar juntos?

Luego, recibí carta de él, sugiriéndome averiguar todo lo que pudiera sobre cerámica y la confección de mosaicos, porque pensaba que nos dedicaríamos a la confección de grandes murales de mosaicos. Me lancé de inmediato a la biblioteca, para sacar de allí todos los libros que hubiera sobre cerámica.

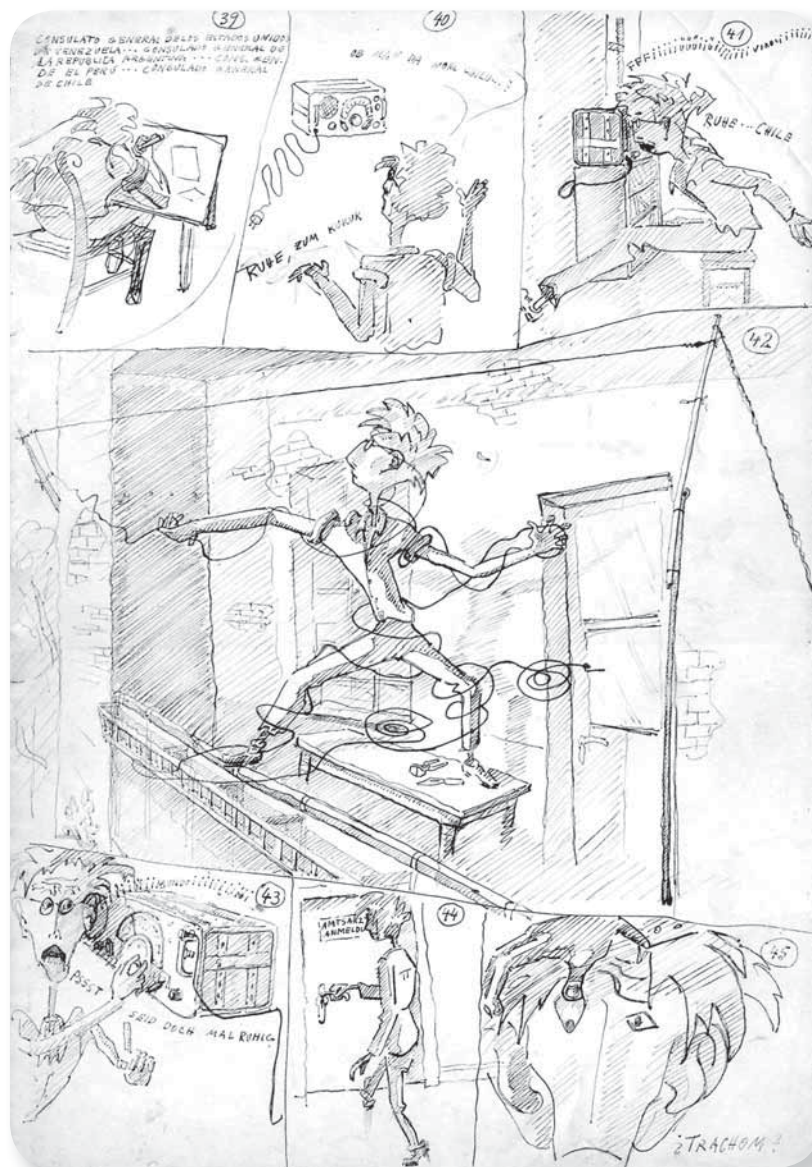
Ya conocía la biblioteca de antes, cuando tenía la costumbre de sacar libros de cualquier índole y tema, para leerlos durante un período de varios años, en los cuales me dedicaba casi exclusivamente a la lectura. En aquella época necesitaba saber qué pasaba en el mundo. Trataba de entender muchas cosas que nadie me explicaba. Quería entender a la gente, a las personas y sus costumbres.

De los libros especializados en cerámica solo entendía, tal vez, un 10%, todo estaba explicado en fórmulas químicas. No habiendo aprendido nada en absoluto durante mis últimos años que fui al colegio, excepto disparar cañones antiaéreos. De los 15 a los 18 años solo se movía mi vida en el mundo del servicio militar, del ejército y de la guerra. En consecuencia, cuatro años más tarde tuve que recuperar lo perdido y me puse a estudiar, primero química inorgánica antes de entender los procesos de fabricación de la cerámica y, desde luego, tuve que hacerlo solo.

Durante el resto de 1949 y el año 1950 estudié química y cerámica, volviendo a la biblioteca, cada vez que me encontraba con algo nuevo que no entendía, para sacar otros libros que me lo explicaran. Mi entusiasmo, dedicación y convencimiento por la iniciativa de mi hermano Franz, eran tan altos, que incluso hasta logré entrar a trabajar en una fábrica de cerámica. Junto a una mujer joven muy atractiva y simpática, de la cual, secretamente, me enamoré de inmediato, hacíamos tazas y platos. La fábrica entera consistía, en realidad, solo de un horno eléctrico, el cual era capaz de subir la temperatura en su interior a cifras muy elevadas, para “quemar” esas tazas, platos y platillos que habíamos formado de greda en el torno o en la prensa para luego secarlos y colocados en su interior. Aprendí muchísimo en este trabajo. Vi que todo lo que había aprendido de los libros en teoría, encajaba perfectamente en la práctica y, a veces, hasta me parecía que ya lo había visto antes. Ya era un experto ceramista, ya tenía un nuevo oficio.

Apenas había trabajado dos semanas en esa fábrica, cuando una mañana temprano llegó un hombre, que no había visto nunca antes, y simplemente nos





Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.

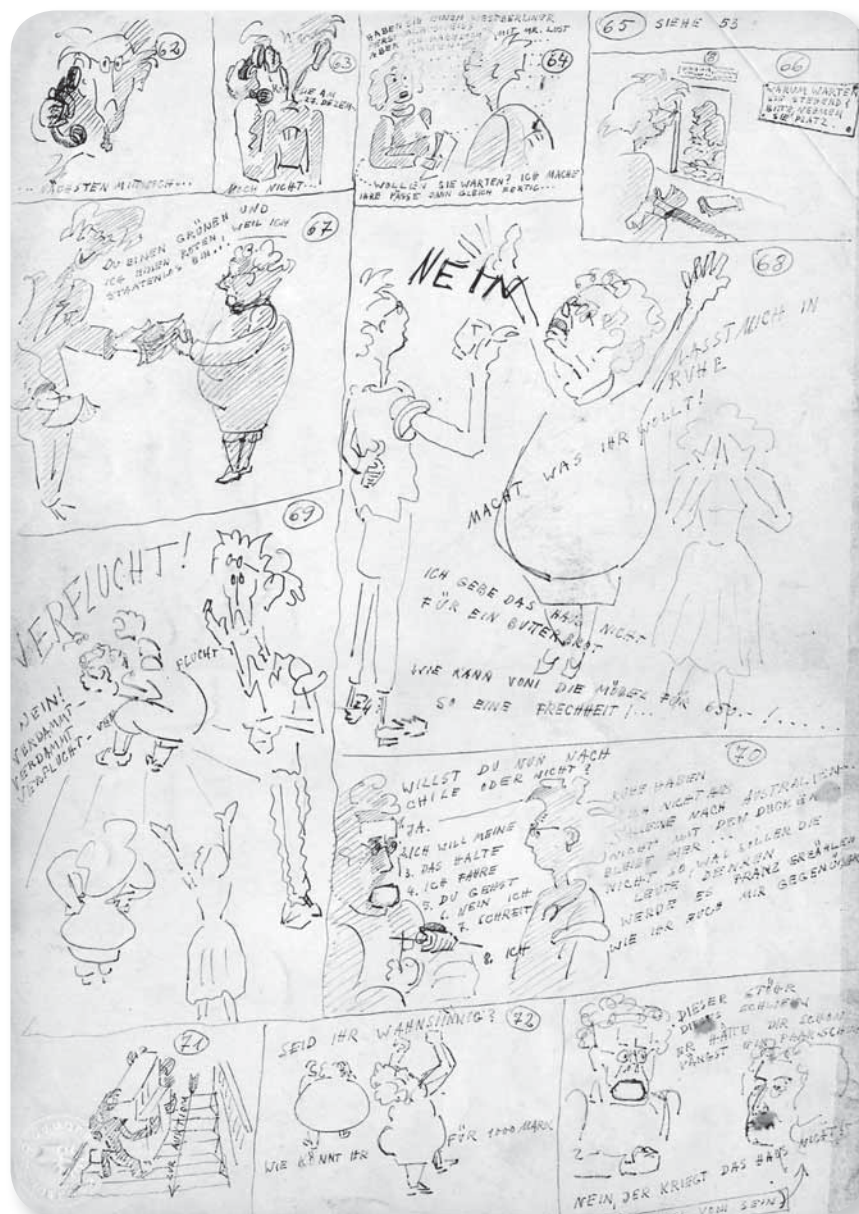


*Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.*





Imágenes de su vida, dibujadas a tinta por Bertram Zupeuc en 1949.



Esta secuencia de imágenes, corresponde a su historia gráfica que será escrita 50 años después, sin tener los originales a la vista, pero coincidiendo fielmente con ellos.



dijo que era el dueño de la fábrica y que la estaba cerrando porque perdía mucho dinero y estaba en bancarrota. Nos quedamos mirando el uno a la otra, boquiabiertos. Para colmo, nos dijo que ni siquiera nos podía pagar el último sueldo. ¿Era un chiste? Yo no había recibido ningún sueldo todavía, de modo que difícilmente se podía hablar de un último sueldo, había trabajado dos semanas para nada, sin percibir remuneración alguna. Por otra parte, la hermosa ceramista me daba lástima, porque solo ayer habíamos conversado la idea de exportar floreros al Brasil, lo que ahora solo resultaba ser un sueño.

Tuvimos que irnos, dejando todo botado. Acompañé a la señorita hasta la estación, llevándole una maleta, donde ella tomaría su tranvía o bus. No quería apartarme de la chica, pero no sabía cómo seguir manteniendo relaciones con ella, tanto por razones profesionales, porque ella podría enseñarme mucho aún, como por la atracción física que como mujer ejercía sobre mí. Torpemente, no se me ocurrió pedirle su dirección. Ella tampoco sabía qué podría hacer ahora. Así, simplemente nos despedimos y me fui a casa triste, nunca más la volví a ver.

Mi hermana Marion había traído de su trabajo un viejo radiorreceptor del ejército británico, que tenía onda corta. De inmediato me dediqué a tratar de hacerle una antena, la que traté de instalar lo más alto posible en el balcón del departamento. Me fascinaba la onda corta, porque me permitía escuchar las noticias, comentarios e informes científicos y de otra índole de países lejanos, que yo añoraba conocer. Me conectaba con el mundo, me hacía soñar con hermosos lugares y trataba de entender otras costumbres y otros idiomas. Desde luego, trataba de conseguir emisoras que hablaran español, como la misma Radio Nacional de España, o emisoras de Sudamérica. De Chile, donde estaba mi “hermano”, no pude recibir ninguna, hasta que un día escuché muy débilmente la radio “Nuevo Mundo” de Santiago, la que daba música y una propaganda del “Parque Rosedal”, que me imaginaba como algún restaurante al aire libre.



*En busca  
de identidad*

91

Zupeuc Flassbarth. Sabían que yo era su hermano y, como ella, no podía ser yugoslavo. Entregué el certificado a ese teniente, quien aun me pidió algunas fotografías, y poco días después ya me entregó mi pasaporte “apátrida”. De repente, no tenía ninguna nacionalidad, lo que, en el fondo, correspondía exactamente a lo que yo sentía, o sea, que era ciudadano del mundo, sin ninguna patria. Mi patria era el globo terráqueo entero.

Pocos días después viajamos a Frankfurt, donde en el Consulado General de Chile nos fueron colocadas las visas en los pasaportes. Desde allí, mi madre fue a visitar a su hermana en Castrop-Rauxel, mientras que yo me dirigí de inmediato a Hamburgo, para esperar la salida del barco planeada para mediados de marzo de 1951. En Hamburgo me alojé en un hostel para marinos, donde me enseñaron a tomar el té con leche, a la inglesa, y me alimentaba de salchichas “Frankfurter”, que vendían en la calle junto con un pedazo de pan. Deambulaba por este puerto, para matar el tiempo. Así conocí el Alster, ese hermoso lago emplazado en el centro de la ciudad, con el Jungfernstieg y el “Vierjahreszeiten” en un lado, y otras calles famosas, como la Reeperbahn con sus prostíbulos para los marineros del mundo y sus locales nocturnos. Sin embargo, no pude entrar en ninguno. La única vez que entré a uno de esos locales, me cobraron una suma tan exorbitante por una cerveza, que lo considere una estafa.

Cuando llegó el día del embarque, fuimos al puerto y, previa revisión de documentos por la policía y la aduana, subimos a bordo. Nos alojamos en una sala común con literas, hombres y mujeres por separado. Era un barco argentino especialmente adaptado al transporte de gran cantidad de pasajeros, porque la mayoría de los emigrantes se iba a la Argentina. El barco zarpó el día siguiente y yo, finalmente, con ello me había librado de Europa, continente lleno de calamidades, donde unos mataban a otros, y en mi opinión, sin motivo alguno.

Yo nunca antes había estado en un barco, se movía continuamente, de modo que todo era nuevo para mí. Recorrí el barco entero desde la

popa, donde se alojaban los marineros, hasta la proa, en cuya punta me sentía como en aquellas grandes ruedas de ferias, en las cuales uno se caía con el estómago en la garganta. La proa del barco se desplazaba por lo menos unos dos metros hacia arriba y otros dos abajo, de modo que era hasta para mí, que tengo estómago bastante firme, difícil no sentir aquella sensación de malestar. Lo mejor era el almuerzo y, también, la comida en la noche. Había pasado hambre prácticamente durante los últimos cuatro años, después de la guerra, cuando en Alemania no había nada; en el barco comí casi hasta reventar. Como la mayoría de los pasajeros tenía permanentemente sensaciones de náuseas y permanecía sobre cubierta, tratando de vomitar por la borda, yo aprovechaba de comer hasta dos platos y también me llevaba el postre, que generalmente era una manzana u otra fruta. De flacuchento que estaba, debo de haber aumentado por lo menos diez kilos durante el viaje, que duró 21 días.

Para mí era asombroso como los demás pasajeros se mareaban hasta el límite de lo aguantable. Una vez, estaba conversando con otro pasajero apoyado en la borda del barco, el mar se veía intranquilo, el cielo lleno de nubes y una intensa brisa nos pegaba en la cara, de pronto, sentí que algo me había mojado la cara, parecía que una ola me había salpicado. Cuando miré a mi lado, para ver de dónde venía tanta agua, vi a una persona vomitando por la borda al mar. El viento lo llevó todo casi horizontalmente hacia mi cara. Ni siquiera pude enojarme, porque el pobre hombre estaba medio muerto, totalmente descompuesto tratando de devolver lo que ya no tenía; sorprendido, tuve que reírme de mi inconveniente situación. Desde luego, me fui a los baños inmediatamente y aproveché de tomar una ducha. Para mi gran sorpresa eran con agua salada, la que se estaba bombeando directamente del mar. Fue imposible, por más que trataba de conseguir espuma del jabón con esa agua.

A los pocos días, el barco atracó en Vigo, Galicia, al norte de España. Vigo era un puerto de pescadores con un intenso desarrollo en la industria pesque-

ra. Lamentablemente, no se nos permitió bajar a tierra, porque, lógicamente, desembarcar y embarcar de nuevo tantos pasajeros habría presentado un problema “logístico”, haciéndole perder al barco valioso tiempo en el puerto, tiempo que era sumamente caro.

Después de la fiesta del cruce del ecuador, donde el barco, según la imaginación de cada uno, tenía que pasar por una “resistencia” como una “soga de acero” o algo parecido, causó mucha expectación, sin embargo como era de esperar, todo siguió con total normalidad, hasta que llegamos a Las Palmas en las islas Canarias, y posteriormente a Santos en Brasil. En ese puerto, los estibadores, en lugar de trabajar, se dedicaban a cambiar racimos enteros de decenas de plátanos por una o dos manzanas, que les lanzábamos hacia abajo. En Brasil, país productor y exportador de plátanos o bananos, como en todos los países tropicales, un racimo de unos 100 o 200 plátanos tenía un valor insignificante, en cambio cada plátano en los países importadores europeos e incluso en Chile, tenía un valor exorbitante. Por lo contrario, las manzanas eran casi desconocidas y muy apreciadas en Brasil.

Durante el viaje me hice amigo de algunos marineros y uno de ellos me entregó una máquina fotográfica, pidiéndome que se la pasara por Aduana en Buenos Aires, ya que a él le estaba prohibido traer estos u otros artefactos a la Argentina sin pagar derechos aduaneros sumamente altos. Acepté, y como tenía un rollo adentro, aproveché de sacarle fotografías a todo y todos los que pudieran tener algún interés para mí como recuerdo.

Llegamos a Buenos Aires a los 21 días de salir de Hamburgo y atracamos en el dársena norte. Bajamos y nos fuimos en busca de la casa de Vera, una de mis hermanas mayores, que, entretanto, también había emigrado a Argentina. Era la misma hermana que mi madre le había quitado el negocio de alfombras, manteles y telares, en Berlín, años atrás después de la muerte de mi padre.

En casa de Vera me encontré enfrentado, de repente, a una señora de edad y dos jovencitas hermosísimas, de las cuales, naturalmente me enamoré al instante. Tenía el problema de tener que decidirme por cuál era la más bonita, hasta que finalmente opté por la que parecía ser la de más edad y que se llamaba Verónica. La otra tenía solo 14 años, era demasiado joven para mis 24 años, los que yo acababa de cumplir a bordo del barco el 7 de abril.

“¿No vas a saludar a tu hermana Vera?” me dijo, de repente, mi madre. Yo la miré sin comprender el parentesco con ella, ya que solo vi a esa señora y las que parecían ser sus dos hijas.

“Esta es Vera”, dijo entonces mi madre, señalando a la señora de edad que allí había. Solo entonces me pareció reconocerla vagamente. Me resultó difícil poder verla como mi hermana, cuando niño ella siempre vivió apartada de la familia y no la había visto hace muchos años. Lo curioso es que me habían dicho que fue ella la que me cuidaba cuando era chico, porque cuando yo nací, ella ya tenía 18 años, mientras que mi madre debía trabajar en su negocio de lanas. Nos quedamos en Buenos Aires 15 días, y después tomamos el tren “trasandino” que salía de la estación “Retiro”. Luego de un viaje sumamente aburrido de un día y una noche, llegamos a Mendoza, donde había que cambiar de tren, para seguir en uno que era capaz de subir por la cordillera de los Andes hacia arriba, hasta que el 30 de abril de 1951 cruzamos la frontera entre Argentina y Chile a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, cerca del cerro Aconcagua y el famoso “Cristo Redentor”, colocado por la paz entre ambos países a principios de siglo, los que, sin embargo, no pudimos ver, ya que era de noche.

En la ciudad de Los Andes, en Chile, había que cambiar de tren nuevamente, lo que ya me estaba fastidiando. En Europa estaba acostumbrado a tomar un tren que me llevaba a destino sin tener que cambiarlo. Incluso había trenes que desde Turquía cruzaban Europa hasta Hamburgo a través

de varios países sin necesidad de hacer ningún trasbordo. Llegamos, finalmente, a la Estación Mapocho, en Santiago, a la una de la madrugada. Ya era 1 de mayo, un día de fiesta.

Fuimos recibidos por mi hermano Franz, quien nos dijo que tendríamos que alojarnos en un hotel, porque él no vivía en Santiago, sino en el campo. Esta noticia me causó gran sorpresa, ya que no nos había escrito nada sobre esto. Teníamos que tomar un bus o “micro”, me acerqué a la puerta trasera de uno que estaba parado frente a nosotros. Pero la puerta no se abrió y, entonces, me fui a la delantera para ver qué le pasaba al chofer. En Alemania uno sube por la puerta trasera y baja por la delantera. En Chile es al revés, lo que yo no sabía. Coloqué un pie en el peldaño y, antes que yo pudiera decir nada, el chofer me dijo:

– ¡Súa nomá!

De acuerdo al español que había aprendido, entendí que “no quería que subiese” e inmediatamente bajé el pie de nuevo. Concluí que este chofer ya se iba a casa y es por eso que no abrió la puerta trasera. En eso, me alcanzó Franz y me empujó arriba, diciéndome que suba ya de una vez al micro. De esta manera recibí mi primera lección de “chileno”, un dialecto que solo tenía muy pocas semejanzas con el español. Franz me explicó que lo que el chofer quería decir es que “suba nomás”, o sea, que suba sin problemas, que suba ya. Pronto había de descubrir que el español aprendido en Alemania no me servía en absoluto. No entendía nada de lo que la gente, especialmente la del campo, me decía, aunque notaba que ellos a mí sí me entendían hasta en mi español con la “Z”, que en España se pronuncia con al punta de la lengua entre los dientes.

Al día siguiente, mi hermano nos paseaba por el centro de Santiago, para mostrarnos los lugares más importantes, y por primera vez en mi vida me hice limpiar los zapatos en la plaza de Armas, donde se habían instalado los lustrabotas de siempre. Esto para mí era una novedad, porque en Europa era totalmente desconocido y, estaba pensando “otros países, otras costumbre”.



Mi hermano vivía en un fundo, “Pahuilmo”, en el valle de Mallarauco, al norte de Melipilla, donde enseñaba en una pequeña escuela primaria para los niños de ese valle. Para mi enorme sorpresa, él era el director de esa escuela, la que había sido colocada dentro del fundo por su dueño, un tal Ramón Noguera, diputado por Melipilla. De esta manera él se hacía propaganda política, por haber hecho algo por el pueblo, que eran los “inquilinos”, los campesinos del lugar. Ese mismo Noguera, con un ojo medio cerrado por un tic nervioso, le dijo a mi hermano:

- No le vaya a enseñar demasiado a esos niños, don Pancho. Podrían saber demasiadas cosas.

Era, en realidad, el criterio deformado y sin asco del latifundista chileno de rancia estirpe.

- Y ¿los mosaicos? –le pregunté a mi hermano.

Me dio la respuesta más sinsentido que haya escuchado en mi vida:

- Hay un viejo emigrante húngaro aquí, quien me dijo: “Lo que en Chile no hay, no lo haga, porque no se necesita”.

Me quedé sin poder entender, después de hacer un esfuerzo traté de hilar las ideas y le pregunté directamente, sin muchos preámbulos:

- Y ¿para qué me hiciste estudiar cerámica, entonces? –nunca obtuve una respuesta.

Mucho después, pensé que mi hermano debió haber estado muy perdido, porque lo que él podría necesitar para sus mosaicos, no era precisamente fabricarlos, sino que, fácilmente, podría haberlos obtenido de las fábricas de azulejos, de las cuales en Chile había varias, y donde invariablemente había una enorme merma de “quebrados”, o sea, pedazos de azulejos ya glaseados de todos colores y tamaños, y habría sido una locura construir una fábrica de tales pedacitos de cerámica con horno y todo lo que implica la manufactura. Franz me había hecho estudiar cerámica y, por ende, química inorgánica



para nada, por un capricho de él solamente. Nunca más en mi vida tuve siquiera la oportunidad de utilizar todos esos conocimientos que adquirí con tanto esfuerzo en Alemania, excepto para hacerme, de vez en cuando, el fanfarrón ante las personas, explicando cómo se fabricaba un florero u otra pieza de cerámica y si estaba bien o mal “quemada”.

De pronto, estaba en el limbo. No sabía qué hacer allí en la casa de mi hermano, ni qué hacía en Chile. Pasaban los días, las semanas y no hacía nada en absoluto. Literalmente, estaba vegetando. En mi tiempo de ocio y tratando de adivinar el largo de una antena, me dedicaba a estudiar un poco de matemática, me intrigaba por aquellas fórmulas que no me habían enseñado en el colegio, y en ese tiempo aprendí solo a sacar la raíz cuadrada y hasta la cúbica, y me gustaba jugar con el teorema de Pitágoras del triángulo rectángulo, etc. Tratando de adivinar la altura de un árbol, llegué a descubrir la trigonometría con seno, coseno y tangentes. Entre otros, descubrí con sorpresa que “c” es igual a “a x V3” si el otro ángulo es de 60°, y otras cosas similares. Llegué a aprender de memoria esa raíz cuadrada de tres, la que conocen solamente los ingenieros civiles, y cada vez que con alguien trababa un juego de palabras y me decía que “yo estaba borracho”, yo le preguntaba: “Tú que tanto hablas, apuesto que ni sabes cual es la raíz cuadrada de tres. A ver, ¿cuál es?” Desde luego nadie pudo responderme y yo le decía, para impresionarlos, que es 1, 732050808 con 9 decimales.

Un año más tarde llegaron de Europa mis otras dos hermanas, Zvonimira, la que cantaba, y Marion, la secretaria. Esta última estaba aún más

decepcionada que yo y no le gustó ese ambiente campestre, en el cual mi hermano Franz nos tenía viviendo. A los días, se fue a Santiago a buscar empleo como secretaria bilingüe inglés/alemán, aunque de español ella aún no sabía nada. Franz la envió donde un amigo yugoslavo, Tomicic, quien la alojó en un sótano, que más bien parecía un hueco que había a un lado debajo de la casa. Allí vivía ella, durmiendo prácticamente en el suelo, hasta que consiguió el trabajo que buscaba, y ya con su primer sueldo arrendó un departamento en Mosquito 520, en el centro de Santiago, a media cuadra del Parque Forestal.



## *Cuentos de un emigrante*



*No es el horizonte el que está hueco, sino el barco, eso no significa que esté con náuseas.*

*Esto es en la popa del barco.*

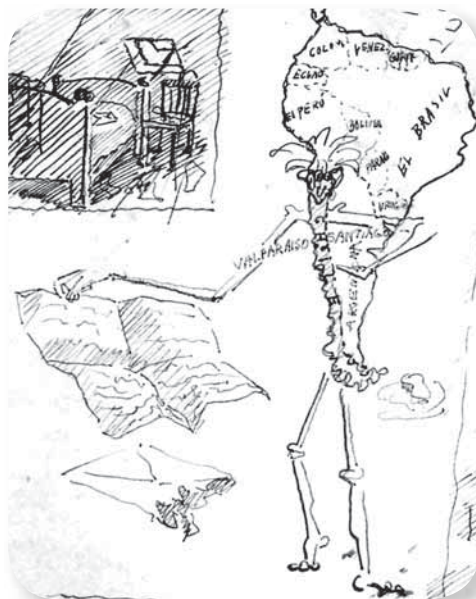
*Bertram Zupeuc, 1951.*



*“Lo peor en la vida  
es morir sin saber  
de qué se trataba”.  
Bertram Zupeuc*







Autorretrato 1949.

## *El lugar más lejano*

En el diario alemán “Cóndor”, el director Von Plate, quien donó en años posteriores un terreno en Santiago para que se construya el actual Hogar de Ancianos Alemán, le ofreció a mi hermana menor, Marion, un trabajo en el sur de Chile, cerca de Osorno, donde ella tendría que copiar para un señor Emilio Held, otro chileno-alemán, todo sobre la inmigración alemana bajo el gobierno de Pérez Rosales. Como a ella este trabajo no le gustó, se le ocurrió ofrecérmelo a mí, y así, a pesar de que apenas sabía escribir a máquina, un día viajé a un fundo cerca de Corte Alto y el lago Llanquihue, donde con otro alemán, que hablaba perfectamente inglés, y por eso me pareció que había sido espía de los alemanes, copiábamos, casi a oscuras, página tras página lo que se proyectaba a la pared desde películas de microfilm, que

el señor Held había obtenido en la Biblioteca de Santiago. Fue allí donde aprendí a escribir a máquina.

Estaba en un hermoso fundo con muchos árboles de toda clase. En este fundo se dedicaban a la crianza de ganado y la producción de leche, mantequilla y otros productos lácteos, como queso, yogur, etc.

Allí vivía una hermosa chica que me atraía mucho, la hija del dueño. Pero un día, para mi sorpresa, me di cuenta que se me había adelantado el joven administrador del fundo, quien la frecuentaba hacía ya un tiempo. Un domingo ese administrador me invitó a los establos que estaban algo alejados de la casa principal. Me dio un caballo “manso” para que le acompañara. A la ida me fue relativamente bien, a pesar de que nunca había montado un caballo. Pero cuando íbamos de regreso, mi caballo, de pronto, empezó a galopar como loco, como si una manada de lobos le persiguiera. Perdí uno de los estribos y, para no caerme del caballo, solo atiné a agarrarme de las crines de su cuello y mis piernas totalmente dobladas debajo de la guata del mismo, lo que seguramente le hizo correr más rápidamente aún. Sin embargo, tan pronto llegamos a la casa, ese caballo se detuvo repentinamente. Más tarde, el administrador, quien llegó tranquilamente unos diez minutos después, me explicó que la carrera se debió a que el caballo “iba a casa”. Yo solo le dije: “¡Nunca más!”

A los tres meses, cuando este trabajo había terminado, regresé a Santiago y empecé a buscar empleo como corresponsal trilingüe (inglés, español, alemán). Me contrató don Heriberto Erlwein, que era agente exclusivo de OPEL en Chile. Hacía la correspondencia con la General Motors y la OPEL. No me gustaba este trabajo, ya que todavía me creía ser un artista. Pero la realidad me decía que como escenógrafo mis posibilidades de encontrar trabajo eran nulas, en Santiago solo había el teatro y, por ende, poca demanda de él. Durante los próximos meses pude tener una vida un poco más holgada, después de mucho tiempo comencé a ganar mi propio sueldo. Me compré una bicicleta, con la cual paseaba por todo Santiago y alrededores. Una vez llegué hasta la costa, al puerto San Antonio. Era un viaje difícil,

sobre todo considerando las “subidas” que había. En la estrecha “carretera”, con una pista en cada sentido, se ponía particularmente peligroso cuando pasaban los camioneros, los que me arreaban y en algunas oportunidades hasta se burlaron de mí, especialmente en las subidas, animándome a que fuese más rápido, a sabiendas que mis fuerzas ya hace rato se habían agotado. En varias oportunidades tuve que dejar mi orgullo de lado y bajarme de la bicicleta para terminar a pie por trechos largos.

Con el tiempo, me había hecho amigo de todo el personal que trabajaba en esa firma. Un día, Lucho Beseler, el jefe de Repuestos, me invitó a un prostíbulo. Descubrí que él iba casi todos los días, pero nunca se acostaba con alguna chica. Cuando entramos por primera vez, se me acercó de inmediato una bonita chica que decía llamarse Nancy. Me acariciaba y me hacía insinuaciones para que nos fuéramos a una pieza, a las que sucumbí casi de inmediato. Me acostumbré a ir a ese prostíbulo, para ver a Nancy, de la cual me quedé enganchado por un tiempo. Después de un año, en un prostíbulo diferente, conocí una chica joven que me pareció no debería estar allí, en una oportunidad le ofrecí salirse de esa vida y que se fuera a vivir conmigo. Arrendé un departamento de un ambiente y la llevé a vivir juntos, así como mi “pareja”, para que al principio no tuviese problemas de dinero mientras reconstruía su vida. Un día, cuando volví de la oficina, ella no estaba; pensando que salió por un rato, la esperé, pero no llegó en toda la noche. Me preguntaba si ¿me había abandonado?, y si fue así, ¿adónde se habrá ido? A la noche siguiente, como ella no había regresado, fui al mismo prostíbulo donde la había conocido. Allí estaba. Había vuelto a su vida anterior, no le gustaba la comodidad que yo le había ofrecido, tal vez era demasiado aburrida y solitaria la vida en el departamento. Ya no la toqué nunca más. Tampoco volví a ese burdel. Un año más tarde regresé, pero ella ya no estaba. Otra chica me contó que había muerto. Había tenido tuberculosis aguda. Me dijo que ella continuamente había preguntado por mí. Quedé con un profundo sentimiento de vacío y pena, no pude entender por qué no fue capaz de salir de su desdichada manera de vivir, con la que solo encontró la muerte.

En 1957, Erlwein quiso que le acompañara en un viaje a Alemania, él tenía planes interesantes para mí, visitaríamos la fábrica de la OPEL como también a nuestro embarcador en Hamburgo, quería que le rediseñara el departamento de contabilidad, de tal manera que le permitiera quedarse con dólares “afuera”, o sea, sin declarar en Chile. Al regresar tuve que reorganizar todo el sistema de precios y facturación, un trabajo para el cual no había sido contratado, pero Erlwein, en el viaje de regreso de Hamburgo, me había prometido el 1%, lo que era bastante poco, considerando el riesgo y el trabajo que tenía que hacer. Sin embargo, yo mismo me convencí diciéndome que “peor es nada”.

Aún lleno de inocencia, hacía planes con el dinero que ganaría y pensaba que era mejor dejarlo como reserva o ahorro, así que decidí que no lo tocaría. Después de un año retomé el tema y le pedí a Erlwein que me diera US\$ 1000.-, solo una parte de esa cuenta, ya que necesitaba el dinero para una compra.

“¿De qué está usted hablando?” escuché que me decía. Sorprendido, traté de recordarle la conversación que habíamos tenido en el viaje hace un año, que para mí su palabra era suficiente “contrato”, máxime si en este caso difícilmente podía colocarse algo por escrito. Erlwein, finalmente, me dio por la tarde un cheque por US\$ 300.-, que me envió a mi oficina con un mozo. Sabía que él estaba en la oficina de Walter Kunckell, el contador, quien estaba al tanto de todas y cada una de las maquinaciones de Erlwein. Tomé el cheque y me fui a la oficina del contador, donde los encontré a los dos sentados el uno frente al otro. Le dije a Erlwein, frente a su contador, que debía de estar loco al enviarme ese cheque, que era una ofensa para mí, y acto seguido le tiré el cheque frente a él en el escritorio. Salí de inmediato de esa oficina, cerrando la puerta con toda mi fuerza tras de mí. Pareció un disparo. En seguida, me fui del trabajo, estaba furioso. Cuando al día siguiente, un poco más tranquilo, volví a la oficina, noté que habían desaparecido de mi escritorio todos los papeles relacionados con ese “trabajo especial”. En vista de ello, volví nuevamente a mi casa. Me preguntaba: ¿qué hacía yo en esa

oficina?, ¿donde y cómo pude haber trabajado por más de un año sin haber recibido remuneración? Sentí vergüenza, y pensaba cómo fue posible que él me tomara por idiota, cuando fue una persona en quien yo había tenido plena confianza. Desde luego, no había duda alguna que fui muy ingenuo.

En ese entonces había visto una chica de la que me había enamorado, ella era una muchacha italiana que trabajaba en el Café Haití, donde yo tomaba entre 5 a 6 cafés al día. Es importante saber que yo soy capaz de enamorarme de una mujer por solo ofrecirme un café. Y es precisamente eso lo que me pasó.

Todos los días, numerosos oficinistas, durante sus pausas de trabajo o cuando se dirigían de una oficina a otra para cumplir con algún trámite, aprovechaban la pasada y se unían al público, que por lo demás era en su mayoría masculino, que concurrían al famoso Café Haití, en el mismo centro de Santiago. Cuando podía, yo hacía lo mismo. Aún, cincuenta años más tarde, puedo recordar con claridad el olor de ese aroma a café tostado y el bullicio provocado por el conversar de todos los reunidos, que de una forma u otra ya nos conocíamos, nos habíamos visto más de una vez en la misma rutina. Pero ahora me motivaba algo aún más fuerte, el poder acercarme y conocer a esa chica italiana que trabajaba allí, varias veces llegué hasta casi intoxicarme de tanto café que tomé, pero siempre esperaba a que me lo sirviera ella.

Parecía una reina, era hermosa, simpática, siempre sonriendo, con una alegría contagiosa, con su fina nariz en lo alto, mirando por encima de los clientes. Era sumamente difícil trabar conversación con ella, pero finalmente lo conseguí. Se llamaba Emilia Sini, supe que ella tendría cumpleaños el 21 de marzo y además cumpliría precisamente 21 años, así que logré invitarla a una pequeña fiesta de cumpleaños que preparé para ella. Llegó a mi departamento con su amiga Guille (Guillermina), me recuerdo que le regalé un hermoso florero de porcelana muy especial, que me había gustado mucho por su forma y diseño. La torta y los tragos fueron todo un éxito.

Cada vez que iba a tomarme un café conversábamos un poco, cruzábamos algunas palabras y manteníamos viva nuestra relación. Así pude saber que

vivía en Independencia, en un barrio que no consideraba muy seguro de noche. Un día, después de terminar su turno de trabajo, le ofrecí acompañarla a su casa, me parecía muy peligroso que ella tuviera que irse sola a la una de la mañana, pues corría el riesgo de ser asaltada en el camino. Este acompañar terminó siendo una rutina de todas las noches.

## *Emilia*

Emilia era una emigrante igual que yo, fue obligada a dejar sus raíces por los mismos motivos que los míos, una guerra que nadie entendió y a esas alturas tampoco nadie quería entender. Italiana, que nació en las cercanías de Alghero, al norte de la isla de Sardeña. Me contaba que cuando niña corría descalza entre el campo y el mar, en playas de arenas blancas y aguas transparentes color esmeralda, siempre acompañada por sus hermanos. Ellos eran felices. Los Sini Puledda era una familia numerosa que vivía del campo, el Nonno Giuseppe tenía a cargo uno de los más extensos y mejores terrenos del sector, se dedicaba a la producción de tabaco, muy rentable en aquella época, después también plantó tomates, los que son especiales para salsa, pequeños, carnosos y de forma alargada. Los entregaba a la famosa fábrica de puré de tomate “Cirio”. El Estado italiano les entregaba terrenos con casa, la familia los administraba y los hacía producir, eran leyes que impulsaba la Reforma Agraria creada en el gobierno de Benito Mussolini, la mitad de la producción era para el Estado y la otra para la familia. Giuseppe había tenido que combatir como soldado en la Gran Guerra y nuevamente le tocó enrolarse en 1939-1940 para ir al frente. A los meses de comenzar la guerra lo regresaron por estar inhabilitado, era padre de seis hijos menores de edad: Salvatore, el mayor de doce años (octubre de 1928), Giovanna, Fillipo, Emilia, Antonieta e Italo recién nacido (octubre de 1940). Emilia todavía recuerda el momento como si fuera hoy: “...estaba jugando afuera, cuando de pronto miré a lo lejos y distinguí la silueta de un hombre que se acercaba a paso tranquilo pero con determinación, sin saber bien por qué, corrí al

encuentro y a medida que se acercaba pude distinguir la silueta de mi padre, salté a sus brazos con enorme alegría, no podía creerlo, su papá estaba con vida y había regresado a quedarse...”.

En 1945, justo después del término de la guerra, cuando Emilia tenía 8 años, en un acto sin explicación, su madre, María Luisa Puledda, la “Viejuca”, decide entregarla en custodia a la tía Sebastiana Piras, una señora sin hijos y de avanzada edad que le había rogado innumerables veces que se la pasara por un tiempo para cuidarla. Vivía en Olmedo, pueblo alejado de la familia, lo que complicaba tener contacto regular entre ellos, y fue así como lo que podría haber sido momentáneo, se tornó interminable, finalmente duró largos 4 años. Emilia soportó golpes e improperios que le propinaba su tía por supuestas desobediencias, debía mantenerse

en casa encerrada, incluso al extremo de prohibírsele, sinrazón alguna, el asistir a la escuela. Actitud inaudita para la época, que hasta el día de hoy recuerda con mucho dolor: “...esperaba con ansiedad el asistir a la escuela, pero en vez de cursar el segundo año de preparatoria, que era lo que me correspondía, fui sacada del colegio inexplicablemente y sometida a trabajos en la casa que eran para un adulto. Yo solo quería aprender, conocer a otros niños y descubrir el mundo. Por más que pedí y rogué se me negó, hasta que desistí amargamente y terminé por aceptarlo en silencio”.

Recuerda un día que le pidió salir a la calle a jugar con otras niñas, inmediatamente se le negó aludiendo que ya era grandecita como para jugar con las niñas chicas. Emilia contestó “que para eso era grande, pero como para ir a la escuela era chica”. Apenas pudo terminar la frase, cuando recibió una bofetada en pleno rostro, esa cachetada selló su boca por mucho tiempo, solo se limitó a quedarse callada sin mencionar ninguna palabra por mucho tiempo.



Cuentos de un emigrante

Emilia lloró de los 8 a los 12 años. Era delgada como un palo y debía cargar diariamente en la cabeza una vasija de 10 kilos llena con agua. Vecinos, como amigos y conocidos en un pueblo chico, veían sorprendidos e indignados esta escena, pero nadie se atrevió a decir algo, acontecimientos que después de 40 años todavía recordarían los sobrevivientes y le contarían a la mismísima Emilia. Un día llegó sorpresivamente a visitarlos Giovanna, su hermana mayor, tenía 18 años y a esas alturas ya tuvo que hacer el rol de mamá de sus hermanos menores, María Luisa había dejado la familia, la situación con Guiseppe era insoportable y contraviniendo todas las costumbres sardas (la mujer debe acompañar al marido y a su familia hasta las últimas consecuencias, incluso como viuda debe vestir su luto hasta la muerte) decide separarse; ella prueba suerte en el continente, en Roma y después en Napoli. Mientras Giovanna estaba de visita miraba a Emilia y le preguntaba si se encontraba bien, si le gustaba vivir con la tía, pero no recibía respuesta, mantenía silencio por temor a las represalias de la tía Piras. Ese día Giovanna debía irse temprano con el único tren que conectaba Olmedo con Alguero, solo había una vía, el resto estaba destruido por los bombardeos de la guerra. Cuando ya se estaban despidiendo las dos hermanas cruzaron miradas y Giovanna pudo leer en los ojos de Emilia que algo no estaba en orden, Giovanna la mira fijamente y le pregunta:

– ¿Qué es lo que está pasando, estás bien?

Emilia sin poder contenerse se larga a llorar. Giovanna insiste con la mirada y solo obtiene un susurro de su hermana:

– Quiero ir con mis hermanos, quiero mi casa.

Giovanna con sentimientos encontrados finalmente se da vuelta y atina a decirle a la tía en tono determinante:

– Emilia no está bien, ella debe irse conmigo, María Luisa ya no vive con la familia, así que yo soy la responsable.

La tía Sebastiana quedó petrificada y sin poder entender tuvo que acceder. Nunca se volverían a ver.



Al llegar a casa, Emilia constata que no está su madre, no la había visto desde hace 4 años y tomó conciencia que solo tenía borrosos recuerdos de ella; desafortunadamente su encuentro tardaría muchos años más. Giovanna ayuda a su hermana a sacarse la ropa, al tomar la última camiseta pudo ver muy sorprendida y enrabada que estaba llena de desechos de pulgas y el cuerpo de la niña completamente mordisqueado, parecía una niña abandonada. Después de unos días, Emilia se dio cuenta que podría ir nuevamente al colegio, esta vez le dio mucha vergüenza, ya tenía 12 años pero debía cursar el segundo año básico, comenzar

donde se había interrumpido su formación escolar, lo difícil era compartir con compañeros de clase de solo ocho años, sus antiguos compañeros ya estaban en sexto. Finalmente, decidieron que se quedara ayudando en los quehaceres de la casa, que eran demasiados para Giovanna, y la situación en Europa en los primeros años de postguerra serían difíciles y cada vez más desalentadores. Emilia apenas había aprendido lo básico de leer y escribir, esto le pesaría el resto de su vida.

Ya por esos días corría por los aires de toda Europa la idea de emigrar, impulsada por los miedos de que se volvieran a producir otros conflictos armados por la región, sobre todo si se había perdido la guerra. América era el destino favorito. El hijo mayor, Salvatore Sini, lo único que quería era salir del campo e irse a vivir a la ciudad, y mejor si pudiera concretar su idea de



*Giovanna Sini, Italo Sini, Filippo Sini, Emilia Sini,  
Antonieta Sini. 1943.*

viajar hacia el continente de las oportunidades. Salvatore no quería el campo, era un hombre de ciudad con una inquietud intelectual sobresaliente, leía todas las noches después de haber trabajado en el campo, ayudando a su padre. En su habitación, llegaba al extremo de colocar agua fría en una cubeta y poner los pies dentro para no quedarse dormido y así poder leer hasta altas horas de la noche. Era tanta su inquietud, que había encontrado hace un año un avión destruido, se había estrellado en las cercanías, sacó la radio del piloto y la reparó para poder estar actualizado sobre lo que pasaba en el mundo, así pudo aprender inglés, francés y español. En otra oportunidad se topó con una bala botada en el camino, se puso a manipularla y sin darse cuenta le estalló en la mano, le voló dos falanges del dedo meñique, una y media del anular y la última del dedo medio. Lo llevaron inmediatamente a la asistencia pública, sin quejarse solo le pidió al médico que lo cosiera sin anestesia ya que él quería ver como lo hacía, quería ver como le cosía la piel y los pedazos

que le quedaban colgando, fue tanta la insistencia que el médico finalmente tuvo que hacerlo como él pedía.

Después de un tiempo logró convencer al Nonno de que lo mejor para la familia era probar suerte en otro lugar, comenzar todo de nuevo, había futuro, riquezas y muchas oportunidades, era el momento de hacerlo. Giuseppe, finalmente, se convenció y fue arrastrado junto a toda su familia a esta descabellada idea. Las primeras solicitudes eran con destino a Brasil, finalmente fueron aceptados en Chile.

Partieron en diciembre del 52: Giovanna, su marido e hijo, el Nonno, Emilia, Filippo y Salvatore. Se quedarían a liquidar las cosas y muebles la Nonna y los niños meno-



*Emilia en la travesía.*

res, Antonieta e Italo. El viaje se demoró 31 días, Emilia vomitó todos los días, le hizo mal el viaje en barco, padecía de mareos, ella recuerda que pasaron el Año Nuevo en alta mar, como algo especial les dieron Panetone y pusieron música para alegrar el momento, ella no pudo ni siquiera salir del camarote.

Ellos eran los últimos italianos, los que estaban destinados al norte de Santiago, a La Serena. El senador de Sardeña, al que le trabajaba las tierras el Nonno, y apreciaba mucho, le aconsejó que no fuera a esa región por ser muy árida, le convenía algo más al sur, con más lluvia. Después de tres días en La Serena, llegó un camión para llevarles las maletas, ollas y cosas con destino al sur de Chile. Habían sido asignados, junto a otras familias italianas, a colonizar Parral, en unos terrenos aparentemente fértiles y con apoyo del gobierno chileno. Se construyó un aserradero, una iglesia y las casas para cada sitio. Todos los días durante la jornada de trabajo se dedicaban a sacar y quemar zarzamoras, cuando creían que estaban avanzando, aparecieron las piedras, era interminable. Les habían asignado 21 ovejas por familia, las que se murieron al atravesar la cordillera. Después de meses de aguantar miserias, casi se murieron de hambre, finalmente ninguna familia se quedó. Solo trataron de hacer algo con sus manos en un terreno lleno de zarzamora, piedras como lecho de río, terreno árido y sin herramientas. Al límite de sus posibilidades, sintiéndose menoscabados, engañados y robados, tuvieron que irse, fueron unas de las últimas familias en dejar el lugar, la mayoría exigió en el consulado italiano repatriarse, los Sini Puleda se quedaron en la capital, en Santiago. Después de unos años se supo que esos terrenos serían donados, bajo quién sabe qué intrigante pacto, a Paul Schäfer, el guía y jerarca de “Colonia Dignidad” en Villa Baviera.

Emilia se quedaría con su padre, solo era una niña de 15 años. Cuando llegaron a Santiago, consiguieron una pieza en la Estación Central y se dedicaron a buscar trabajo. En esos días la familia Mingo ofrecía por el diario un trabajo de niñera. Era una de las mejores épocas de la fábrica de calzados Mingo, creada en 1938 por una familia inmigrante de Milano, la fábrica estaba destinada a la creación de finos calzados femeninos, con innovadores

diseños para la época, inspirados en la moda mundial, especialmente europea. Sus creaciones estaban dirigidas a todas las generaciones de mujeres que gustaban de un calzado de alta calidad. Orlando Mingo quería que Emilia cuidara a sus hijos, especialmente porque sabía italiano, confiable, delicada y de “buenas costumbres”. El Nonno no se convencía con la idea, Emilia era todavía muy niña como para dejarla sola. Entonces Orlando le ofrece a él un trabajo en el campo, en Linares, y así todo quedaba en familia. Emilia estaba feliz, le pagaban un pequeño sueldo, que se lo guardaban para cuando llegara la mamá, le daban de comer, alojamiento, y era de tanta confianza que incluso la llevaban al cine. Siempre a cargo de los niños, Anita de 4 meses y Juan de 3 años, apreciaban mucho que les planchara la ropa a los niños, mostraban preocupación y cariño.

La hermana mayor, Giovanna, junto a su marido Atilio Marianni y su primer hijo, Franco, iniciaron actividades totalmente nuevas tratando de refloatar un restaurante en el paradero 14 de Vicuña Mackenna, en la periferia sur de Santiago, a este lo llamarían “Il Sorpasso”. Durante los próximos 30 años dedicarían todo su esfuerzo por sacarlo adelante, este restaurante marcaría sus vidas, les daría prosperidad, sufrimientos y riquezas, los integraría completamente a las costumbres y formas de vida de los chilenos.

Después de dos años en Chile, finalmente llega la Nonna con los otros dos hermanos, la Antonieta y el Italo. Ya era 1955, el Nonno y Emilia siempre estaban juntos, y por primera vez, después de tantos años, Emilia se reencontraría con su mamá.



*Emilia Sini.*

Tuvieron que ir a buscarlos a Valparaíso, fue emocionante.

Emilia seguía trabajando como niñera con Orlando y su señora Rosa de Mingo. Lo primero que hizo la Nonna María Luisa, o como yo le decía, “la Viejuca”, fue ir a reclamar donde los Mingo abuso sobre su hija, por hacer trabajar a una niña en labores de adulto, finalmente logró su cometido y sacó a Emilia contraviniendo a todos. Fue lo peor que les pudiera pasar, Emilia quería su trabajo, se sentía muy bien, al fin tenía algo propio donde la valoraban. Nuevamente estaban en la calle. En esos tiempos iban de trabajo en trabajo, de casa en casa, de familia en familia. María Luisa encontraría trabajo como cocinera en la Scuola Italiana, pero finalmente, ante la desesperación, comenzaría a trabajar como cocinera en el “Capri”, restaurante italiano ubicado en el centro de Santiago.

Emilia tuvo que irse a vivir con su mamá mientras el Nonno se iría a trabajar en el negocio con Atilio y Giovanna. Simultáneamente, en Italia buscaban desesperadamente a Giuseppe Sini, las búsquedas se mantuvieron por cerca de tres años, todo era para avisarle sobre los terrenos que él tenía derecho a ser propietario en Sardeña y que nunca se enteró. Moriría pobre y solo producto de una pulmonía mal cuidada por trabajar de nohero en una fábrica. La nueva Reforma Agraria en Italia entregaba como propietario todos los terreno que los campesinos habían trabajado y administrado en el pasado. Al Nonno le correspondían extensos terrenos que iban de Alghero hacia Porto Conte. Todo quedó en manos de parientes, la familia Sini Puleda lo perdió todo y nunca podría recuperarlos.

Emilia entraría a trabajar al Café Haití, pero antes tuvo que ir a sacar el carné en Sanidad. Al entrar en el lugar el doctor le pide los documentos, y resultó que se había equivocado, correspondía al lugar donde controlaban a las prostitutas, la mandaron al frente, pero una vez en el departamento de Sanidad la enfermera le saca radiografías, le pregunta por su nacionalidad y le ordenó acostarse, en ese momento comienza a golpearla en la espalda sin razón alguna, después de varios golpes Emilia decide arrancar. En el Haití la aceptan y comienza a trabajar sirviendo los cafés y atendiendo a los clientes, que en su mayoría eran oficinistas del centro de Santiago. Así, poco a poco,



ellas tendrían ingresos como para arrendar algo mejor en Independencia. Después de unos meses el Servicio Nacional de Turismo premia a Emilia con la medalla a la “Dama de la Cortesía”, nuevamente resaltarían sus atributos de amabilidad, generosidad, elegancia y simpatía.

En esos años ella insistiría que quería aprender a bailar ballet, nadie se explicaba esta inevitable necesidad, algo la impulsaba en su interior, como para dedicarse intensamente a este arte. Después del trabajo asistía responsablemente a sus clases de castellano y a sus prácticas de ballet, lo que mantuvo sistemáticamente por varios años.

Habiendo abandonado mi trabajo con Erlwein, decidí volver a Alemania, donde ya tenía ofertas de presentarme en la Volkswagen, la Ford, Rosenthal y otros. Pero al mismo tiempo me había enamorado y comprometido con Emilia. Nuestro plan era que ella me seguiría a Alemania tan pronto yo tuviera trabajo seguro allí, y nos casaríamos de inmediato. A principios de agosto, tomé el avión a Buenos Aires, pero se tuvo que desviar a Montevideo, porque había una tormenta tal que el avión no podía aterrizar en Ezeiza, de modo que solo llegué al día siguiente. Sin embargo, el barco de la Línea “C”, con el cual pensaba ir hasta Genova y de allí en tren a Alemania, solo zarparía dos días más tarde, de modo que me alojé en un hotel. Pasé allí una de las peores noches de mi vida. No dormí nada en absoluto. Estaba intranquilo, cavilando sobre lo que estaba por hacer y, de pronto, todo me pareció absurdo. Volver a Alemania de donde me había “escapado”, no tenía explicación. Además, dejaría a la chica que yo amaba en Chile sola y cualquier cosa podría suceder

entonces. De repente, no estaba tan seguro que ella me seguiría a Alemania, sin siquiera conocer el idioma, aunque me lo había prometido y estaba de acuerdo con mi plan. ¿Cuánto vale una promesa? Así, estaba sopesando los pros y los contras durante toda la noche, encontrando cada vez más contras que pros. Parecía una noche en el infierno.

A la mañana siguiente, me fui a la Línea “C”. Les dije que se olvidaran de mí y tomé el primer avión de regreso a Santiago. Llegando a este, de inmediato fui a la casa de Emilia, con todo el entusiasmo a contarle la noticia. Subiendo al segundo piso de su casa, la vi peinándose en el espejo. De pronto, ella levanta la vista y me ve reflejado en él, no podía creerlo, casi se murió de susto, creyendo, tal vez, que vio una aparición de Bertram. Ella, hace unos minutos, acababa de recibir y leer una tarjeta mía, la que le había enviado desde Montevideo, donde el avión había echo la escala forzosa. Entonces, después del sorprendente reencuentro pude explicarle lo que me había sucedido, y que había vuelto, que había decidido no ir a Alemania porque simplemente no podía estar sin ella por tanto tiempo.

Arrendé otro departamento y así pude ver a Emilia casi todos los días.

A raíz de un aviso en “El Mercurio” me animé para ir a un instituto psicotécnico, que seleccionaba personal para las empresas, y me presenté por un puesto de “corresponsal”. Por curiosidad, más que por conseguir el empleo, tuve que participar en una prueba psicológica. Después, me dijeron que volviera la próxima semana. Cuando lo hice, el empleado, oyendo mi nombre, me dijo:

- Ah. ¿Usted vino por el puesto de ingeniero? –sorprendido le contesté:
- No. Creo que había una vacante de corresponsal. Yo vine por eso. Yo no soy ingeniero. –el hombre, a su vez, se sorprendió y me dijo:
- ¡Qué extraño! Los resultados de su test indicaron que usted califica para cargos de ingeniero.

Finalmente, me dijeron que me presentara donde DECAPACK o Gondrand Brothers. Lo curioso era que solo el día anterior había hablado con Carlos



Stein, o sea que tenía ese puesto por los dos lados. Pero las casualidades no terminaron allí. Un hermano de Emilia, Salvatore Sini, trabajaba en esa misma firma vendiendo pasajes de la Línea “C”, y había sido él quien me vendió el pasaje cuando pretendía ir a Alemania y él mismo quien me devolvió el dinero cuando no viajé. Empecé a trabajar en esa empresa el 1 de octubre, junto con un tal Girardello, un italiano, a quien le gustaba lanzar garabatos a voz en cuello, haya clientes en el mostrador o no. Varias veces le tuve que decir que no podía usar ese lenguaje allí.

Mi trabajo era extremadamente ridículo, ya que se trataba de mudanzas internacionales, de modo que a los pocos días empecé a buscar otro empleo, que me salió en los últimos días de diciembre, en SOGECO, en el Departamento de Exportaciones como corresponsal. El mismo día 31 de diciembre, y sin aviso previo, le dije a Stein que me iba, porque era inútil lo que yo podía hacer en su firma. Me pagó lo que me debía, y me fui.

En SOGECO le dictaba a mi secretaria cartas relacionadas con la venta de exportación de porotos, garbanzos, ajos, arvejas y otros, a distintos países del Caribe, Inglaterra, Alemania y otros, limitándome a contestar que no tenía la mercadería que nos pedían, porque “la cosecha era mala” o porque “las existencias se habían agotado”. Ya al mes tenía la impresión que esa empresa, que antes era estatal, de CORFO, iba a la bancarrota y solo era cuestión de tiempo, y que nuevamente estaría buscando empleo. Así que me puse en campaña a los seis meses de trabajar allí.

Finalmente, en diciembre recibí una carta en respuesta a un currículum personal que había enviado por un aviso en el diario durante el mes de octubre, hacía dos meses, y en realidad el hecho ya se me había olvidado. Se trataba de una industria pesquera que buscaba un corresponsal. Tuve que ir a una entrevista en la que un joven, demasiado joven para ser ejecutivo, me tomó una prueba, que me pareció ridícula. Me pidió que le escribiera una carta en inglés, lo que casi me pareció ofensivo. Aprobé, y el 31 de diciembre me presentaron al gerente general Walter Meier, un suizo que trabajaba para



Oerlikon Bührle Holding A.G., propietario tanto de esta industria pesquera, como de un laboratorio farmacéutico, una manufacturera de esmeriles y otras industrias pequeñas, todas del grupo ISESA. Yo iba a trabajar con Walter Wettstein, otro jovencito, que era gerente de Industrias Pesquera de Alta Mar ISESA S.A. Era una empresa que pescaba y exportaba langostinos y camarones congelados a los Estados Unidos y Europa. Me sentí inmediatamente un poco más seguro en esa empresa que en las anteriores.

En abril de 1959, cuando aún trabajaba en SOGECO, me casé con Emilia. Por fin estaba entero. Un hombre sin mujer es solo medio hombre, tanto como una mujer sin hombre solo es media mujer. Para mí era realmente fantástico, porque podía dormir en mi cama abrazado con mi esposa. Era algo que no me había pasado nunca antes, yo estaba feliz si ella estaba contenta.

Convivíamos desde hace varios meses y no tomábamos ninguna precaución para evitar algún embarazo, por lo tanto, quedó embarazada a los pocos meses de casarnos. En vista de la falta de precauciones por parte de ella, precisamente, yo tenía la impresión que a ella le habría gustado tener un niño y ser madre. Yo, ciertamente un poco más calculador, hubiera preferido esperar un poco, hasta que me hubiese afianzado más en mi nuevo empleo.

Finalmente, le llegaron los dolores de parto el 3 de abril de 1960. Fuimos a ver a la Dra. Carmen Lönnberg, quien la internó en la clínica y el parto se produjo sin contratiempo alguno. Habíamos producido un nuevo ser humano, ¡Imagínate!, nuestro primer hijo. Era niño. Y para hacerle un favor a mi hermano, bautizamos a ese pequeño con el nombre de Francisco y le agregué el segundo nombre de Alberto, porque soñaba con un pequeño genio muy inteligente, y estaba seguro que así sería, porque era hijo mío.

Pasaron los días y yo no veía la hora que terminara la “cuarentena” después del parto, y sucedió algo casi milagroso. Emilia estaba embarazada nuevamente. No lo podíamos creer. Once meses después del primer parto, nació el que yo bautizaría como Mauricio, un nombre sencillo y no tan común, y Alejandro por el gran emperador. Mauricio, recién nacido, era un perfecto temerario.

Un año y medio después del nacimiento de Mauricio, Emilia quedó embarazada nuevamente. A los dos meses y medio de embarazo fuimos al cine a ver una película sobre la mujer en el mundo, bastante “cruda”, pero, en mi opinión, muy bien hecha. Salimos del cine y estábamos esperando un taxi, para ir a la casa, cuando, de repente, Emilia dice que algo le pasó y que se mojó mucho allí abajo entre las piernas. Pensamos inmediatamente que algo grave había sucedido, en consecuencia, cuando conseguimos el taxi, le di la dirección de la Dra. Lönnberg. Ya eran las 12 de la noche. La doctora nos trasladó de inmediato en su propio auto a la clínica, donde tuvo que hacerle un “raspaje”. Emilia había tenido un aborto espontáneo. Esto nos sorprendió bastante, considerando los antecedentes de embarazos anteriores.

En 1964, nuevamente, quedó embarazada Emilia, y el 14 de enero de 1965 nació Vivian. Dos días más tarde había que hacerle un “recambio de sangre”, porque presentaba una bilirrubinemia aguda por incompatibilidad de grupo sanguíneo. Ella tenía genéticamente mi grupo sanguíneo, mientras que aún circulaba en su cuerpo la sangre de la madre, que era de un grupo diferente. Fui a dar sangre al hospital, para eso, y la niña se recuperó de inmediato. Pero en la siguiente visita al pediatra, el Dr. Nicolás Allende le encontró un soplo al corazón. Él suponía algún defecto y nos dio como perspectiva que más tarde había que operarla.

Ya de chica Vivian se lo pasaba sonriendo. Pero su sonrisa se le heló a los 6 meses cuando se resfrió y se le produjo una otitis, lloró por varios días por el dolor, hasta que, finalmente, escuchamos que la niña se quejaba demasiado. Esa noche llamamos al médico, quien no estaba en casa, había asistido a una comida, de modo que solo pudo llegar a las 12 de la noche.

El Dr. Allende revisó a la niña dentro de su cuna y, de pronto, dijo que había que llevarla al hospital de inmediato, ya que tiene encefalitis o meningitis. Al escuchar esto, sentí como mis rodillas se debilitaban y empezaron a temblar de manera exagerada. Fue exactamente la misma sensación que tuve cuando se vinieron hacia mí los escaparates del negocio durante el ataque aéreo en Berlín. Para mí, ese doctor no ha podido hacer un diagnóstico peor.

El médico nos llevó al hospital en su auto y allí le sacaron a la niña una muestra de médula de la columna, con la cual nos enviaron a la Clínica Santa María, la única que tenía un laboratorio trabajando las 24 horas. Alrededor de las dos de la mañana me dieron el resultado del análisis en un papel, el cual llevé al Hospital Calvo Mackenna, donde estaba internada la niña. Se lo entregué al doctor. La niña tenía “meningitis purulenta” o “meningitis neumocócica”.

En el hospital ya le habían inyectado todos los posibles antibióticos, porque aún no sabían de qué bacteria o virus se trataba. Pero, ahora, ya se concentraron en darle solamente penicilina, la única que sirve para esta enfermedad. Era evidente que la otitis, causada por un resfrío que derivó en una bronconeumonía, se había pasado a las vecinas meninges, infectándole así el cerebro de la niña. Permaneció en el hospital durante siete días con una sonda en la cabeza, para extraerle el pus, y el potito hecho cedazo de tantas inyecciones, de las cuales una le afectó un nervio principal, lo que posteriormente le causó un problema en la pierna izquierda. Al quinto día la niña ya estaba mejor y sin fiebre, pero, entonces, presentó una bronconeumonía, la que adquirió en el mismo hospital. Me pregunté ¿cómo es esto posible?

Al día siguiente, después de la oficina, fui nuevamente al hospital, llegué alrededor de las 7 de la noche, cuando no se deja entrar a nadie. Sin embargo, de pronto, me encontré subiendo las escaleras al tercer piso, donde sabía que estaba Vivian, solo para que me atajara un médico que se iba a la casa.

“¿Adónde va usted?”, me preguntó. Le expliqué que quería ir a ver cómo era el estado de mi hija que estaba con meningitis en el tercer piso. Me explicó que esto era muy difícil, porque ya no había nadie, excepto las enfermeras de noche, y que, además, no sacaría nada yendo a verla ahora. Empezó a explicarme lo que significa una meningitis y las secuelas que puede tener. Con eso no hizo más que profundizar más aún la depresión que ya sentía por este caso.

Me fui a casa más deprimido que nunca. ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí?

Dos días después de salir del hospital, la niña, de repente, presentó algo así como una convulsión, doblándosele todo el cuerpo. Primero no lo tomé en serio, sin embargo, cuando estas convulsiones se repitieron, la llevamos al médico al día siguiente. Era una secuela de la meningitis, que le había afectado el cerebro. El médico nos mandó al neurólogo del hospital, el Dr. Larrain, quien de inmediato le recetó dosis masivas de ACTH, que yo creía criminal, por los efectos secundarios que esta hormona tiene. Pero el médico me explicó que este remedio era el único que puede hacer algo contra las convulsiones, lo que había sido descubierto solo hace poco.

Posteriormente, había una noticia buena. En la revisión que le hizo a la niña el Dr. Allende, descubrió con sorpresa que el “soplo al corazón” había desaparecido por completo y por sí solo. Después deduje que el “soplo” se presentó porque, al hacerle el recambio de sangre cuando aún era guagua de dos días, el médico le dio muy poca sangre, causando así lo que parecía un soplo y probablemente, también, la causa de la otitis y meningitis posteriores. El soplo desapareció después de una transfusión de sangre que se le hizo en el hospital a raíz de tantas inyecciones de penicilina, la cual prácticamente mató sus glóbulos rojos, con lo cual, al parecer, normalizó la cantidad de sangre que la niña debía tener en su cuerpo. Desde luego, el descubrimiento que ya no era necesario hacerle una operación al corazón, en nada mitigó mis preocupaciones por todo lo demás que le había pasado a mi hija.

Poco a poco me acostumbré a la idea de tener una hija con lesión cerebral. Vivian siempre estaba alegre y sonriente, lo que me aliviaba la pena considerablemente.

La empresa en que trabajaba, la Pesquera ISESA, iba de mal en peor y los dueños suizos, finalmente, decidieron liquidarla como sea. Fueron retirados los gerentes y llegó un nuevo gerente general, el señor Liechti, junto con un controlador, el señor Hans Peter Brändle. En ese momento me nombraron gerente general de la Pesquera ISESA, tal vez, pensando que yo era un buen sepulturero de la empresa. Sin embargo, me hice amigo de ese controlador, quien me ayudó mucho en las finanzas, y le convencí que liquidar la Pesque-

ra era un error. Hice caso omiso de la tremenda deuda que los seis barcos arrastraban desde el comienzo y me dediqué a renovar la industria con equipos nuevos y modernos urgentemente necesarios para que siquiera pudiera llamarse “industria pesquera”. Así, se instaló una máquina de hielo y compré en Estados Unidos un túnel congelador, que debía reemplazar el congelador de placas antiguo que teníamos. Casi de inmediato la industria empezaba a mostrar un superávit.

Cuando en Chile salió el socialista Salvador Allende como Presidente, se multiplicaron los problemas con los sindicatos y el Ministerio del Trabajo, a tal punto que no me permitieron trabajar. Era como un suicidio colectivo que el personal quería cometer. Finalmente, algunos comunistas de afuera con otros del mismo personal de la fábrica en Quintero, querían “tomarse” la fábrica. Toda la situación era ridícula e impracticable, porque a esas alturas ya no había personal que pudiera mantener la empresa funcionando.

En vista de todos esos problemas, solicité un aumento de mis remuneraciones al presidente, el señor Brünner, y al representante de Oerlikon, el señor Favre, con sede en Buenos Aires. Estimaba que el riesgo y la responsabilidad que yo estaba asumiendo no estaban compensados con el bajo sueldo que se me había asignado. Ninguno de los dos, siquiera, se tomó la molestia en contestarme. Entonces, en una reunión de directorio en febrero de 1971, le dije al presidente, Helmut Brünner, que tuviera la bondad de tratar primero y con extrema urgencia mi caso, de lo contrario de inmediato me retiraba de esa reunión y de ese directorio como director y gerente de la Pesquera. Se negó, insistiendo en la lista de puntos a tratarse en esa reunión. En consecuencia, golpeando la mesa, le dije que esto era una cochinateda que me estaban haciendo ya desde hace varios meses. Me levanté y me retiré del recinto. Salió tras mío el gerente de la Manufactura de Esmeriles, pidiéndome que no me vaya y que participe en la reunión, a lo que, finalmente, accedí porque él me lo pedía personalmente, y era casi un amigo. Saliendo de esa reunión de directorio, me fui a casa y redacté mi carta de renuncia. Me retiré de la empresa a fines de marzo y a principios de abril nos fuimos a Panamá.

Supe que en esa misma fecha estaba en Buenos Aires uno de los directores de Oerlikon Holding que aún eran los dueños de ISESA en Chile. Por eso, antes de ir a Panamá, viajé a Buenos Aires, donde encontré al señor Syz en una reunión con el mismo Favre. Syz me recibió de inmediato, interrumpiendo la reunión, y le expliqué el hecho que ni siquiera me habían pagado la indemnización por años de servicio que la empresa me debía. Syz prometió enviarme un cheque a Panamá, a mi nueva dirección, para que Oerlikon mismo cancelara esta deuda conmigo; en seguida, le escuché regañarle en francés a Favre (Favre solamente hablaba francés, mientras que Syz no sabía español) como a un niño chico. Syz parecía furioso por lo que se han permitido hacer conmigo, y le dijo a Favre que cómo era posible, que la situación era tan diferente a lo que a él le habían informado. Era muy poca la satisfacción que sentía por ese hecho. De Buenos Aires tomé el avión a Panamá, haciendo escala en Santiago, donde subió el resto de la familia.

En todo caso, además del hecho que Chile se estaba desarmando bajo un Presidente socialista, yo tenía además este otro motivo para irme de Chile: quedaba cesante.

# Chile

1951-1991



Cuentos de un emigrante

Rutas en la Zona Central.







Panamá 1971.

## *Nuevos rumbos*

**Y**a hacía un mes que habíamos enviado a los dos niños, Mauricio de 9 años y Francisco el mayor con 10, en barco hacia Panamá. Nuestros vecinos, que en ese entonces eran muy buenos amigos, nos confidenciaron sus intenciones de emigrar a Europa, para ellos la situación era insostenible y no veían cómo podrían cambiar las cosas en Chile en un futuro próximo. Pensaban viajar en barco. Ellos pasarían obligatoriamente por el canal de Panamá y tendrían que hacer escala en ese país antes de atravesar el océano Atlántico. En esa parte de su plan pudimos ver coincidencias con el nuestro, que ya se empezaba a tejer con algunas ideas que nos había dado la Antonieta, hermana de Emilia que ya vivía varios años en Panamá. Estos viajarían en uno de los últimos grandes barcos de pasajeros de la línea italiana con desti-

no a Europa, el famoso “Donizetti”, que en ese entonces, si se tenía tiempo, era una buena y barata alternativa para viajar, pero cada vez menos usada debido a las mejores ofertas que daban las aerolíneas. Me recuerdo que a los meses de llegar a Panamá, pudimos ver en exhibición al famoso Jumbo 747 de la Boeing, el avión de pasajeros más grande que jamás se haya construido, un gigante del aire.

Nos facilitaba mucho las cosas poder mandar primero a los dos niños, mientras hacíamos todos los arreglos de abandonar el país. Había que ver la situación de nuestra primera casa propia que todavía la estábamos pagando, cuidar de Vivian que estaba por cumplir seis años, y el desenlace en mi trabajo. La decisión se tomó en conjunto con los niños, irse por 10 días de viaje bajo la custodia de los vecinos amigos. A los niños les gustó la idea, era como una aventura, como grandes viajando por el mar visitando lugares desconocidos.

Todo comenzó cuando Antonieta o simplemente Toni, que vivía en Panamá ya hace un par de años, nos contó en una de sus cartas que tenía excelentes relaciones con la familia Torrijos, los gobernantes de Panamá, y que Hugo, un hermano del presidente de Panamá, Omar Torrijos, necesitaba con urgencia un gerente para una fábrica de conservas de pescado nueva y que me estaba esperando para ese puesto.

Una vez llegados a Panamá, nos encontramos con los niños y pudimos, los primeros días, alojarnos donde Toni. Pero ese Hugo Torrijos no estaba, porque andaba de viaje en España, de vacaciones, y no volvería sino en dos meses más. Esto era una sorpresa desagradable, y me preparé mentalmente a esperar a ese señor.

A los cinco días de estar viviendo en el departamento de Toni y Jaime, su esposo. Yo estaba conversando con él, ambos sentados a la mesa del living, cuando escuchamos ruido y gritos en uno de los dormitorios. Al abrir la puerta para ver qué es lo que sucedía, advertimos que Emilia y Toni estaban peleando.

Al rato, Emilia apareció y dijo que se iba. Le pregunté,

- ¿Adónde?
- Nos vamos ahora mismo –es todo lo que me contestó.

Efectivamente, ya tenía las maletas hechas y se dirigió a la puerta acompañada de los tres niños. Sabía que la línea “BRANIFF” tenía en Panamá un hotel que era un poco más barato y me dirigí allá con toda mi familia. Nos dieron dos piezas por US\$ 22.- por día, lo que hoy suena regalada, pero entonces era una suma demasiado elevada para mí.

A las tres semanas me entregaron el departamento que había arrendado, compramos todos los muebles que se necesitaban, porque teníamos la firme decisión de quedarnos en Panamá. Me hice colocar un teléfono y compré una máquina de escribir.

Pensaba hacer algunos negocios con los camareros panameños, mientras llegaba ese señor Hugo Torrijos. Pero de inmediato tuve que darme cuenta que no tenía ninguna posibilidad de conseguir una oferta, ya que las cinco empresas que existían, habían vendido toda su producción. Al parecer los compradores norteamericanos les habían prestado dinero y/o hecho otras inversiones en esas mismas compañías, asegurándose así el suministro permanente de camarones desde Panamá. Era una mafia, a la cual no entraba nadie. Un día, conseguí invitar a varios de ellos a una comida, donde discutía la posibilidad de aprovechar el “titi”, un camarón pequeño, que se parece al chileno. Ellos botaban este camarón si aparecía en sus redes, y yo sugerí hervirlo y pelarlo, para exportarlo congelado al mercado europeo. Uno de ellos, que mostraba algún interés, argumentaba que no valía la pena hacer la inversión en caldera y medios de cocimientos, pagando personal adicional para pelar los camarones, con un mercado que no estaba seguro. Les dije que es una inversión que debe ser hecha por la industria, pero ellos no querían correr el más mínimo riesgo. Sus argumentos eran ridículos. La comida, la que tuve que pagar yo, fue un rotundo fracaso para mí. Resultó, finalmente, que era imposible conseguir ni un solo camarón en Panamá. Mi idea era impracticable.

Mientras tanto, tomábamos vacaciones. Jaime tenía un amigo sumamente gordo, que tenía una fumigadora. Era tan gordo que necesitaba dos sillas para poder sentarse. Una vez me invitó a que le acompañara en su viaje al interior del país, donde él fumigaba las casas y otros lugares comerciales. El viaje en sí era bastante aburrido, aunque el paisaje era hermosísimo.

Cuando regresamos, ya cansado de manejar, me pasó el volante, para que manejara yo. Lo hice hasta la esquina, donde, como de costumbre, frené, para ver si venía alguien por la otra carretera. Pero el vehículo no frenó y siguió andando hasta quedar en medio del cruce. Le dije que si se había vuelto loco, manejar sin frenos, a lo cual me explicó que esto no era verdad y que sí tenía frenos. Insistió, explicándome que, por comodidad, tenía el freno “bien abajo” y que tenía que pisarlo hasta el fondo. Seguí andando un trecho y, efectivamente, pisando el freno hasta tocar el piso, el auto se detuvo. Era sorprendente. Pero no me gustaba, porque no podía regular la frenada. Para mi gusto, y para todos los efectos prácticos, este auto no tenía frenos. Lentamente manejé este carro por algunos kilómetros, pero después le devolví el volante a mi amigo.

En Panamá, con frecuencia, íbamos a ver las esclusas del canal y quedé admirado por la precisión con que pasaban barcos demasiado grandes a través de esas esclusas con apenas 10 cm libres en cada borda, tirados por esas pequeñas máquinas eléctricas. La coordinación entre esas máquinas era admirable, lo que hoy en día seguramente se maneja con computador. Sin embargo, lo más fabuloso de Panamá eran sus playas. Recuerdo que una vez fuimos por Colón en el lado norte por la costa hasta encontrar una playa fabulosa, como en las películas, con sus palmeras y arena blanca. Y cuando nos metíamos al agua, era casi imposible salir de nuevo, porque esta estaba tan caliente que, al salir, el aire, que ciertamente tenía sus 28 ó 30° C, nos congelaba. Solamente Mauricio salió del agua gritando a voz en cuello, como si un tiburón le hubiera arrancado una pierna, asustado corrí a verlo, porque no estábamos en una playa “protegida” por una reja, las que en Panamá se acostumbra colocar a 100 ó 200 m de la playa hasta el fondo del mar, para

mantener alejados a los tiburones, los cuales allí abundaban. Al verlo con una tremenda roncha dedujimos que era una “medusa” que se le había pegado en el pecho, su veneno arde como el fuego. Mauricio, por aquello, no se volvió a meter al agua.

En nuestras excursiones llegamos a un río, al este de Panamá, hacia el Darién, donde permanecemos casi todo un día refrescándonos en el agua y observando los diferentes pájaros de todos los colores que pululaban allí en la selva. Era un paraíso. Éramos simples turistas que fueron a visitar Portobello con sus antiquísimos cañones, un fuerte que no sé cómo pudo haber protegido a Panamá de los piratas que continuamente la asaltaban. Era sumamente divertido ver como, en medio del paisaje entre arbustos y árboles, de repente, aparecía un tremendo barco trasatlántico, porque, desde luego, desde la carretera la angosta vía acuática, por la cual se desplazaba, era invisible.

Finalmente, un día, apareció Torrijos y le pedí una audiencia. Me invitó a almorzar y, durante el almuerzo, me preguntó cuánto dinero había traído yo para invertirlo. Quedé perplejo ante esa pregunta, ya que no tenía dinero para invertirlo en ninguna parte, y le dije que creía que él me iba a dar un trabajo como gerente de una empresa. Me dijo que ese proyecto estaba muy frío todavía y que no había nada por el momento. Mi decepción no podía ser más grande. Resultó que todo no era más que palabrería e invención de Toni, quien en la forma más irresponsable posible había conseguido traer a Panamá toda una familia.



*Canal de Panamá 1971.*

A fines de 1971 me llamó por teléfono, sorpresivamente, la empleada de Marion desde Santiago. Me dijo que se había muerto mi hermana mayor, “Voni”, la que cantaba. De inmediato llamé a Marion, que estaba en Alemania. Ella esto ya lo sabía, pero no pensaba ir a Santiago, para ver qué pasaba ahora con su madre y la empleada doméstica, pues ambas quedaban solas en su casa. Tomé el próximo avión a Santiago, pero cuando llegué descubrí, para mi sorpresa, que Voni ya había sido enterrada por los Honnecker, la empresa donde ella había trabajado. Había muerto debido a un tumor cerebral.

En vista de que en Panamá no pasaba absolutamente nada, tomé la muerte de mi “hermana” como argumento para volver a Santiago, donde, por lo menos, tenía una casa en qué vivir. En Panamá, sin empleo, mis “ahorros” se estaban diluyendo en forma peligrosa. Vendí todos mis muebles a Jaime, en un precio irrisorio, y hasta le pasé mi arriendo del departamento con teléfono y todo. Por el auto, que prácticamente era nuevo, recibí de Jaime más tarde US\$ 2.000.-. Recuerdo que lo siguiente parecía una broma de mal gusto: dos días antes de tomar el avión de regreso a Chile, fue aprobada mi residencia en Panamá. Para poder salir del país, me citaron a Impuestos Internos, para que pagara los impuestos por la estadía en Panamá. Les dije si se habían vuelto locos y les pregunté ¿cómo he podido trabajar en Panamá si esto me estaba prohibido, porque no tenía más que visa de turista y la residencia me había sido otorgada solo hace dos días atrás, razón por la cual, precisamente, me tuve que retirar de Panamá, ya que no tengo el dinero suficiente para permanecer sin trabajo tanto tiempo. Me dieron el permiso de salida sin más alegato.

Lo que no me gustaba eran los continuos cambios de colegio de los niños, que difícilmente podían hacerles bien en los estudios. Sin embargo, pensaba que esta falta se compensaba ampliamente por el hecho de que ellos, ya temprano, han viajado a otros países y conocido otra gente, con quienes han podido convivir.

En Santiago nos alojamos donde la suegra, hasta que mi cuñado Italo, quien en mi ausencia había arrendado mi casa, se hubiese podido ir de ahí. La

situación económica de Chile había empeorado, entretanto, a tal grado que era imposible conseguir cualquier mercadería, ni siquiera papel higiénico. Tuve que comprar todo en el “mercado negro”, que florecía como lo hace en todas partes del mundo donde hay una restricción de vender algo. Sin embargo, mientras que en Panamá tuve que gastar unos US\$ 850.- al mes, aquí en Chile vivía cómodamente con US\$ 50.-, y eso que compraba todo a un precio mucho más elevado en el “mercado negro”. Esto, desde luego, era posible solamente porque el dólar oficial se mantenía rígidamente en 20 escudos/ dólar, mientras que el “negro” estaba en 200 escudos/dólar, y yo afortunadamente, dada las circunstancias, solo tenía dólares.

A los dos meses de estar en Santiago, aparece sorpresivamente y sin anuncio previo mi “hermana” Vera, aquella que una vez había encarcelado a su propia madre acusándola de antinazi; esta vez llegó exprimiendo lágrimas por su pobre madre vieja, que ahora estaba tan sola en Santiago. Dijo que se la llevaría a Alemania. En dos oportunidades le hice prometer y jurar que nunca la metería en un asilo para ancianos. Finalmente, Vera se llevó a su madre y, como supe posteriormente, a los 6 meses la tenía precisamente en un asilo. Ella murió tres años después. No creo que a nadie le den ganas de seguir viviendo en un asilo de ancianos, donde no se hace otra cosa que esperar la muerte.

La casa de mi hermana Marion, finalmente, quedó sola, y me sugirió vivir en ella, para que estuviese ocupada. Accedí a ello y vendí la mía, considerando la situación cada vez más desastrosa en Chile. El dinero así obtenido me ayudaba un poco con mis gastos de familia, aunque se trataba de escudos devaluados. Ni siquiera me molestaba en buscar trabajo, porque lo que me pagarían no me alcanzaría ni para cubrir los gastos de una semana. En esa época, la gente hacía largas colas desde las 4:00 de la mañana para conseguir un kilo de pan recién alrededor de las 8:00, más no se le daba a nadie. A veces, cuando llegaba tu turno, el pan ya se había agotado, de modo que la cola la hiciste en vano. Esto mismo sucedía con otros alimentos, y Chile ya se parecía a la Alemania de posguerra. Era increíble. En las noches empezaban los bullicios de las cacerolas vacías, que las dueñas de casa hacían sonar en señal

de “hambre” y de protesta por todas partes de la ciudad. La gente clamaba que el Ejército se hiciese cargo del país y literalmente pedían una dictadura militar. Conociendo la historia democrática de Chile, dudaba mucho que esto pudiera suceder.

Prácticamente, seguía con mis vacaciones forzosas iniciadas en Panamá, continuaba sin trabajo. Me había comprado un “Datsun”. Debido a que los camioneros estaban en huelga casi permanentemente, paralizando así el transporte de alimentos y mercaderías en general en todo el país, el vendedor del automóvil me sugirió que yo mismo fuese a Arica a traerme el coche. Tomé un avión a Arica, me presenté a la “Datsun” y me entregaron mi vehículo. Di con él algunas vueltas por Arica, para ver si todo funcionaba bien y me compré una linterna. Después supe que la compra fue premonitoria de lo que iba a venir. Hacia las 6 de la tarde salí a la carretera en dirección al sur, hacia Iquique. Tratándose de un vehículo nuevo, no me atreví a andar a más de 60/70km/h, lo que significaba que me demoraría demasiado en llegar de un lugar a otro.

A la una de la mañana, en medio del desierto, veo que el vehículo tenía las luces muy malas, apenas se veía la carretera. Pero mientras seguía andando, las luces estaban cada vez más débiles, hasta que concluí que algo malo estaba sucediendo y paré al borde del camino. Apagué el motor, lo que fue un error, ya que cuando quise prenderlo de nuevo, no funcionó en absoluto. Todo estaba muerto. Miré alrededor mío y no veía más que la noche negra. Salí del vehículo, levanté el capó y me felicité por haber comprado la linterna. Revisé todo. ¿Cómo podía saber yo qué es lo que estaba fallando? Parecía que no tenía batería. Esto, para mí, era imposible, ya que la batería era nueva. Entonces, vi que la correa del ventilador estaba suelta y constaté, al mismo tiempo, que esta correa también movía el alternador que producía la corriente para la batería. ¡Era eso! Había, por fin, encontrado la falla. La correa se resbalaba sin arrastrar nada en absoluto. Saqué las herramientas y con mucho esfuerzo solté el alternador, para colocarlo en una posición que mantuviera estirada la correa. Evidentemente, la correa, que era nueva y sin



uso, se había estirado con el uso y quedó “floja”. Trabajé casi media hora en esto y pensaba que sin la linterna ni siquiera hubiera descubierto la falla.

Cerré el capó y traté de prender el motor, pero este estaba más muerto que antes. La batería debía de estar en cero. Ya eran las 2 de la madrugada. Y no había pasado ningún vehículo tampoco. Trataba de empujar el auto y saltar encima cuando logré moverlo un poco, pero nunca alcancé a tocar un pedal, para poder ponerlo en marcha. Finalmente, me cansé de esta maniobra y colocando el vehículo de nuevo en la berma, cavilaba qué podía hacer. La garúa del desierto ya había bajado y me mojaba la camisa. Sentía frío y pensaba que me moriría de frío, aquí en medio del desierto de Atacama, sin seres vivos a 100 km a la redonda.

De pronto, vi luces acercándose y les hice señas con la linterna, pero era un automóvil que pasó como un bólido. Otro vehículo que vino poco después también pasó de largo sin siquiera aminorar la marcha. Estaba perdiendo las esperanzas. Se acercaba otra luz y nuevamente hice señas con mi linterna, era un camión con acoplado, que también pasó de largo, pero cuando mi desilusión ya estaba en el punto máximo, vi que el camión se detuvo un poco más adelante. Corrí hacia él y vi en el volante del camión a un hombre... tuerto. Parecía pirata. Una ola de miedo recorrió mi cuerpo.

Tenía plena consciencia que estaba completamente solo aquí en este desierto. Este “pirata” tenía aspecto de robusto y fuerte, como todos los camioneros, y podía asaltarme para robarme los pocos escudos que tenía, matándome de paso, sin que nadie se diera cuenta siquiera. Yo simplemente habría desaparecido, nada más.

Le expliqué mi situación al camionero y le pedí que me empujara un poquito que sea. El camionero le dijo a un ayudante que coloque una soga. El ayudante, al que yo no había visto antes, bajó del camión y amarró una soga debajo del parachoques delantero de mi automóvil. En seguida, el camionero solo me dijo que pusiera tercera. El camión empezó a andar arrastrando mi vehículo. A los pocos metros, mi motor prendió y, con eso, empezó a cargar

la batería automáticamente. Bajé de mi auto, dejando el motor andando y me acerqué al chofer, mientras el ayudante soltaba la soga nuevamente y la guardó.

- Señor. No sé cómo darle las gracias. Me salvó la vida. No tengo mucha plata conmigo, pero tome esto, para los dos, por lo menos pueden tomarse una cerveza en la próxima parada.

Le pasé algún dinero que ciertamente era suficiente para tomar varias cervezas hasta emborracharse. El aceptó el dinero y no dijo más que:

- Buenas noches. No es nada. ¡Buen viaje!

Yo también le deseé un buen viaje y sin contratiempos el camión se puso en marcha, para alejarse y desaparecer en la oscura noche. Me senté en mi auto. Seguí andando por la carretera a 70km/h. Llegué a Antofagasta al mediodía del día siguiente, con los ojos cerrados. Ya no podía mantenerlos abiertos. Mirando a través de los párpados semicerrados, alcancé a llegar a la estación de servicio de la “Datsun”, dejé el auto allí, para que le hagan el servicio de los primeros 1.000 km, y me fui al hotel Lancaster, donde me acosté y dormí sin siquiera moverme. En la mañana siguiente, tomé desayuno, me fui a la estación de servicio, recibí el vehículo y continué viajando a Santiago, siempre a esa velocidad reducida, por miedo a fundir un motor “nuevo”. Llegué a Santiago dos días después.

Con el automóvil en mi poder y sin necesidad de ir a alguna oficina todos los días, estaba dando paseos en auto por todos lados, y los sábados y domingos invariablemente terminábamos en una piscina agradable que había en “El Arrayán”. Hasta yo mismo me bañaba en la piscina jugando en ella con los niños, que ya sabían nadar mejor que yo.

Los días pasaban tranquilos, hasta que recibí una carta de Hans Brändle, el suizo con quien me había hecho amigo en ISESA. Yo le había escrito a Brändle desde Panamá y él me estaba contestando. Solo Dios sabe por qué Jaime se demoró un mes y medio en enviarme la carta de Hans a Chile.

Brändle me comunicó que me necesitaba con urgencia, para que le ayude en el “Control de Inversiones”, un departamento de ADELA Cía. de Inversiones, del cual él era el jefe. Quería que me hiciera cargo del “Early Warning System”. Mencionó un salario fabuloso, además de otros beneficios. Era imposible rechazar la oferta. Tal como me sugirió Brändle, quien en ese momento no estaba en Lima, porque estaba de vacaciones, escribí a Macaulay, vicepresidente administrativo, quien de inmediato me contestó, enviándome el contrato. Lo firmé y se lo devolví. Empezaría al 1 de septiembre de 1973.

En el acto empecé a hacer los preparativos de viaje. Pensaba irme solo, dejando la familia en Chile. Sin embargo, viendo lo que pasaba alrededor mío con Salvador Allende como presidente y la gente angustiada porque no conseguía ni siquiera comida para el día, me preocupé y, finalmente, a último momento, decidí que viajáramos todos juntos.

Nuevamente no sabía qué hacer con la casa de mi “hermana” Marion. Era imprescindible que hubiera alguien viviendo en la casa, porque, de lo contrario, los comunistas simplemente se harían cargo de ella, “tomándola”. Marion me dio solamente el nombre de un amigo, que podría querer irse a vivir en su casa. Esa persona vino, pero rechazó de plano la idea. Finalmente, le pedí a mi amigo Altman que se fuera a vivir allí gratis, diciéndole que tendría un jardín y otras comodidades que no tenía en un departamento. Aceptó, finalmente, y fue a firmar el contrato con el abogado de Marion, el señor Torres, ya que mi hermana simplemente me contestaba que le era imposible venirse a Chile.

Entonces, nos fuimos al Perú, nuevamente un nuevo país, nuevas costumbres y nuevos desafíos, donde para mí empezaba una nueva vida.





Cuzco 1976.

## *Una nueva vida*

**E**l golpe de Estado de Pinochet en Chile, se produjo solo una semana después de que yo abandonara ese país. Casi era un chiste, parecía una ironía, como si Augusto Pinochet hubiera esperado que yo me fuera para hacerlo. Cuando en Lima me dijeron “golpe en Chile”, solo sonreí y les dije que dejen de burlarse de mí. Al día siguiente, mientras caminaba hacia la oficina, vi en un quiosco la portada de un diario con Allende, quien se habría suicidado. Quedé perplejo. No podía creerlo, porque pensaba que los milicos chilenos nunca harían una cosa así, pero, también, que la cosa en Chile era aún más grave de lo que yo sospechaba. Me dije que era una suerte para ese país, aunque quien a mí me conoce sabe que no soy amigo de dictadores en absoluto.

En Lima vivíamos al principio en un departamento amoblado proporcionado por la empresa, hasta que yo encontrara un lugar donde vivir. El departamento incluía el servicio de una empleada, que nos servía el desayuno en la mañana, pero el almuerzo o la comida la teníamos que cocinar nosotros o ir a comer en restaurante. Hicimos lo último y, al segundo día, le dije a todo el mundo en la mesa que habíamos llegado al Perú y, en consecuencia, era imprescindible probar de inmediato el famoso “cebiche” peruano de corvina o camarones, a pesar de que yo mismo no comía nada que venga del agua, excepto sirenas.

Trajeron el cebiche para todos, y mientras conversaba con Emilia, miraba esa tajada de tomate como adorno encima de mi plato de cebiche, agarré el tenedor, la pinché y la coloqué en mi boca, mascándola bien, mientras seguía hablando. Pero, entonces, de repente, quedé paralizado. Me faltaba el aire por completo. Mi garganta se había cerrado. Mi boca entera por dentro me quemaba como si hubiera metido una brasa en ella. Escupí lo que tenía en la boca sobre el plato frente a mí, pero mi garganta permanecía cerrada, ya desesperado, traté de calmarme. Tenía la cara roja como un tomate por el esfuerzo de respirar, creía que estaba muriendo, sin que nadie en ese elegante restaurante pudiera ayudarme. Después de lo que me pareció una eternidad, conseguí meter un poquito de aire en los bronquios y, en seguida, ya podía respirar cada vez un poco mejor. Fue muy desagradable, casi como un trance que nunca olvidaría y con el que conocí al famoso “rocoto”, un ají grande y único del Perú. Cortado en rodaja es muy parecido a un tomate por su tamaño y color.

Nuevamente, y a mitad de año, tuve que conseguir un colegio para los niños y otra vez comprar muebles nuevos, camas para todos, living, comedor, cocina con refrigerador, etc. Traté de comprar, como de costumbre, lo mejor en una empresa de la cual la misma ADELA era socia, “E-501”, donde conseguí, además, un precio especial. Compré un automóvil “TOYOTA”, y los fines de semana fuimos a conocer los alrededores de Lima. Nos íbamos de fiesta en fiesta, invitados por los Brändle, quienes tenían muchos amigos sui-

zos, españoles y peruanos. Nos hicimos amigos de Fred Schaffner y su señora Irma, con la que Emilia se dedicó a hacer tortas para venderlas. Fred era un peruano-suizo que trabajaba en la Brown Boveri, al que también le gustaban las bromas y los chistes.

A fines de 1976, finalmente, pude tomar mis primeras vacaciones y nos fuimos a Chile. En Navidad visitamos a los Mariani, quienes tenían su restaurante, “Il Sorpasso”, al lado de la casa, el que siempre estaba con permanente ruido de lo que debía ser músicaailable para la gente que iba a comer o más bien a tomar vino, pisco o borgoña hasta el toque de queda impuesto por la dictadura de Augusto Pinochet. Después de Navidad no sabía qué hacer, solo sabía que no podía quedarme en aquel manicomio, pero Emilia insistía en quedarse con su hermana Giovanna. Finalmente, me retiré solo a la casa de la “Viejuca”, mi suegra. Fueron los primeros indicios de separación entre nosotros. Permanecí por más de 10 días leyendo los libros que había dejado allí Salvatore Sini, hermano mayor de Emilia. En un intertanto vino Emilia y me hizo comida, tallarines con salsa de tomate, y se fue. Esos tallarines me alcanzaron para tres días. Después, decidí volver a Lima, estaría mejor y más comfortable. Emilia debía seguirme un mes más tarde, para cuando los niños entraran a clases.

## *Margarita*

En Lima encontré a Margarita, se había quedado sola cuidando la casa. Ella se asustó sobremanera cuando se dio cuenta que había alguien en la casa. Yo había entrado con mi propia llave, pero se tranquilizó al verme y de inmediato me sirvió el acostumbrado café, me ofreció algo para cenar, pero no quería nada, porque había comido recién en el mismo avión. Pero, sin querer, conversamos por varias horas preguntándole lo uno y lo otro, seguramente necesitado de compañía y de poder compartir algunas ideas.

Ella había sido contratada para ayudar en los quehaceres de la casa, era joven, con deseos de trabajar, correcta y entusiasta. Lo curioso era que nunca antes le había dirigido la palabra, ya que lo acostumbrado era que Emilia se comunicara con ella, pero ahora no me quedaba otra que tener que hacerlo.

Mientras tanto, después de lo que había sucedido en Santiago con “mis vacaciones”, estaba dolido por lo ocurrido, no podía entender por qué Emilia prefería a los cretinos de los Mariani que a su propio esposo. Había llegado a la conclusión que ya era muy difícil la relación y que se estaban desintegrando 17 años de matrimonio. Estaba enrabiado y no quería ni siquiera verla, no sabía qué pasaría cuando ella llegara, solo tenía ganas de que se volviera nuevamente a Chile. Si ella quería vivir sola, entonces que se las arreglara sola. Apareció recién en marzo, con más de un mes de atraso, cuando los niños ya estaban en el colegio.

Pero para mi gran sorpresa, ya el primer día ella me dijo que se iba a Panamá a vivir con su hermana Toni. No podía creer lo que escuchaban mis oídos.

- ¿Entonces, te sacó la “salida definitiva” de Perú? –fue todo lo que le dije. Pero solo me miró, al parecer sin entender.
- Esto quiere decir, entonces, ¿que tú ya no vas a volver más?
- Sí, me voy a quedar en Panamá –me contestó.

Ella nunca me explicó el cómo ni el porqué. ¿Qué motivo podría tener ella para abandonar toda la familia, así, repentinamente, cuando además, en todos los años que estuvimos juntos, no nos había ido mejor que ahora? Costaba saber el inicio y el término de nuestras peleas, que cada vez eran más seguidas, más intensas y sinsentido. Estábamos agotados de la relación, en realidad la idea de que se fuera me gustaba mucho, ella se iba sin peleas y sin escenas desagradables. Solo atiné a solicitarle a mi secretaria que hiciera el trámite de sacarle la “salida definitiva”.

Había pensado enviar a Francisco a Santiago, para que tratara de entrar en alguna universidad, tal vez para estudiar “Educación Física” ya que le gusta-



ba tanto esa carrera, aunque sus notas eran tan malas que solo me quedaba esperar un milagro. Me parecía increíble que quisiera estudiar para ser profesor, quizá había algo de su abuelo, el maestro de música, era una profesión en la que nunca iba a hacerse rico, pero siempre tendría trabajo, al menos no se moriría de hambre. Pero yo pensaba que la Emilia debía acompañarlo, una manera elegante, además, de librarme de ella, porque creía que era imposible enviarlo solo. Él no sabía qué hacer consigo mismo. Sin embargo, la señora Emilia había decidido irse a Panamá, no a Santiago, abandonando la familia por completo. La llevé al avión el 20 de marzo, un día antes de su cumpleaños.

Con Margarita la relación era cada vez más cercana, ella llevaba la casa en su totalidad, incluso realizaba las compras del supermercado de lo que se necesitaba. Un día se le ocurrió salir con un “amigo” desconocido, que era amigo de una amiga de ella, la Lucy. Yo mismo la llevé en mi auto a su lugar de cita, ya que de todos modos tenía que pasar por allí. En la noche, cuando estaba acostado en el sofá leyendo, de repente dejó el libro y me acordé que aún no había llegado. Ya eran más de las diez de la noche. En eso, me doy vuelta en el sofá para mirar el teléfono, cuando este empieza a sonar.

- ¿Hola?
- Soy yo, Margarita. Estoy bien. Ya luego voy a ir.
- Ah. Está todo bien.

Mientras colgaba el auricular, pensaba: “¿por qué me habrá dicho que estaba bien?”.

Media hora más tarde tocaron a la puerta, la abrí y entró Margarita un poco tambaleando.

- ¿Qué te pasó en el dedo?

Tenía negro el dedo gordo de una mano.

- Oh. No es nada. Me lo pesqué en la puerta del auto. Ella se fue a su pieza de inmediato y yo seguí leyendo.

Al día siguiente, Margarita no apareció y, yendo en su busca, la encuentro en su pieza llorando con las lágrimas virtualmente chorreando por sus mejillas. Sorprendido, le pregunté qué es lo que le pasaba. Pero no obtuve respuesta. Solo lloraba más fuerte aún. Le dije que se tranquilizara, que seguramente no era para tanto, y la dejé tranquila. Sin embargo, al día siguiente pasó exactamente lo mismo. La chica estaba llorando desconsoladamente durante dos días. Después, por lo menos, hizo su trabajo, pero con la cara más larga que nunca. Tampoco quiso decirme qué es lo que le había sucedido.

El sábado fuimos a comprar. Yo la llevaba en mi auto y ella compraba lo que se necesitaba en la casa. Al volver, me desvíé por un camino que nos llevó a un pequeño parque donde me estacioné, dándome vuelta hacia ella, le dije que de aquí no me movía hasta que me contara lo que le estaba pasando. No me gustaba presionarla así, pero, en cierto modo, me sentía responsable y tenía que saber por qué la chica estaba llorando a cada rato.

Entonces, balbuceando y a regañadientes, me contó que aquel “amigo” que hace una semana la iba a llevar al cine, la engañó y la llevó a una casa abandonada donde trató de forzarla, ella había tratado de defenderse como pudo, gritando por auxilio, rompiendo hasta una ventana, pero él la golpeaba a cachetada limpia.

Nunca antes le había pasado nada semejante y estaba sumamente asustada por las consecuencias del abuso. Allí en el auto, en aquel parque, no sé cómo pude tranquilizarla y darle todo mi apoyo por si necesitaba algo, le dije que no se preocupara, que no estaba sola y que contara conmigo.

Finalmente, la lleve a la casa y hasta conseguí una sonrisa de ella.

De ahí en adelante, cuando yo estaba en casa, me dedicaba más a Margarita. Un día le sugerí si quería ver televisión, así que se sentaba en una silla en el dormitorio a verla, mientras yo leía mis acostumbrados libros de ciencia ficción. Hasta que un día la tenía viendo televisión en mi cama. Era irresistible, una cosa dio a la otra, hasta que comenzamos a tener relaciones. Fue

increíble, era como volver a la apasionada juventud. Al principio muy torpe y ansioso, pero después cada vez mejor.

Maggie, con todo esto, se convirtió en una de las flores más hermosas que he visto, y yo literalmente me enamoré de ella.

Un día suena el teléfono y, al descolgarlo, escucho la voz de Emilia:

– Estoy en el aeropuerto. ¿Puedes venir a buscarme?

Solo el día anterior había recibido de ella una carta confirmándome que no la vería nunca más. Y ahí estaba, ahora, de regreso en el aeropuerto.

Le pedí a Maggie que mejor se cambie a su habitación, ella alojaba en el dormitorio que era de Vivian, porque solo hace poco le había dado una bronconeumonía, producto de la humedad que había en su pieza.

Así, inesperadamente, tenía a Emilia en casa nuevamente.

– Te traje un regalo –me dijo.

Era un radiocasete. Hace mucho tiempo que ella no me regalaba algo, es más, no me recuerdo cuándo fue la última vez. ¿Por qué se le ocurrió ahora? ¿Quería algo de mí?

Ella había vuelto a los 90 días exactamente, se le había terminado la visa de turista y no pudo obtener la residencia en Panamá; era lo que me temía desde un principio. Aunque tuve las esperanzas que Toni, su hermana, la pudiera conseguir, uno nunca sabe con ella. Yo solo le dije que se prepare para seguir viaje a Santiago, donde puede cuidar a su hijito Francisco. En todo caso, ya no puede quedarse en el Perú, porque aquí, también, ya perdió la residencia. Parece que esto se le había olvidado por completo. Me insistió que quería quedarse en Lima conmigo. Entonces, casi me da un infarto de rabia. Tomando whisky, un vaso tras otro, y gritando a voz en cuello, le dije de todo. Le lancé a la cara todo lo acumulado en 18 años de matrimonio, lo que silenciosamente me había tragado siempre. Agarré el hermoso cenicero y lo lancé al suelo con toda la rabia. Le expliqué a la señora que este cenicero ahora estaba roto, que ella misma lo rompió y aunque lo pegue

con cola, ya no sería nunca más lo mismo. Estará roto para siempre, y en el futuro tenía que pensar muy bien lo que haría, porque lo que se hace, puede tener consecuencias que a ella misma después no le puedan gustar. Furioso agarré mi vaso, lo levanté y lo lancé contra la mesa de centro, dejándole una cicatriz en esa hermosa madera negra con pintas blancas, una madera dura que traen de la selva y que solamente hay en el Perú. Me di vuelta y salí de la habitación. Sentí algo frío en la espalda. Tuve que reírme, porque me di cuenta que me había echado todo el whisky por la espalda. Fui al baño a sacarme la camisa.

Francisco, ya en septiembre de ese año, se había ido a Chile para poder postular a la universidad, a la carrera de Educación Física. Había tenido una fuerte discusión con él, por esto de quedarse o irse, él estaba tan confundido que no tomaba ninguna decisión, parecía totalmente bloqueado. A veces lo veía, al pasar por delante de su pieza, sentado en la orilla de su cama, pensando con las dos manos agarradas en la cabeza y mirando al suelo, le decía: “pareces un monje tibetano, podría explotar una bomba al lado tuyo y no reaccionarías”. En esos días estaba tenso el ambiente y fue tan fuerte y sinsentido la discusión, que tuve que darle una cachetada. Fue duro pero él reaccionó. Al día siguiente decidió irse a Chile, pero en bus, para abaratar costos, a pesar de que ADELA pagaba el viaje de vuelta en avión. El trayecto duró tres días con sus noches. En Santiago se las arregló para alojar unos tres meses con los Mariani, donde trabajó en el negocio “Il Sorpasso” en La Florida y otro par de meses donde la Nonna, la “Viejuca”, en La Palmilla. Lo sorprendente fue que en diciembre de ese año supe que había sido aceptado en la Universidad de Chile y podría estudiar la carrera que quería, algo increíble, casi un milagro. Recién, cinco años después, pude volver a tener contacto con él.

Emilia se fue a Santiago a los 90 días de haber llegado al Perú como cualquier turista, ya comenzaba el año 1978.

A fines de ese año yo mismo viajé a Santiago, llevando a Mauricio, a quien le tocaba también entrar a la universidad. Ellos vivían en una casa arrendada

en avenida Colón, junto con Giovanna que se había recién separado de Atilio Marianni. De este modo tenía que mantener dos casas, la de ellos y la mía en Perú. Yo era un verdadero millonario. Hoy me pregunto de dónde había sacado tanto dinero.

Antes de irse a Chile, Emilia consiguió echar a Margarita, probablemente para que no hubiera nadie quien hiciera las cosas. ¿Creyó que yo le haría el almuerzo al Mauricio? Le hizo un buen escándalo completamente fuera de foco y a pesar de que le dije que no se fuera, porque la necesitaba, el orgullo fue más fuerte y Margarita se fue. Un tiempo después le envié un telegrama pidiéndole que regresara. Pero no obtuve respuesta, hasta muchos días más tarde. Me avisó que vendría tal día y me fui al aeropuerto a buscarla. Pero ella no estaba en ninguno de los vuelos provenientes de la Selva, tuve que regresar a casa con la cola entre las piernas. Recién dos días más tarde me llama por teléfono. Había llegado un día después, porque tuvo que cambiar de vuelo a último momento. Se había alojado en casa de una cuñada. Fui a buscarla de inmediato y le pregunté qué diablos estaba haciendo allí y por qué no se había venido directamente a mi casa.

Pasaban los días y nuestra relación se iba intensificando, cada vez más cercana e íntima. Pudimos tener un tiempo de prueba como pareja, era todo armónico, nos sentíamos felices y satisfechos. En agosto de 1978 Maggie quedó embarazada. Me asusté, no sabía cómo lo iba a tomar, entonces le sugerí hacerse un aborto, pero ella solo me dijo que si estaba loco de remate y, con ello, hasta me avergonzó. ¡Dios mío! ¡Qué mujer! Y eso que no estaba casada conmigo y no tenía ninguna seguridad que yo le ayudaría.

La niña nació a mitad de marzo de 1979 y la llamamos Liz. Un año más tarde nació Sami, que era tan hermosa como la primera. La llamamos Samantha, porque creímos que sería como una brujita, como aquella “Samanta” de la serie.

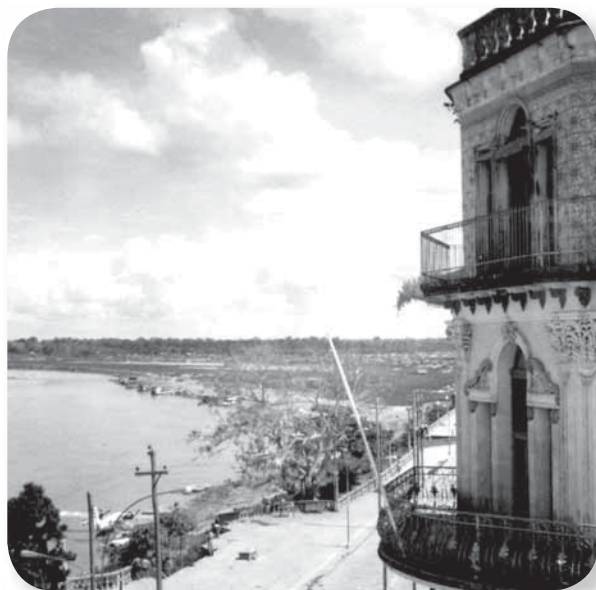
Mientras tanto, en la empresa donde yo trabajaba las cosas iban de mal en peor. El señor Ernst Keller se había ido y el vicepresidente ejecutivo de la EXXON se hizo cargo de la presidencia, con miras a liquidarla paulatina-

mente. Desde luego, era imposible que la empresa cierre sus puertas de un día a otro, porque había involucrados créditos a largo plazo que habían sido otorgados, de los cuales la última cuota vencía en 20 años más. Fue cerrada la oficina de Santiago y fue entregada al encargado de Argentina. Lo mismo sucedió con Perú, Ecuador y Colombia. La oficina central en Lima fue cerrada y trasladada a New York. Me ofrecieron seguir en New York con mi trabajo, pero cuando les dije que nunca por el mismo sueldo, me dijeron que no era posible aumentármelo. Esto era poco lógico, porque ellos sabían que mis gastos en New York iban a ser mayores. El mismo que me ofreció esta posibilidad, posteriormente renunció. Un mes más tarde tuve que renunciar yo también. Quedaba sin trabajo y sin entrada.

Viajé a Santiago y mi hermana Marion me informó que Emilia se había cambiado de casa, pero ella no sabía donde. Nadie me había informado. ¿Para qué? Total no era más que aquel quien pagaba, era solo mi obligación. Finalmente, los encontré en una casa grande de dos pisos, donde vivían los tres niños, Emilia y Giovanna. Solo me limité a decirle a Emilia que estaba cesante y que mejor se busque a otra persona que le pague el arriendo de esa casa, que era mucho más elevado que el arriendo de la casa anterior.

En seguida volví al Perú.

\* Nota del Editor: En este apartado se enfrentan particulares interpretaciones y visiones de lo acontecido. Se ha decidido respetar los recuerdos de todos, sin perjuicio de ello, primará en los relatos la visión personal que el autor tiene de aquellos.



Iquitos 1979.

## *Contrastes de la Selva*

**M**e fui a la Selva. No quería saber nada de nada. Quería cambiar de ambiente a tal punto que todo lo que me ha pasado hasta ese momento se borre de mi mente. Tenía que olvidar de inmediato, para no volverme loco. Me fui a Iquitos. Hacía 36°C permanentemente, de día y de noche. En el hotel, lo primero que hice fue meterme a la ducha para refrescarme. Cuando salí de la ducha traté de secarme con la toalla. No lo conseguí, seguía mojado. Solo el movimiento de secarme ya me hacía brotar la transpiración a chorros. Finalmente, me cansé y solo atiné a acostarme en la cama sin hacer movimiento alguno. Me di cuenta que en el momento que tú mueves un brazo la transpiración te sale por todos los lados. Me pasé tres días en ese hotel, solamente leyendo, prácticamente inmóvil. En el

comedor los ventiladores funcionaban a toda velocidad, revolviendo el aire caliente.

El garzón me dijo que tengo que comer el típico plato del Amazonas, el paiche.

- ¿Qué es paiche? –le pregunté.
- Un pescado.
- No. De ninguna manera. Yo no como nada que venga del agua, y los del agua dulce tienen más espinas todavía.
- Está equivocado, señor. El paiche no tiene espinas. Es un pescado muy grande. Llega a medir desde 3 a 4 metros de largo.
- ¿Qué? No sabía que en el Amazonas había peces de ese tamaño, tan grandes.
- Sí, señor. Creo que es obligatorio que usted pruebe este plato típico. Paiche a la plancha, con plátano, chonta y arroz. Estoy seguro que le gustará”.
- Ya le dije que no como nada que venga del agua. Pero ya que usted tanto insiste y me asegura que no tiene espinas, acepto, tráigame un paiche y deme un jugo de naranja.
- En seguida, señor.

El garzón me trajo el plato con paiche, nunca antes había comido nada más rico que ese plato acompañado con plátano y chonta. ¿Conoces la chonta? Bueno. Hay que ir al Perú para conocerla. Es el corazón de un árbol, se come y es rico. Sí, es un árbol.

Después de unos días volví a Lima.

Me fui a vivir con Maggie, en una pieza que ella había arrendado. El espacio era reducido, pero esto a mí no me importaba. Yo a ella solo quería tenerla cerca. Nos pasamos días enteros en la misma cama juntos, conversando, viendo televisión o haciendo el amor. Ella me hacía feliz, era sencilla y nunca tenía problemas.



Una vez bajamos a comer algo en un restaurante y además traer comida para mañana. Dejamos la guagua sola en su cuna, donde dormía apaciblemente. Cuando regresamos y abrimos la puerta, lo primero que vimos fue a la guagua parada, apoyada en la baranda de la cuna, llena de caca. Se había hecho y se había revolcado en su propia mierda, era tanto, que estaba cubierta de pies a cabeza. Era un desastre completo, aunque la niña estaba feliz riéndose, como sabiendo que había hecho algún chiste.

Cuando volví a Santiago, me encontré con la sorpresa que los dos niños estaban viviendo con la “tía” Marion, en vez que con su propia madre. Le pregunté a mi hermana si estaba segura de lo que estaba haciendo, porque yo no podía ni siquiera imaginármela con dos jóvenes grandes dando vueltas en su casa alrededor de ella, que estaba viuda desde la década de los 60 y no había tenido hijos. Pude verlo, también, como una oportunidad que le daba la vida como para, de alguna manera, criar niños como si fueran sus hijos. Le ofrecí pagarle por los gastos que significaba alimentarlos, vestirlos y otros gastos más, y así lo hice. Después de aquello, en seguida volví al Perú.

En Lima, le dije a Maggie que lo mejor era que se fuera a vivir con sus padres. No me gustaba dejarla sola a cada rato. Yo aún tenía la vaga idea que tenía que buscarme un empleo, esto demandaba tiempo y me fui presentando en varias partes uno que exportaba aletas de tiburón, otro que exportaba camarones congelados, etc., pero los sueldos que esta gente pensaba pagar eran ínfimos. Finalmente, embarqué a Maggie en viaje a la Selva, de donde ella provenía, prometiéndole que le seguiría tan pronto vuelva de Chile.

Nuevamente en Santiago, encontré a un oficial de la Marina de Chile diciéndome que Mauricio había sido aceptado en la Escuela de la Armada. Mi hijo había decidido irse a la Marina, en lugar de estudiar en una universidad. Lo encontré un poco extraño, en realidad no me gustaba mucho la idea, pero me dije “quién era yo para decidir sobre lo que le gustaba al niño”. Me conformé con que en la Marina se puede aprender mucho, y como oficial de barco él viajaría por todo el mundo, lo que a mí mismo me habría gustado.

Así que no me opuse. Lo que sí me molestaba era que nadie me dijo nada antes sobre esto. ¿Era como una decisión tomada repentinamente?

Sin embargo, cuando volví a Santiago tres meses después, me encontré a Mauricio estudiando Economía en la Universidad Católica. Nuevamente nadie me lo había dicho y menos sobre la decisión de dejar la Escuela Naval. Por un lado me pareció mejor, pero cuando le vi con ese libro gordo de Friedmann, de inmediato tenía dudas que si él era capaz de tragar todo eso. Y tuve razón, no fue capaz. Se inventó una pelea con la tía, quien, por su parte, se olvidó completamente de su compromiso de cuidarlo y lo echó de su casa. De esta manera, cuando volví tres meses más tarde, ya no lo encontré después de muchos años, había desaparecido. Mi “hermana” no sabía donde estaba, y yo supuse que se volvió donde la mamita, agarrándose de su falda. Esperaba que en Lima encontraría una carta de él dándome algunas explicaciones sobre lo que pensaba hacer. Pero en Lima esperé en vano. Él nunca escribió, en realidad. Cuando creía que estaba donde la mamita, él ya estaba en Panamá donde su tía Toni. ¿Quién le habrá pagado el pasaje? Pero cuando supe esto, él ya no estaba en Panamá, sino en Sardegna, después en Roma y finalmente en Alemania.

Cuando volví al Perú, tomé el avión a Tarapoto, donde tuve que esperar mi maleta por más de una hora. Con un calor de 34°C la gente se movilizaba en cámara lenta y, en consecuencia, todo se demoraba mucho más. Con la maleta en mi mano, tomé un taxi y le dije al chofer que me dejara allí donde salen unos colectivos a Moyabamba. El taxi me dejó en un lugar, en medio de la calle, donde no había ni taxi ni nada. Era domingo y pensé que, tal vez, no trabajan en este día. Al preguntar a una persona que se había colocado a mi lado, me confirmó que el paradero de los “colectivos” era allí mismo. Él mismo estaba esperando que viniera uno. Tenía que viajar hasta Rioja, donde él vivía. Se llamaba Serafin Castro y era cantante de una banda de música. Venía de Arica, donde se había comprado una chaqueta de cuero. ¡Qué estúpido!, pensaba yo. ¿Con este calor? ¿Para qué necesitaba chaqueta?, yo la mía ya me la tuve que sacar hace mucho rato, porque estaba transpirando como

chancho. El calor de Tarapoto es cosa seria y casi igual al de Iquitos. Después de esperar una hora y a punto de perder la esperanza, porque todo me parecía un poco “al lote”, tal vez “selvático”, apareció un automóvil amarillo. Iba a “Moyo” (Moyabamba) y se ofreció llevarnos. Nos subimos y al rato llegaron otros dos pasajeros. Finalmente nos pusimos en marcha.

Era un viaje de 115 kilómetros a través de la Selva peruana, sobre una carretera de tierra. Con asombro vi hermosos paisajes nunca vistos antes y me dije que estaba llegando al paraíso. En un lugar se estaban bañando mujeres con los pechos desnudos, todo al aire, y le dije al chofer que pare de inmediato para verlas mejor. Todos los pasajeros se rieron a carcajadas de ese gringo “chistoso”, el chofer ni pensó en aminorar la marcha. Le pregunté si me podía llevar a Jepelacio, que era un pueblo más allá de Moyabamba. Pero el chofer no sabía donde quedaba eso. Serafín, el cantante, sí lo sabía y se ofreció hasta a acompañarme, aunque dijo que él iba a Rioja, que estaba en otra parte. Ofrecí pagarle el pasaje a él por esto. Jepelacio era un pueblito a 15 km de Moyabamba, y cuando llegamos al cruce, Serafín le indicó al chofer que se vaya por la izquierda. Al poco rato subimos un cerro entre árboles de toda índole, para después bajar de nuevo. Serafín dijo que ya llegamos, aunque yo no veía ninguna casa

todavía. Tenía ante mi un amplio valle encerrado por cerros, todo verde, excepto por algunas manchas color café en los mismos cerros. Más tarde iba a saber que eso eran campos quemados, chacras, donde se iba a sembrar nada menos que arroz. ¿Allí arriba? Pensaba yo. Aún no conocía lo que aquí llaman “arroz secano”, el que no crece bajo el agua.



Finalmente, pasamos entre algunas casuchas de mala muerte, de adobe con techos de hierro corrugado, algunas hasta con tejas. Sabía que tenía que llegar a un jirón Arica y, preguntando, viramos a la derecha cerro abajo y a la izquierda de nuevo. Pregunté a una señora que estaba en la puerta de su casa, dónde vivía una tal Margarita. La señora, con los ojos desorbitados, tal vez porque nunca antes había visto a un gringo venir en un coche como ese, me dijo que allí mismo al lado vivía la Margarita. Era lo que podría llamarse mi suegra, la misma mamá de la Margarita. Había llegado. Le pagué al chofer, le di las gracias a ese Serafín chistoso, agradeciéndole nuevamente el no haber cantado dentro del auto, porque esto no podría haberlo soportado, y entre risas nos despedimos. Con la maleta afuera, me di vuelta en dirección de la casa donde debía entrar, para encontrar no sé qué, cuando en eso se me lanzó encima como un torbellino la misma Margarita, fuera de sí de felicidad porque yo había llegado. Ella, tanto como su propia madre, creían que yo nunca vendría y que la dejaría botada con guaguas y todo. Aunque le pagué un curso completo de peluquería y cosmetología en Lima, porque le dije que tenía que tener una profesión, pues era bueno para su futuro. Tal vez yo era extraterrestre y diferente a otros hombres “humanos”, que simplemente abandonan a la chica que queda embarazada.

La casa era simple, de un adobe especial con paredes de casi un metro de ancho, adobe prensado, techo de tejas y piso de cemento. Hacia atrás, lo que parecía una baranda, era más bien la cocina al aire libre, y había un hombre que resultó ser cuñado de Maggie, estaba aún terminando el piso de cemento, trabajando en el suelo. Era el marido de aquella hermana que también fue a mi casa en Lima a postular por el trabajo, la Manuela. Parece que por algo le dije a Emilia que de las dos, mejor se contratara a la más flaca, alta y hermosa, que era Maggie. Quién habrá dicho que el destino nos uniría de esta manera.

Aunque yo no tenía hambre, Maggie me hizo de inmediato un par de huevos con papas fritas (o ¿fue arroz?) y un café. Así empezó mi vida en la

Selva, el paraíso, que a veces, por la gente, ya no era tan paraíso. Pero yo trataba de no hacerle caso a la gente, que me miraba como un fenómeno sumamente raro, ya que nadie pudo explicarse cómo un gringo con mis características podría querer vivir entre ellos.

La casa consistía de una sola pieza grande y estaba dividida en dos, algo así como living y dormitorio. En el living estaba, además, la peluquería. Maggie se había conseguido un gran espejo y ya estaba trabajando como la peluquera del pueblo. Ella era la única y, en consecuencia, no tenía competencia. Lo que más hacía, porque la gente no le pedía otra cosa, eran permanentes, las que dejan ese olor característico fétido de las peluquerías de mujeres, por ese ácido (amoníaco) que usan.

La cama, el mueble más importante para mí, era rústica y firme, con tablas para el colchón, que no era otra cosa que un gran saco lleno de plantas de arroz secas, paja de arroz. Todo esto estaba cubierto por sábanas y una frazada, mientras que del techo colgaba un mosquitero que cubría toda la cama. En la Selva no son las víboras venenosas, los tigres u otros animales lo más peligroso, aunque ciertamente no conviene cruzarse en el camino de ellos. Lo más peligroso son los zancudos, porque transmiten la malaria o paludismo, la fiebre amarilla, el dengue y otras enfermedades tropicales realmente nefastas. Cuando el sol se pone a las seis de la tarde, millones de millones de zancudos hacen su baile ritual frente a las puertas y ventanas de las casas, listos para entrar. Es ese zumbido del baile de los zancudos que se escucha siempre a esa hora, y muchas veces quedé realmente impresionado al ver cuántos eran. Daban miedo. Cuando en la casa habían entrado demasiados, a veces los sacaban o los quemaban con caña de azúcar seca, a la que se le prendía fuego, porque el humo les molestaba.

Detrás de la casa había una huerta, que yo más bien llamaría patio, pero era muy grande y tenía muchos árboles frutales de toda índole, sobre todo plátanos, naranjas, mandarinas, zapotes y ajíes de las más variadas clases y

tamaños, grandes y chicos, que picaban más que el mismo fuego. Los peruanos en general y especialmente los selváticos todo lo comían con ají y, a veces, si no había ají en la mesa, ni se molestaban en empezar a comer, porque faltaba lo principal. La comida, desde luego, también para mi gusto era tan desabrida que era incomedible sin ají. De este modo, yo mismo me acostumbré a comer ají. Así, con el tiempo, gringo o no, extraterrestre o no, me hice peruano selvático. Y cuando vine a Chile y vi aquel ají verde, lo agarraba y me lo comía tal cual, tratando de mascararlo lo más que podía, para ver si me picara un poquito que sea.

Muchas veces me llevaron a la “chacra”, que era el campo donde estaba sembrado el arroz o el maíz. Esa chacra generalmente estaba a media hora y, muchas veces, una hora de camino, y yo, por la sola caminata, llegaba exhausto y no podía ni mover un dedo de cansancio, mientras que ellos, tan campantes, empezaban a trabajar, sacando la mala hierba o cosechando. Yo quedaba admirado al verlos trabajar en la cosecha a pleno sol, el cual quemaba como el mismo fuego.

Una vez fuimos de visita a la casa de un hermano de Maggie, el Julio. Este, para la ocasión, había matado un gallo y nos invitaron a comer. También me ofrecieron un vaso de leche de su vaca propia. Estaba hervida y caliente, pero era tan rica que casi me la tomé al seco y, de inmediato, me llenaron el vaso de nuevo, de modo que me tomé dos vasos de esa rica leche. Sin embargo, cuando ya nos fuimos de regreso a casa, en el camino, de pronto, apenas pude caminar y tuve un ataque de diarrea tan fuerte que no aguanté y tuve que adentrarme a los arbustos al lado del camino, para hacer mis necesidades y evitar “hacerme en los pantalones”. Era esa leche entera que había tomado, a la cual yo no estaba acostumbrado por la mucha grasa o mantequilla que contenía. Desde luego, la Maggie no pudo callarse la boca y, riéndose, se lo contó a todo el mundo, quienes se morían de la risa de ese gringo con diarrea, solo porque se tomó un vaso de leche. Este cuento me persiguió por mucho tiempo todavía.

Muchas veces fuimos a los baños termales que había a unos 8 kilómetros de distancia, en el río Gera. Era azufre líquido que salía de la tierra y todos nos bañamos en el chorro. Mientras las niñas crecían, yo vivía en el paraíso, de donde ya no quería irme. Ellos no sabían que estaban viviendo en el paraíso y se quejaban de lo uno y lo otro.

De ambas chicas, la Sami era la más tímida y retraída y se asustaba fácilmente por cada grito que yo lanzaba a veces. Pero la Liz realmente se pasaba en el colegio. Desde el primer año de primaria hasta el penúltimo de secundaria, o sea, hasta donde yo lo sé, ella ha recibido todos los años aquel diploma de “primer lugar” como mejor alumna de la clase, una costumbre que el director había introducido con el fin de incentivar a los alumnos. Liz parecía saber siempre todo, aunque, desde luego, para mi propio gusto, debía tener algunas falencias. Recuerdo aquella vez que, revisando el cuaderno de Liz, encontré la palabra “gavilán” escrita por ella con “b”, “gabilán”. Como era mi costumbre, para que no se acostumbre a ver mal escrita una palabra, porque esto a uno se le queda grabado, tomé mi lápiz y se lo corregí de inmediato, colocándole una “v” en lugar de “b”. Al día siguiente, al revisar nuevamente su cuaderno y pasando por la misma página, veo algo escrito con tinta roja por la profesora y, curioso, ¡para no creerlo!, a tal punto que seriamente me llegaron dudas que si estaba equivocado yo, porque vi algo imposible. Era una rectificación de lo que yo había corregido. La profesora le colocó una “b” nuevamente y con tinta roja, todavía. Casi me dio un infarto.

Con grandes letras, a través de toda la página del cuaderno, le coloqué a la profesora lo siguiente:

“Señorita, ¿por qué le enseña mal castellano a los niños? Gavilán se escribe con ‘v’ ”.

En seguida fui a hablar con César, el director del colegio, y le dije que de inmediato debe despedir a esa profesora imbécil, cómo era posible tal situación y no sé que más le dije de improperios, cómo era posible que él

fuera el director de un colegio de esa clase. Me escuchó y, entonces, solo me dijo que yo tenía razón, pero que no podía despedirla.

– ¿Por qué?

– Porque entonces del Ministerio me mandan una peor.

Quedé boquiabierto, sin palabras. No sabía qué decirle a eso. Él, desde luego, tenía toda la razón. Ningún buen profesor quiere trabajar en la Selva por el salario mísero que allí le pagan, de modo que el Ministerio de Educación o los directores de colegios solo tienen a su disposición gente inepta que apenas y malamente ha terminado la secundaria, y a veces ni eso.

En el caso del idioma inglés que obligatoriamente allí se enseñaba en secundaria, conocí a su profesor, el Teófilo, que más bien parecía un payaso que no entendía nada. Ello me lo demostró cuando yo le hablaba en inglés, y me jacto de hablarlo bastante bien.

Todo en mi nueva vida iba muy bien, hasta que un día, cuando volví de un viaje, la misma Maggie me confiesa que se había vinculado con uno que yo llamaba el “Mequetrefe”. Primero, como es lógico, ni entendía lo que ella me quería decir. Era demasiado absurdo. Era un muchacho analfabeto, pero al parecer no tan tonto, porque le dijo a Maggie que nunca antes había estado con una mujer y que si ella podría enseñarle. En mi ausencia, ella efectivamente le enseñó cómo hacer el amor. Ella me dijo que lo quería mucho, pero, también, que ya todo se había terminado entre ellos. Y yo, que no supe qué hacer con una situación así, le perdoné.

Tuve que decirle:

“Así que ¿querías saber como son los otros hombres? Ya lo sabes. Haré como que nunca ha sucedido nada”.

Sin embargo, le vi rondando por la casa y supe que hasta le estaba enviando comida subrepticamente, porque al “pobre” hasta le habían echado de su propia casa por lo que había hecho. En un pueblo chico todo se sabe



inmediatamente, porque la gente no tiene otra cosa que hacer, que estar pendiente de lo que hace el vecino. Y ese chico era un vecino a dos casas de distancia. A Maggie, finalmente, le eché en cara que, a pesar de haberme prometido que todo se había terminado entre ellos, ella seguía viéndolo y hasta dándole alimentos que, para colmo, yo mismo pagaba.

En una ocasión fui a visitarla en su peluquería, y ¿a quién encuentro allí, cómodamente sentado encima del lavabo conversando con ella, mientras ella atendía a una señora? A ese “Mequetrefe”. Con rabia le dije que salga de inmediato, lo que no hizo. Entonces, le agarré de la camisa, la que se rompió cuando lo bajé de su asiento y lo eché afuera, donde desapareció en la oscuridad de la noche. A la señora que estaba siendo atendida le dije que se largue de allí también, porque la peluquería en este mismo momento había dejado de existir. Mi rabia era incontenible. Lo curioso es que la clienta se fue inmediatamente, sin chistar. Ya en la casa, furioso, le di de cachetadas a Maggie, hasta que se escondió con los niños debajo de una mesa, donde no la alcanzaba. Gritando a voz en cuello, le dije de todo, seguro que afuera en la calle se aglomeraba la gente para escuchar este “hermoso” escándalo. Para ellos era un show gratis. Pero yo ya no podía tener más vergüenza por lo que estaba sucediendo. Me fui a los pocos días, porque la situación era insostenible.

Volví después de un mes, tal vez creyendo que todo lo que pasó era mi propia fantasía y que no podía haber sucedido. Encontré que el “Mequetrefe” se había ido del pueblo. Sin embargo, mis relaciones con Maggie ya no eran las mismas. Se había metido algo demasiado feo entre los dos, y si permanecía a su lado, era por las niñas y el chico que, entretanto, había nacido.

Hasta me enfermé con una terrible urticaria que me cubría todo el cuerpo, y la pierna izquierda la tenía más hinchada que nunca. Me dieron inyecciones de “Megaciclina” que me aliviaron un poco. Sin embargo, pocos días más tarde a Margarita se le ocurre sacar todos y cada uno de

los muebles que había en la pieza y los llevó a la casa del frente, donde ella viviría con los niños sola. A mí me dejó en mi cama solo en esa pieza, en la cual ya no había absolutamente nada. ¿Por qué hizo Maggie eso? ¿Qué hacía yo allí ahora enfermo y solo? Tuve que irme a los dos días, enfermo como estaba.

Cuando volví, ya en el pequeño bus, la Norma, una conocida que estaba sentada al lado mío, me dijo que yo ya no vivía allí donde vivía antes, sino en otra parte. Yo ni le entendí, porque era muy absurdo, en realidad, imposible lo que trataba de decirme. Ella me dijo que baje por esa otra calle hasta aquella casa, y efectivamente, allí encontré a Maggie. Se había cambiado de casa. ¿Cómo? ¿Por qué? Resultó que sin preguntarme y sin mi consentimiento vendió la casa donde estábamos viviendo y compró esta otra. ¿Era un modo de librarse de mí? Más tarde encontré en Moyabamba al juez de paz que firmó la escritura sin encontrarle reparos, y le dije que le voy a meter en la cárcel por eso. No lo hice por flojo. Llegué a la conclusión que no vale la pena pelear por porquerías. Ese juez aún vive, pero está ciego. El Gran Equilibrador ya lo castigó por mí. Pero ¿qué saco yo de todo esto? ¿Otra experiencia?

En la casa encontré, además, a otro hombre, quien se había hecho cargo de todo, incluyendo a mi mujer. Kilo era un mecánico que trabajaba en la hidroeléctrica que estaban construyendo a 10 km de distancia del pueblo. Lo realmente fantástico era que Maggie me echó de inmediato.

“O te vas tú, o me voy yo”.

Al parecer, finalmente, había perdido todo sentido común. Y se lo dije, porque, como yo no hice ademán para irme, ya que solo acababa de llegar, y sin que ella me diera explicaciones, ya tenía hasta hechas sus maletas, las que estaba sacando de la casa con hijos y todo. ¿Adónde iba? ¿Dónde ese Kilo? Le dije que no podía hacer esto y que yo me iba. Me regresé a Moyabamba, donde me alojé en el Hostal Cobos, como de costumbre. A los dos días volví a Japelacio para hablar con ella, a ver si

se había tranquilizado. Me explicó que ya no quería vivir conmigo y que se casaría con Kilo. ¡Qué bien! No podía creerlo. Me cambiaba a mí por ese analfabeto, era muy poco probable que él quisiera casarse con una mujer que ya tiene tres niños de otro. Tuve que volver a Moyabamba, donde permanecí un mes entero, esperando que ella reaccionara. Cada dos días iba a Japelacio, pero ella permanecía obstinada.

Finalmente me fui, regresando por donde vine.



## *Cuentos de la Selva*

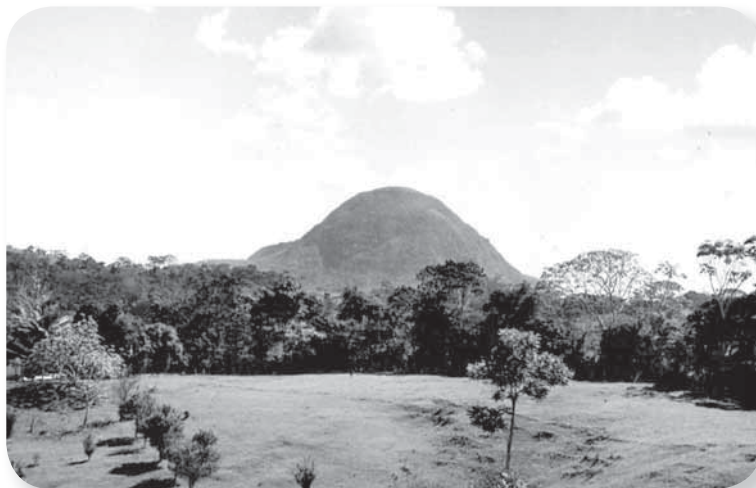




*Aprecia siempre las cosas por lo  
que son, no por lo que parecen  
ser o, mucho peor, por lo que tú  
quisieras que fuesen.  
Bertram Zupeuc*







## *Lichita*

**E**ra un paraíso. Un pequeño valle rodeado de cerros allí arriba en el otro lado de los Andes, al lado este, donde justamente empieza la selva virgen, a una altitud de unos mil metros sobre el nivel del mar. Un riachuelo corría a través del centro del valle y había un pequeño pueblo de campos agrícolas alrededor, donde se plantaban y cosechaban piñas, arroz, maíz, tapioca, plátanos, naranjas y limones. Alguna vez orquídeas salvajes de marfil y lavanda puntearon los campos a lo largo del polvoriento camino hasta el próximo pueblo. Hoy en día solo pueden ser vistos en el invernadero de la orquidería justo encima del pueblo.

La gente era amable en estas partes. Justo antes de la puesta del sol, cuando regresaban del trabajo en su chacra, los pocos acres de tierra que poseían,

después de una caminata de una hora, siempre te saludaban al pasar, incluso si nunca antes te habían visto. El clima estaba templado, con la temperatura siempre alrededor de los 28° Celsius. Solo después de una larga lluvia de varios días, que ellos llaman “invierno”, la temperatura baja a los 22° C. Caminan por allí todo el día solo en jeans y una camisa o blusa. No conocen algo como un abrigo. Sin mucho qué hacer, se bañan y lavan desnudos o en su ropa interior, en los muchos saltos de agua donde siempre se ha, formado charcos de agua fresca. Alrededor de la puesta del sol, estos charcos están llenos de gente bañándose, otros esperando su turno bajo la pequeña catarata, una ducha natural que viene del salto de agua a corta distancia más arriba del cerro.

El pueblo está privilegiado. La gente no tiene que ir al río a buscar agua o cavar pozos en la tierra, como se acostumbra en pueblos vecinos. Hace muchos años alguien consiguió que se instalen cañerías de agua por todo el pueblo, trayendo el agua de una fuente cercana en el cerro. Un depósito fue construido justo encima de la fuente, de modo que el agua está libre de contaminación por animales u otras formas. Las cañerías son de mala calidad, sin embargo, muchos grifos están goteando o negligentemente dejados abiertos, donde el agua se va sin uso al desagüe. Por suerte, hay suficiente agua y barata, aproximadamente medio dólar por mes.

Hoy este pueblo hasta tiene electricidad, porque recientemente fue inaugurada una planta hidroeléctrica río arriba a solo 10 millas de distancia, en el lado sur del valle. Hay antenas de televisión en casi todos los techos de sus casas de adobe. Era un pueblo pacífico, lleno de las acostumbradas copuchas, fiestas, peleas de gallos, fiestas familiares y celebraciones religiosas.

Entonces, un día, llegaron los guerrilleros del “Movimiento Revolucionario Tupac Amaru”, profesando una clase de comunismo cubano. Noticias de estos guerrilleros ya habían llegado a este pueblo paraíso de otras partes del país. Estaban peleando contra la policía, los terroristas del “Sen-

dero Luminoso”, igual que con el ejército. Exigían contribuciones para la causa de los pobladores, que eran pobres como ellos mismos... algunas veces, en medio de la noche, columnas de cincuenta o cien guerrilleros, o “Cumpas”, entraban en el pueblo, reunían a todo el mundo en la plaza principal para oír un discurso o presenciar el juicio de una figura pública, un alcalde o un juez, que había sido acusado por la población de defraudar al pueblo.

Los “Cumpas” llegaban para impartir justicia. Si se le encontraba culpable, el reo, o más bien la víctima, era ejecutado justo en frente de todos. Entonces, tras la misión cumplida, los “Cumpas” se marchaban del pueblo, dejando la población en tumulto, llenos de miedo y confusión. Porque esta gente simple no entendió lo que estaba sucediendo. No estaban acostumbrados a tal violencia o a ver Kalátchnikous u otras armas ávidas de matanza que estos terroristas exhibían abiertamente.

En este pueblo encontré a Lichita. Era la muchacha más dulce, tranquila y gentil que haya conocido nunca. Era casada y tenía dos hijos, el mayor reclutado en el ejército para su servicio militar. Lichita no hablaba como cualquier persona, sino siempre con una voz dominada, casi inaudible, más bien como un suave susurro. De su boca nunca salió una palabra o un sonido fuerte, y era completamente impensable que ella le gritara a alguien. Había siempre una amable sonrisa en su cara. La sonrisa, desde luego, era contagiosa y, sin saberlo, distribuía amabilidad.

Un día, la paz del pequeño pueblo fue destrozada, no por terroristas, sino por un grito alto y penetrante. El hombre con quien estaba hablando en la calle se dio vuelta y preguntó:

– ¿Oíste ese chillido?

El grito era tan raro y estridente que yo no estaba seguro de haberlo oído, pensando que solo era mi imaginación. Pero entonces volvió, ahora más alto y penetrante que antes, y desde ese momento era un largo y continuo sonido que resonaba a través de las angostas calles de este pueblo montañoso.

Por varias horas se escucharon los gritos por encima de los techos. Alarmada, la gente salió de sus pequeñas casas y de los negocios, algunos con guaguas en sus brazos, preguntándose de dónde provenían estos sonidos pavorosos y horribles. Los agudos gritos eran como el silbido de una locomotora que pasa y la sirena de un carro de policía al mismo tiempo. Un grupo de aldeanos empezó a juntarse frente a la casa de donde provenían esos gritos sin fin. El aullido se paró de repente, dejando un silencio mortal, un vacío, en el cual se podría escuchar la caída de un alfiler. Entonces, empezó de nuevo, más alto y horripilante que antes. Nunca antes había oído salir un sonido así de un ser humano. Los pelos se me pusieron de punta, mientras aguantábamos este aullido de animal interminable.

Cuando me junté al grupo de gente atónita frente a la pequeña casa de Lichita, trataba de adivinar quién estaba gritando. Era incomprendible que tal griterío proviniera de la misma Lichita. Pero, en realidad, era a Lichita a quien estábamos oyendo. Nadie sabía que ella tenía una voz así. Era increíble que esta mujer amable, delicada y de hablar suave fuese capaz de producir esos sonidos. Nos preguntábamos cuándo se romperían sus cuerdas vocales. ¿Qué es lo que le había sucedido?

Finalmente lo supimos. Esa mañana Lichita había sido informada por el teniente que trajo el cuerpo de su hijo, que este había sido muerto en una emboscada por terroristas. El niño aún no tenía diecinueve años cuando la mitad de su cabeza fue reventada por una granada que explotó.

Los gritos de Lichita continuaban sin descanso por el resto de ese día horrible. Parecía que su aullido estridente no terminaría nunca, y que ciertamente debía perder su voz, para no hablar nunca más, ni siquiera en un susurro. Ninguno de los vecinos se atrevió a ir cerca de Lichita para consolarla, para tratar de tranquilizarla. Su esposo aún no había vuelto del trabajo. En un momento dado, una vecina trató de entrar a la casa, pero todos nosotros vimos con sobresalto como la mujer fue echada afuera con violencia.

Más tarde, cuando el sol casi se había ido, vino el médico del pueblo vecino. De alguna manera consiguió hablar con Lichita y le aplicó una inyección. Entonces, finalmente, silencio.

Pero, durante toda la noche, y por muchos días más, el eco de esos terribles y estridentes aullidos nos llegó desde los cerros que rodeaban ese valle que una vez fue tan pacífico.





## *Un parto en la Selva*

La larga lluvia finalmente paró. En la puerta de su casa, madre e hija estaban amarrando canastos con vegetales en los lados de su vieja mula. Tenían que venderlos en la ciudad, que estaba a un largo camino abajo. Una hora por lo menos. El abdomen de la hija estaba hinchado con el embarazo. No podía recordar cuándo estuvo tan grande, o cuándo empezó a crecer. En el instante que se subió a la mula, un agudo dolor pasó por su estómago, pero desapareció rápidamente. Tal vez era su imaginación, y se olvidó de ello. Se esforzaba en subir su cuerpo embarazado encima de la mula. No era fácil, con su incómodo estómago gordo, pero lo consiguió. Entonces, se fueron.

Tan pronto empezaron a andar, volvió ese dolor nuevamente.

”¿Qué podría ser? ¿Qué había comido?”, se preguntó la niña, pero no era la comida. Esa mañana solo habían comido su acostumbrado té y pan. Mientras avanzaban lentamente, el dolor volvió, pero con más frecuencia, con más urgencia. La madre mientras observaba a su hija con inquietud, fue llevando la mula a lo largo del camino de barro, un sinuoso sendero que danzaba entre los pueblos del monte.

A cada paso la niña se sintió más incómoda encima de esa vieja mula, que se movía demasiado, resbalándose a veces en el barro.

A mitad del camino el dolor era demasiado fuerte para seguir encima de la mula. Su madre la sostuvo mientras se bajó del animal, y apenas pudo caminar. El dolor aumentaba, era tan fuerte que ella no podía ni llegar al borde del camino para tenderse sobre la maleza de pasto húmedo. Así, se acostó en el suelo, en medio del camino, en medio del grueso lodo a través del cual habían andado; su madre, preocupada, se inclinó sobre ella. Ahora, nunca llegarían a la ciudad, porque el bebé estaba listo para salir. Levantó la falda de la niña hasta la cintura y le sacó los miserables calzones que su hija llevaba. Sabía que no podía hacer mucho, porque la niña se estaba moviendo y dando vueltas de dolor. Entonces, de repente, apareció la cabeza, rompiendo la pared de la vagina. Ella no sintió mucho porque el dolor de su útero acalabrado era más intenso, más exigente. Así nació el bebé, rápida y completamente. Estaba acostado allí, en el mismo barro con su madre. Entonces, como todo bebé lanzado a este mundo, entregó su primer grito.

Por fin el dolor en el útero se calmó, pero no totalmente. Aún había algo dentro que tenía que salir. Este algo salió, y todos esos terribles dolores la dejaron. Agotada, la niña yacía allí, pálida y sin movimiento, con sus ojos cerrados.

Mientras tanto, la madre que siempre llevaba consigo un cuchillo, como era la costumbre en esas partes, cortó el cordón umbilical, liberando al infante de su madre. Entonces, levantando la guagua, usó su propia falda para limpiarle el barro que había por todo su pequeño cuerpo, hasta en la cara. Se arrodilló al lado de la niña, le enderezó la ropa y le dijo:



- Quédate quieta, hija. Trata de no moverte demasiado y espérame aquí. Llevaré la guagua conmigo y traeré gente para llevarte a casa. No puedes caminar así. ¿Me oyes?
- Si, mamá –contestó la niña en apenas un susurro, como el aliento de un pequeño pájaro.

La madre regresó en la mula al pueblo, dejando a la niña descansar en su cama de barro, esperando su regreso. Los terribles dolores se han ido ahora y se sintió en paz. Solo sus pechos no estaban como antes. Parecían hinchados. Pero ella estaba demasiado cansada para preocuparse de ello. Después de un rato, con el sol calentando su cara, cayó en un profundo sueño. Y así fue como la encontraron los hombres cuando vinieron con su madre para llevarla a casa.

Una vez allí, la madre le quitó la ropa llena de barro, la bañó con delicadeza, le puso su camisa de noche. Entonces, le ayudó a ir a la cama, donde se acostó al lado de su pequeño hijo. Inmediatamente, como bajo un hechizo, el pequeño cuerpo se acercó hacia el pecho de su madre y empezó a satisfacer su hambre.

Mirando con sorpresa, la niña pensaba, “¿dónde aprendió a chupar así?”. Ella tenía que sonreír. Estaba feliz con esta nueva sensación, su propio bebé se alimentaba contento en su pecho.





## *Una clase de funeral*

La novedad de vivir en la selva virgen se ha ido. Si no fuera por mi hermosa mujer nativa y tres hijos, habría tomado mi cámara y mi máquina de escribir y me habría ido hace mucho tiempo. Había escrito todos los artículos que se me ocurrieron sobre lo bueno que era vivir lejos de la “civilización”, pero eran pocos, porque nada de importancia sucedía nunca en Moyobamba, que, en realidad, no era más que un pequeño punto en cualquier mapa de Sudamérica. Muchas veces me maravillaba que yo, nacido, criado y educado en Berlín, haya podido llegar a este lugarejo. Y entonces entraría a través de la puerta abierta de nuestra casa humilde la figura de la joven muchacha que había tomado como mujer. Delgada, el pelo color ébano brillante cayendo hasta su cintura, ojos oscuros, lánguidos, labios llenos y expectantes, senos

atractivos, el sueño de todo hombre. Sí, como muchos “gringos” antes que yo, había caído por el mito. Y, ahora, después de ocho años, estaba aburrido, fuera de juicio. No es que dedicara mucho tiempo a la ópera o al teatro, entendiéndolo, pero el hecho concreto era que la mente podía atrofiarse en un lugar como este, simplemente no había mucho de qué hablar. Así, se construía mi estado de ánimo, y me fui acostumbrando a pasar las tardes en un cafecito en el Hostal Cobos.

El sol caía sin compasión, pero de todos modos me senté a la mesa de afuera para mirar a los que pasaban, y tal vez poder conversar con alguien, como cualquier gringo que necesitara un poco de conversación.

José, el dueño, trajo mi express bostezando. Ni siquiera su perro se molestó en salir de debajo de la mesa cuando le metí mis pies demasiado grandes en las costillas.

Llevaba aproximadamente media hora, con mi silla inclinada hacia atrás contra la áspera pared del restaurante, medio dormido, cuando una bicicleta se paró chillando justo en mi mesa, sacándome de mi estupor.

- ¡Amiiiigo! ¡Hey, por fin te encuentro! –era Wilhelm, el cartero del correo local.
- ¡WILHELM! ¿Cómo un indio peruano llegó a tener un nombre europeo? –le pregunté.
- Ah! Mi madre solo colocó su dedo en el libro del cura y aquí estoy. Los indios ya no quieren nombres viejos –su gran sonrisa llena de dientes era irresistible y me gustaba su compañía, porque él era uno de los pocos nativos que sabía un poco de inglés y español.

La mayoría de la gente que vivía a lo largo de los muchos ríos tributarios del Amazonas hablaban campa, aguaruna, cashibo, machiguenga o uno de otros setenta confusos idiomas de la selva, que no se hablan en ninguna otra parte del mundo y que ni siquiera se entienden entre ellos.

Drogado por el calor, le hice un pequeño gesto para que me acompañara, lo que hizo que José, desde dentro y pegado a su nuevo ventilador eléctrico,

nos trajera unas cervezas. Ninguno de nosotros habló hasta que él se hubiese tomado algunos tragos. Agradecido, vació la mitad del vaso en algunos segundos. Cuando el mustache de espuma de cerveza se transformó en gotitas, exclamó:

– ¡Eh! ¿Vienes al funeral esta noche?

Como yo no sabía de ningún funeral y me preocupaba aún menos por tales eventos, moví la cabeza y el aspecto de mi cara se tornó aburrido, luego le informé que yo nunca, nunca atendía funerales.

- Amigo... ¿Tú nunca has ido a un funeral indio? –nuevamente mi respuesta fue negativa y desinteresada. Pero Wilhelm estaba decidido.
- Mira, amigo, tú nunca has visto nada como esto. Tienes que venir a Pueblo de Los Muertos.
- Grandioso, “La ciudad de los muertos”.

No tenía problema con este nombre porque, en realidad, todo el valle era el lugar más muerto en que haya estado en mi vida, y se lo dije así. Vaciando su segunda cerveza, Wilhelm se atragantó con mi humor, salpicando tanto la mesa como mi camisa. Esto me refrescó un poco.

A él le parecía esto muy divertido. Recobrándose, se levantó, le tiró unas monedas a José, quien con mucha práctica las atrapó nítidamente. De vuelta en su bicicleta oficial me hizo otra mueca mostrando los dientes.

- A las ocho, estate aquí. Todos vendrán por ti en camión. ¡Nos vemos, amigo! –Y se fue pedaleando a sus rondas de correo, mientras José y yo intercambiamos cejas levantadas.
- Este tipo loco –dijo José, sacudiendo su cabeza.

Sí, yo estaba de acuerdo pero en este caso, ¿no todos lo somos? Débil como un trapo, en el implacable sol, arrastré mis pies a casa para una siesta.

Como ya dije, las cosas se han vuelto bastante trilladas en Moyobamba, y movido por la curiosidad, allí estaba a las ocho, tal como me lo ordenaron,

frente al Cobos, en realidad esperando cualquier cosa para aliviar mi aburrimiento. Hasta traje mi libreta de bolsillo. Pero ¿qué quería decir Wilhelm con “todos”? ¿De quién diablos era el funeral, algún rey?

El ruido de un motor antiguo y el matraquear de los guardafangos sueltos anunciaba la llegada de un averiado camión International que he visto con frecuencia ir a la cancha lleno de obreros. Esta noche estaba lleno de gente de luto, aproximadamente dos docenas de indios de pelo oscuro, traje oscuro, sentados en la cama abierta, todos gritando. Wilhelm, en el volante, me hizo señas de subir a la cabina a su lado. Apenas estaba adentro apretó el pedal del gas, y el camión saltó hacia delante dejando atrás el Cobos, pasando por la iglesia y acelerando en la única cuadra de malos negocios del pueblo. Algunos minutos más tarde estábamos en la fresca carretera, al lado de los cerros, al borde de la jungla.

- ¿Por qué tan rápido, amigo? –pregunté. La seriedad en la cara de Wilhelm cuando alternaba entre pisar el pedal del freno y el de la gasolina daba la impresión que estábamos en las 500 millas de Indianápolis.
- Tengo prisa ¡Todo el mundo tiene sed!

Intrigado, me senté atrás y fue interesante notar que mi asiento estaba suelto, cada vez que Wilhelm tomaba una curva aguda, me bamboleaba como guagua en la cuna. También noté que faltaba parte del piso debajo de mí, con la poca luz del día que quedaba, podía ver parte de la polvorienta carretera debajo de nosotros.

El griterío de las dos docenas de campesinos que venían atrás me dio la impresión que íbamos a alguna fiesta en lugar de un funeral, y se lo dije a Wilhelm. Nuevamente, esa sonrisa loca estaba en su cara.

- Ya verás –fue toda la respuesta que recibí.

Habíamos viajado media hora desde Moyobamba, cuando Wilhelm dio una vuelta muy cerrada hacia abajo, por un camino muy angosto a través del matorral de la selva. Pisó el freno frente a una pequeña cabaña de madera. Dos

indios estaban agazapados en el pequeño pórtico, uno tocando una flauta, el otro la guitarra. Otros estaban agolpados frente a la puerta, pero abrieron un camino para que nuestro grupo entrara a la casa.

¿Dije que nunca en mi vida había estado en un funeral? Sí, y este fue el único, porque nunca más permití que se me sedujera de esa forma. Era una celebración simple y una experiencia novedosa que nunca se olvida.

Agregándonos a la línea de los visitantes, pasamos a través de un pasillo a la pieza principal, llena de personas “de luto”. Acostado en la mesa del comedor estaba el cadáver, un hombre de alrededor de cincuenta años, vestido con su traje oscuro para ocasiones especiales, camisa blanca y corbata floreada. Nunca pude averiguar cómo murió, porque cada uno tenía una opinión diferente. Dos velas colocadas en botellas cerca de su cabeza y dos más a sus pies eran la única pero suficiente iluminación para notar que parecía estar en paz, casi sonriendo.

El hermano del hombre difunto, con una cara larga y triste, inclinaba la cabeza al lado de la mesa. Colocó en mi mano una taza de greda y con un bidón que estaba guardado en un rincón, la llenó hasta el borde.

- ¿Qué es esto? –pregunté a Wilhelm. Nuevamente esa sonrisa tonta de él.
- Ya verás.

La verdad es que vi, pero no por mucho tiempo. La sustancia cegaba, y durante las próximas dos horas, en contra del mejor juicio, tomaba una taza tras otra, hasta que apenas era capaz de estar parado. Alternaba entre la pieza de visita y el cobertizo. Con cada nuevo trago, las velas se multiplicaban y vi ocho, dieciséis velas y en lugar de ver un cuerpo vi dos, tres y hasta cuatro cuerpos.

- ¡Hombre! Estabas fuera –comentó Wilhelm tres días después cuando finalmente me había recuperado.
- ¡Tomaste un montón de chuchuhuasi!, como uno de nosotros, los indios.
- ¡WAU!

- ¡Así es como lo llaman!
- Yo lo llamo hecho en el infierno.

El chuchuhuasi es un alcohol de caña de azúcar similar al ron o a la “cacha-za” brasilera. La pócima es tan fuerte que uno se emborracha con solo olerlo. Los indios peruanos por allí lo toman como si fuera agua, y especialmente en funerales.

En una noche así, casi la mitad había oído o visto a una mujer borracha, ya que ellas también se toman un trago, pero por razones medicinales, especialmente cuando sienten frío. Así, cuando se corre la voz de que hay “un muerto” todos asisten. Principalmente los hombres, ya que las mujeres se quedan en casa, excepto cuando muere una mujer. Se van a esas casas, aunque no hayan visto nunca antes al muerto en su vida, porque los tragos son libres y no les cuesta un centavo emborracharse totalmente. ¡Hasta vienen de otros pueblos!

Ese alcohol de caña de azúcar también es muy popular en el día de “Todos los Santos”, el 2 de noviembre, cuando todo el mundo lleva comida y tragos y fiestas al cementerio local. Sin lágrimas, sin lamentos o llorar. Solo mucha risa y picnic, y dejando presentes de comida para los que se fueron, que más tarde será comida por los perros del barrio, ¡su banquete anual!

Al principio, viendo tanta gente de luto, yo creía que todos eran amigos del hombre muerto. Pero la mayoría, como yo, nunca había visto al hombre muerto o a su hermano, el que tal vez tenía su cara entristecida, no porque su hermano ya no estaba entre los vivos, sino que probablemente estaba pensando cómo pagaría todo ese chuchuhuasi.

- Bien, amigo, ¿te gustó tu primer funeral? –preguntó Wilhelm en nuestro café, frente al Hostal Cobos. Él parecía normal, pero yo aún estaba un poco tembloroso cuando pregunté qué le pasó al hombre muerto.

En la mañana siguiente muchos nos estaban esperando para ir al cementerio. Cuando pregunté cómo esos hombres podían estar parados ese día, sin



mentonar siquiera el hecho de que tenían que llevar un cuerpo a su funeral. Como siempre, Wilhelm tenía la respuesta.

- Hey, amigo, no hay problema. Las mujeres lo llevan. ¿Por qué no? Eran las únicas sobrias.

Creo que ya comenté cuán aburrida era la vida en general en esa parte del mundo. Bueno, esa es la razón de la popularidad de los funerales. Es simplemente un lugar a donde ir, una grata diversión de la vida dura, las largas horas de trabajo en el campo. Es un lugar donde conseguir trago gratis y emborracharse, como lo hicieron aquellos cien esa noche. Estaban acostados por todos lados, por la entrada, la escalera, en el suelo, en sus camiones, felices, cantando, gritando, tomando hasta el olvido, mientras que el hombre muerto, con la sonrisa en su cara, yacía adentro pensando: ¿En qué gran fiesta estaba?





## *La brujería existe*

*“Yo no creo en los brujos, caray, pero que los hay, los hay”.*

En Moyobamba he visto muchas muchachas hermosas, he visto, en realidad, demasiadas. Sin embargo, me encontré con una que es excepcional. Hasta ella fue quien me empezó a hablar, y me habló en inglés, porque en aquellos parajes tengo cara de gringo.

- Hey, What are you doing?
- Oh, my God! The worst thing is your eyes. Do you know that? Why don't you open your eyes a little more?
- OK.
- Do you know what eyes you got? They are dangerous.

La chica tenía los ojos más negros y grandes que yo haya visto, eran como la noche.

- Sí, son muy peligrosos.
- No se ve bien. Pero me va a salir. Porque esta máquina hace de todo. Ahora no te puedo sacar una foto porque estás a contraluz.
- ¡Ah!
- Ahí está claro, y tú estás a oscuras.
- Tal vez me siento acá.
- Sí, sería mejor. Pero no importa. Esta máquina hace de todo.
- Hace de todo, menos una cosa.

Una vez que ella estuviera sentada frente a mí, coloqué la cámara sobre la mesa enfocándola a ella y sin que se diera cuenta la dejé grabando. Y, entonces, esa chica comenzó a contarme una historia espeluznante que a ella misma le sucedió.

- ¿Qué cosa no es capaz de hacer? –le pregunté como para seguir con la conversación.
- Espantar brujos, matar embrujos.
- ¿Qué embrujos?
- La brujería existe.
- ¿La brujería?
- Sí. La brujería existe.
- ¿Tú crees en la brujería?
- No es que lo crea. Lo he vivido. ¿Me entiende?, lo he vivido.
- Ah, ¿y qué te pasó?
- Todo comenzó porque un día en mi casa me comí una naranja.
- ¿Una naranja?
- Si, una naranja que se la mandaron a mi mamá. Para mi mamá sería, ella debió habérsela comido.

- ¿Le mandaron una naranja a tu mamá?
- Una naranja y me la comí yo. Desde ahí me puse mal, muy mal. Mis huesos se podían ver de lo flaca que estaba. Parecía la mismísima muerte viviente. Era esquelética, esquelética toda. Toda mi familia estaba preocupada, no entendíamos cómo me puse tan esquelética en tan poco tiempo. Mi padre es sanitario, trabaja en la sanidad, pero tampoco pudo ayudarme.

Resulta que un día dieron con una viejita que conocía de yerbas y ungüentos raros, se podría decir que era como una curandera. Con esa viejita, pero fíjese nomás, se consiguieron unas raíces y me las dieron de tomar. También me hicieron un lavado, como un enema. Un enema, por el popó, fue muy desagradable. Entonces, esa medicina me hizo botar, como el perro cuando come hierba y arroja un bollo, yo también arrojé un bollo, arrojé puro pelo. Yo nunca he comido pelo, nunca en mi vida he comido pelo. Todos quedamos asombrados, no lo podíamos entender.

- ¿Puro pelo botaste?
- Sí, puro pelo, pelo, mucho pelo.
- ¡Increíble!
- Pelo, pelo. En ese entonces fueron tres bollos.
- ¿Eso era para tu mamá? ¿No?
- Para mi mamá. Sí, para mi m...
- Y tú te la comiste, en lugar de tu mamá.
- Tenía hambre y sin pensar me la comí.
- ¿Alguien quería hacerle algún mal a tu mamá?
- A mi mamá, sí. Pero no sabemos bien para quién realmente era, tal vez para mi abuela...

Sí. Eso hay. Entonces, en la fecha que yo tomé ese... esa expurga, en... Yo también soñé con una persona, un negrito, en el sueño él me decía: "Anda a tu huerta... despiértate, anda a tu huerta y cava". En mi sueño yo comen-

zaba a cavar y cavar. Al cavar, en mi sueño encontré una locita blanca y una silla.

- ¿Una silla?
- Una silla. Podría ser como una de estas.
- Chiquitita.
- ¡Ah! Chiquitita, así doradita como esta. Entonces, mientras avanzaba me dijo: “Después que termines esto, también debes cavar al pie del naranjo, también cavas allí. Y también al pie de lo que está encerrado en la bolsa de tu mamá”. Mi mamá también tenía una bolsa de herramientas en la huerta. Continuó diciéndome: “Allí al costado, también debía cavar”. Una vez cuando me desperté, miré, fui y lo hice...
- Ah, ¿Eso, lo que soñaste?
- Ah. Fui al patio de la casa y comencé a hacer lo mismo que me dijeron en sueños. Me dijo: “Ándate a hacer eso, pero no se lo digas a nadie”.

Como yo estaba mal, te digo, realmente esquelética, pensé que el sueño era un mensaje, una ayuda que no debía dejar pasar, entonces partí a cavar. Mi mamá al verme me dijo: “¿Qué vas a hacer?” Mamá, yo voy a cavar en la huerta. “¿Pero para qué?, si tú te vas a sanar, entiende que no te voy a enterrar en la huerta”. Mamá, yo tengo que ir hacer lo que tengo que hacer. Te digo, mi mamá no quería, así que tuve que contarle. Después de explicarle todo lo que soñé, le pedí que no se lo contara a nadie. “¡Bueno!”, me dijo. Tenía su palabra, así que me quedé más tranquila.

Repentinamente empezó a llover como llueve aquí. Muy fuerte, como aguacero, es que llueve horrible y en ese mismo momento comencé a cavar, tal como en mi sueño lo había hecho. súbitamente comencé a encontrar las muestras.

- No me digas.
- Igualito, igualito. Igualito como en mi sueño.
- No. Eso es imposible.

- Te estoy diciendo que algo increíble me ha ocurrido. Entonces, en eso mi padre llegó del trabajo, él es sanitario así que trabaja en la Sanidad, y apenas me vio, me preguntó: “¿Qué estás haciendo? Vete pa` la cama”. Mi mamá para tranquilizarlo le contó a mi papá y, con eso, ya eran tres las personas que sabían la historia que había soñado y que el negrito me pidió no contara.
- ¿Verdad?
- Mi mamá no debería haberlo hecho, pero él ya estaba involucrado, ¿no?, así que entonces le conté a mi padre todos los detalles: “Mira, soñé que voy a encontrar una locita, una piedrita y también voy a encontrar una silla...”. Mi papá al escuchar todo esto se puso a cavar, pensando, el muy ambicioso, que encontraría un tesoro. Al poco rato pudo ver la loza, la locita, según lo que yo había soñado. Entonces mi padre comenzó a cavar con más apuro y desesperación.
- ¿Él también cavaba?
- De puro necio se metió a cavar. Cuando ya estaba anocheciendo se detuvo la lluvia, se podía oler un fuerte aroma a tierra húmeda mezclada con el de las plantas y las flores. Todo estaba mojado, se veía poco, así que fue a la casa, trajo una vela y la puso al lado donde estaba cavando. Al rato tuvo que encender dos más.

Después le dije a mi papá que era verdad, que debía creerme. Desde ese momento que se lo dije, la tierra, con todo lo que había llovido, se volvió dura, dura, dura y supuestamente tendría que haber estado suave. Él ya no podía cavar, terminando por cansarse. Al rato desistió y se puso a cavar en el otro naranjo.

- ¿Tú ya no cavabas?
- Yo no, mi papá se metió y no me dejó hacerlo. En ese naranjo, mi papá cavaba y cavaba, y en un abrir y cerrar de ojos estaba lleno de hormigas. Toditas las hormigas le picaron. Finalmente, no pudiendo con las hormigas, casi por fuerza mayor se pasó al otro lado, al lado del entierro de mi hermanito. Había fallecido prematuramente y con una pena terrible lo habían enterrado en

el patio. Después de seguir intentándolo, mi papá no pudo, no pudo más y tuvo que desistir. Nunca pudimos saber lo que el sueño quería decirme.

En ese momento lo tenía claro, tendría que haberlo hecho yo. Yo misma tendría que haber cavado. No él, lo que él cavaba no valía. ¿No es cierto? Cuando no se pudo seguir cavando, volví nuevamente a soñar con ese asunto. Me recuerdo que antes de cavar le dije a mi mamá: “Es bueno, es bueno hacerlo, se va al infierno, esto es un demonio”. Desde esa fecha me callé, pero soñaba y luego lo sentía al lado mío. Cuando dormía, lo sentía al lado mío.

- ¿Quién?
- Lo sentía.
- ¿Como una persona?
- No sabría explicarlo. Era extraño, yo quería agarrar a alguien y no podía hacerlo, tampoco con mi tía podía fumar, yo quería fumar pero no podía. Si tú querías agarrar mi cara no podías, no podías.
- ¿Por qué?
- Porque no lo sé. No puedo explicar eso de mi vida.
- ¡Putá! Eso sí es una brujería de mala muerte.
- Algo me separaba del resto. Hasta mi papá no podía, él me quería castigar, severamente. Pero no podía, no sé qué estaba haciendo pero yo no recibí el látigo.
- ¿Ni lo sentiste?
- No. No sentí el látigo. Mi papá me castigaba, sí, pero no sentí el látigo.
- Ah. ¡My God! ¿Qué es lo que estás diciendo?
- Yo no lloraba, porque no sentía el látigo.
- ¿No sentías dolor?
- No. También cuando iba al trabajo comencé a tener problemas, tenía siempre problemas.



- ¿Ya estabas trabajando?
- Mi papá trabajaba para Sanidad. Cuando se iba surgían diversos problemas, puros problemas, sería coincidencia, no sé, al menos son cosas para estudiarlas.
- Al tiempo decidí irme y me fui hacia Norteamérica. Lo curioso es que en todo mi trayecto, al pasar por diferentes países, en la mayoría me ayudaron negritos. Ahora que vivo en Norteamérica, también todos mis papeles me los está haciendo un negro. Tal vez como en el sueño, el que intentó ayudarme.
- Así, a mí me gustan los negros. Me quisiera casar con una negra, te vas a reír, una verdadera negra. No me gustan las rubias –ella se rió.
- Ya ha pasado un año y el que me está ayudando es un negro, tiene 53 años, parece coincidencia, pero es así.
- Pero, pero eso no tiene nada que ver con la brujería.
- No. No tiene nada que ver. Pero me ayudaron todas las veces. Por ejemplo: cuando yo estaba allá, lista para cruzar de México a Norteamérica, tenía que mostrar el pasaporte, en ese momento me dieron un empujón, no sé cómo, pero pasé. Cuando me di la vuelta para ver quién fue, me di cuenta que era un muchacho, un muchacho negro, el solo vino, me empujó y pasé. Lo extraño es que en ese cruce, para poder atravesar la frontera debes dar una tremenda vuelta, ahí te pones en la cola para presentarte al primer control y mientras estaba buscando mi identificación vino ese chico y me empujó, lanzándome hacia la otra cola. Quedé sorprendida, porque allí no me revisaron, siendo que ese era el cruce más difícil de pasar y fue el más fácil en todo el trayecto.
- Bueno, me contaste una historia muy interesante. ¿Sabes que todo eso, todo lo que hablaste lo tengo grabado aquí?
- Nooo. ¡Bueno, qué le vamos a hacer!
- Sí. ¿Por qué no?



## *Cuentos del final*



*"La infinita plegaria".  
Óleo de 41 x 51 cm, 1977.  
Bertram Zupeuc.*



*“Nunca repitas la historia”.*  
*Bertram Zupeuc*





## *El maletín*

**C**omo persona ordenada, metódica, puntual y casi pedante, yo siempre tenía una alternativa, una puerta abierta, para todo lo que hacía.

Había encontrado una manera barata de viajar al Perú y a la Selva peruana. Tomaba el bus en Santiago hasta Arica y, de allí, el taxi colectivo por la frontera hasta Tacna, donde había otro bus en la tarde hasta Lima. Al día siguiente de mi llegada, compraba el pasaje de avión a Tarapoto, que siempre lo conseguía para el día siguiente. Desde ahí tomaba un taxi colectivo hasta Moyobamba, la ciudad de las orquídeas. En consecuencia, el viaje de Santiago a Moyobamba duraba cinco días en total. El regreso se desarrollaba de la misma manera, solo que a la inversa.

No me gustaba viajar así, porque nunca podía prever si el próximo tramo lo realizaría según lo programado. El bus podría quedar parado con un desperfecto o

tener otra clase de demora; en la frontera me podrían poner dificultades u objetar la radio, que siempre llevaba conmigo; el bus en Tacna podría haber cambiado de itinerario y podría haberse ido antes que yo llegara; en Lima podría no haber pasajes a Tarapoto hasta por varios días; el “colectivo” de Tarapoto a Moyobamba podría quedarse en medio de la selva con un desperfecto irreparable, lo que en realidad nunca sucedió; etc. A pesar de ello, mis viajes a la Selva peruana en diferentes medios de transporte ya se habían convertido en una rutina.

Hasta que el 5 de febrero sucedió lo del maletín.

El lunes había escuchado por radio que los campesinos de la región llamaban a una huelga general. El martes se supo que ya las principales carreteras de acceso a la selvática ciudad de Tarapoto estaban bloqueadas. El miércoles, Tarapoto quedó completamente aislada, con excepción de los aviones que llegaban y partían desde el aeropuerto. Se decía que lo mismo sucedería con las ciudades de Rioja y Moyobamba, y yo estaba en un pueblo a 15 km de Moyobamba. Decidí adelantar mi viaje de regreso a Lima, considerando que la huelga fácilmente podría durar dos semanas.

Así que el jueves a las seis de la mañana, me coloqué con mi maleta y el maletín en el camino que va a Moyobamba. No apareció, sin embargo, ninguna de una media docena de camionetas y camiones que acostumbraban hacer el transporte a la ciudad. El mismo alcalde del pueblo, que, a veces, llevaba pasajeros en su camioneta Ford 49 de doble cabina, alegaba que no iba, porque no había gasolina.

Empezaba a preocuparme. Al parecer, ya era demasiado tarde. No obstante, reflexionaba que en esta región todo se llegaba a saber por chisme de boca en boca o por la radio, y tenía la vaga esperanza que estas informaciones fuesen exageradas y que, de alguna manera, aún podría llegar a tomar el avión.

Mi preocupación, empero, seguía en aumento. Había empezado a fumar un cigarrillo tras otro. Desde donde yo estaba esperando podía ver claramente el nuevo bus de Valentín, estacionado entre las casas al otro lado del riachuelo, que cruzaba el pueblo, pero nadie se movía en sus cercanías y no había indi-



cios de que ese bus podría moverse en el futuro. La huelga ya debía de estar en su apogeo, y los “carros” no se atrevían a salir o se habían plegado a la huelga.

De repente, apareció un camión blanco con alguna gente a bordo. Se detuvo al lado mío. Subí mi maleta, el maletín y yo mismo, con alguna dificultad. Partimos.

Después de unos veinte minutos de viaje el camión empezó a producir un golpeteo amenazador. ¿Llegaríamos hasta Moyabamba siquiera?

- Se le pegó la balata –dijo Tomás, quien iba de pasajero y también era chofer.

El camión seguía andando con el golpeteo, y a pesar de él, y llegamos al cruce de la carretera “marginal”. No había huelguistas. Después del acostumbrado control de la Guardia Civil, seguimos algunas cuadras en los suburbios de Moyabamba, solo para llegar a una estación de servicio, donde el camión se quedó.

- No puedo seguir. Está malogrado –dijo el chofer y empezó a cobrar los 10 intis del pasaje.

Todos se bajaron y, de pronto, me encontré caminando con el equipaje la docena de cuadras que aún faltaban para llegar al paradero de los taxis colectivos. Nunca antes me había sucedido un percance así. Me dolían los pies y los zapatos duros me apretaban los callos. En la noche descubrí que me habían salido ampollas en los pies, algo ya casi desconocido para mí.

En la calle había normalmente una media docena de autos estacionados esperando pasajeros para Rioja o Tarapoto, no había un solo vehículo. Coloqué la maleta en el suelo cerca del letrero que indicaba el paradero y comencé a esperar, conjeturando mis posibilidades. Si no había “carros”, tendría que tomar el avión desde Rioja.

Después de un rato, llegó un auto. Me confirmó que no había servicio a Tarapoto y que él estaba yendo a Rioja.

- Te puedo llevar hasta... –y me nombró un pueblucho cerca de Tabalosos, que está a mitad de camino.
- ¿Qué podría hacer en Tabalosos? Si aún faltan 50 km para mi destino. ¿Quieres que los camine con la maleta? Y en Tabalosos me comen –ese pueblo era famoso por su gran cantidad de homosexuales y lesbianas entre la población. El chofer se rió.
- Tienes que caminar solo un poco, pagando a los que hacen el bloqueo unos 50 palos para pasar. Al otro lado hay carros de Tarapoto –me sugería.

Yo sabía que eso era imposible, porque la carretera estaba bloqueada, sobre todo en el puente de Morales cerca de la ciudad.

- ¿Qué son 50 palos?
- Cincuenta intis –me contestó.

Entretanto había llegado una camioneta llena de gente.

- ¡Tara! –gritó el chofer.

Evidentemente, había gente dispuesta a correr todos estos riesgos por la necesidad de viajar, pero yo me encontraba incapaz de subir a ese vehículo, solo para viajar unos 70 kilómetros en varias horas y para quedar botado en medio de la selva y en medio de un bloqueo de campesinos enardecidos políticamente, que cobraban peaje para su olla común a los peatones, que querían cruzar.

Ya era más de las doce del día. Estaba seguro que hoy no iba a salir de Moyabamba. Fui al Hostal Cobos, para alojarme, dejé el equipaje en la pieza, y me fui a recorrer las agencias de aviones. En Faucett me dijeron que desde Rioja no había “cupó” hasta el lunes, lo que significaría quedarme hasta por cuatro días en Moyabamba. La oficina de Aeroperú estaba cerrada. En el negocio de al lado me informaron que abrían antes de las tres de la tarde. Un vecino me dijo entonces:

- La señora no tiene hora. A veces abre a las tres, pero generalmente no viene antes de las cuatro o cuatro y media. Pero mire usted, allí va la señora de Aeroperú –efectivamente, eso parecía por el uniforme que llevaba.

Me acerqué y le pregunté por pasajes de Rioja a Lima. Me contestó, allí en la calle, que no había pasajes hasta el miércoles.

Era realmente desalentador. Para colmo, empezó a llover en ese momento.

Cansado volví a Faucett, para tomar el pasaje del lunes. Ya me había convencido que, tal vez, tendría que quedarme los cuatro días en Moyabamba, y el dinero me estaba escaseando. Me contestaron que no había pasajes hasta el sábado subsiguiente. Los del lunes ya los habían vendido en la mañana.

Regresé al hostal. El dueño, don Julio Cobos, me dijo:

- Tiene que ir al aeropuerto y tomar una avioneta. Váyase mañana temprano a las ocho, yo lo llevo.

Al día siguiente, don Julio, efectivamente, me llevó “como amigo” en su station-wagon al aeropuerto. Solo había un joven, y me senté a su lado en un banco, a esperar. Me dijo el joven que el radiooperador vendría a las nueve. Eso me dio esperanzas. Seguimos esperando. Iba llegando más gente y a mediodía ya había unas 20 personas, suficientes como para llenar unas tres avionetas. La lluvia era cada vez más fuerte, y la esperanza que llegara una avioneta, más remota. Empezaba a tiritar de frío con el viento que atravesaba la sala de espera, lo que me parecía imposible en este clima, y pensé que debía tener fiebre. El operador de radio dijo que iba a venir una avioneta, pero aún no tiene plan de vuelo. Parece que hay mal tiempo en la ruta, explicó.

Fue avistada, finalmente, una avioneta a las cuatro de la tarde. La gente empezó a colocarse en fila, por orden de llegada, en el lugar donde se estacionaría, siendo yo el segundo en la fila. Mientras aterrizaba el aparato, yo estudiaba el terreno, para ver cómo podría llegar hasta el avión sin ensuciarme

demasiado con el barro que había que atravesar. Se acercaba el aeroplano, y en el preciso momento cuando inició el viraje final, para estacionarse de lado frente a los pasajeros, estos empezaron a empujar desde atrás. Una señora se colocó a mi derecha en el mismo barro, empujándome en seguida hacia la izquierda, con lo cual perdí el equilibrio y casi me caí contra el ala del avión, que estaba girando frente a mí. Toda la gente se abalanzó ahora sobre la puerta de la avioneta, impidiendo que los de adentro pudieran bajar. Recuperando el equilibrio, encontré que era prácticamente el último en la fila.

Como los de abajo trataban de subir al mismo tiempo, la avioneta empezó a bambolearse hacia atrás, con el peligro que el CESSNA de dos motores pudiera caerse de cola. Esto hizo que el piloto saliera, para pedir que no le rompan el avión.

Yo mismo, finalmente, coloqué la maleta a bordo en la nariz de la avioneta, y me metí entre el gentío. Pero mis posibilidades de subir eran nulas, y mi alegato al piloto, que yo había estado esperando desde las 8:00 de la mañana y debería ser el segundo a bordo, se perdió completamente en el tumulto. Solo el más fuerte subía. Era la ley de la selva virgen.

El piloto, con los motores andando, prometió volver, haciéndome señas desde la cabina, y partió con sus nueve pasajeros. Ahí estaba yo parado, mojado y con barro hasta las rodillas. Estaba perplejo.

El operador de radio se había marchado diciendo que ya no vendría ningún avión después de las cinco y media y sugirió que esperara hasta entonces. Así lo hice con algunos de los otros pasajeros que se habían quedado.

A las cinco de la tarde vino un joven diciendo que necesitaba pasajeros para el regreso a “Tara” de un chárter, que había contratado, para que le trajera una partida de calcio para los pollos de una granja en la cercanía, y poder así reducir el costo del flete. Me acerqué desconfiado, y entre explicaciones y garantías que daba. El avión solo podría llevar a los pasajeros que él colocase en su lista, me puso a mí primero. Dijo que llamase a un teléfono que me dio, para confirmar la hora en la que había que estar en el aeropuerto el

día siguiente. Cuando ya había terminado su lista de nueve pasajeros, pude convencerle que me llevara en su camioneta al centro.

De regreso al hotel, me encontré con un guardia, quien también había estado en el aeropuerto. Me dijo que la avioneta con el calcio ya había llegado. En efecto, recordaba haber escuchado el ruido de esta, mientras estaba comiendo, pero lo atribuía a alucinaciones y cansancio. En el hotel llamé al número que me había indicado el joven de la granja avícola, pero la persona que contestó no sabía nada aún del avión. Fui yo quien le informó a esa persona que el avión ya había llegado. Prometió llamarme, pero yo nuevamente estaba perdiendo las esperanzas.

Al día siguiente, que ya era sábado, don Julio Cobos nuevamente me llevó al aeropuerto a las siete de la mañana junto con otros pasajeros que se habían “colado” en su station-wagon. Ahí estaba la avioneta. A las 8:00 llegó al aeropuerto “el de los pollos”, y cobraba 300 intis por pasaje. Los pilotos recién llegaron después de las nueve. Como esta vez había una lista de pasajeros, que, para mi sorpresa, “el de los pollos” hizo respetar, pude subir a la avioneta en forma más o menos ordenada, sabiendo que el copiloto guardó correctamente mi maleta en la nariz del avión, y, de pronto, me encontré por primera vez en mi vida en un aeroplano tan chico avanzando hacia la pista de despegue.

A pesar de que la pista estaba descuidada y llena de pasto, el despegue era tan perfecto y suave que no pude saber en qué momento el avión abandonó tierra. Totalmente sola y casi sin moverse volaba la avioneta en dirección a Tarapoto. Quedé perplejo, cuando ni siquiera podía descubrir alguna intervención de los pilotos, en el momento en que el avión hizo un viraje de aproximadamente 45 grados a la izquierda, recién para aterrizar en el aeropuerto de Tarapoto, el piloto tomó el “volante” nuevamente.

En el counter de Faucett me encontré con un mar humano, que trataba de hablar con el empleado. Habían cancelado un vuelo del día anterior y trataban de colocar pasajeros en los dos que tenían ese día. Por lo demás, los

pasajes estaban agotados hasta la próxima semana. En el mostrador de Aeroperú no había nadie. Nunca había visto tanta gente en ese aeropuerto y solo atiné a tomar un taxi a un hotel, preparándome mentalmente para una estadía de varios días. Parecía que, esta vez, no me quería resultar “ni una”.

Una vez instalado en el hotel, salí para comer algo, ya que ese día en Moyobamba no había probado ni siquiera un café y ya eran tres días seguidos en que vivía principalmente fumando. De paso, y como estaba en el camino, entré a la agencia de Aeroperú y, casi en son de broma y sin la menor esperanza, pedí que me colocaran en el avión de esa tarde a Lima. La empleada, que me conocía de anteriores viajes, miró al jefe, y este empezó a estudiar la lista. Estaba seguro que el jefe ni se molestaría en contestar, porque no dijo nada, y la señorita no sabía qué hacer con un tipo que repentinamente hacía preguntas inapropiadas para la ocasión. Entonces sucedió que el jefe levantó la cabeza y me preguntó si ya tenía pasaje. Confundido y compungido le mostré mi pasaje de Faucett, diciendo:

– Siento que es de la competencia.

No podía creer a mis oídos cuando escuché a la señorita detrás del mostrador decirme que tenía que sacar el endoso de Faucett. En eso, me quitó el documento y lo llenó con los datos del vuelo de ese día, ahorrándome así tener que volver para aquel trámite.

Ya estaba yo transpirando profundamente en el calor de Tarapoto y así, sin comer nada aún, me dirigí a la agencia Faucett, donde automáticamente me colocaron en el boleto el endoso a Aeroperú, ¿estaban felices de tener un pasajero menos? Agotado, pero con una especie de júbilo victorioso, volví al hotel, donde con disculpas y explicaciones anulé mi hospedaje, saqué mis cosas de la pieza y, como aún tenía tiempo suficiente, me senté en el restaurante del mismo hotel a comer dos sándwiches y a tomar un café “pasado” riquísimo en una hermosa taza de porcelana importada.

Mientras comía, saqué el boleto para revisarlo nuevamente, pero todo estaba asombrosamente en orden. ¿Era suerte? Ya hasta me había puesto supersticioso.

Volví en taxi al aeropuerto, abordé el avión y llegue sano y salvo ese mismo día sábado a Lima, de donde pude seguir viaje hasta Santiago en los días siguientes, sin mayores inconvenientes.

A las dos semanas decidí volver al Perú, y así renovar mi estadía de turista para los próximos tres meses.

El viaje se desarrollaba como de costumbre hasta llegar a Tacna, ciudad fronteriza del Perú.

Bajé del “colectivo” y caminé con la maleta en una mano y el maletín en la otra la distancia de un poco más de una cuadra hacia el terminal de buses Tepsa. Era un barrio pobre y las calles estaban llenas de vendedores ambulantes. Más allá del terminal estaba el mercadillo con puestos, donde vendían desde uvas ácidas y yuca hasta pasta dentrífica, zapatillas y adornos baratos. Entré al terminal. En el mostrador estaba la señora vendiendo pasajes. Solo quedaban asientos en el bus de las 18:30, y rogué a la señora que viera la posibilidad de colocarme más temprano. A solicitud mía, guardó la maleta detrás del mostrador. Fui al baño con el maletín en la mano, para lo cual tuve que volver a la calle. Crucé la sala y entré al baño, pasando por un pasillo al urinario.

Había mucha agua en el suelo y coloqué el maletín al lado de la pared en el lugar más seco un poco detrás de mí. Solo parecía haber alguien en una de las cabinas. Mientras estaba allí parado, lanzaba de vez en cuando una mirada al lado hacia el maletín. Calculaba mis posibilidades de tomar el bus que salía en media hora, para así llegar antes a Lima.

De repente, quedé paralizado. No estaba el maletín. Me di vuelta, para mirar bien, solo para ver algo imposible. Ahí estaba la pared y el suelo mojado, pero no había ningún maletín. Corrí al pasillo, donde estaba el chico que limpiaba los baños.

- ¿Dónde está mi maletín? –le grité. El chico miraba con ojos muy grandes.
- ¡Me robaron el maletín! –grité nuevamente, saliendo a la sala de espera.

El pánico no me dejaba pensar coherentemente. Ese maletín “Samsonite” llamaría la atención en ese ambiente de bultos, sacos, bolsas y maletas destaraladas. De una ojeada vi que no podía estar allí. El que se lo llevó no estaría allí, tampoco, sino corriendo por la calle. Salí a la calle, gritando:

– ¡Me robaron el maletín! ¡Mi maletín! ¡Se llevaron mi maletín!

La señora de un puesto, que vendía galletas, me dijo:

– Por ahí se fueron –señalando a través de la calle.

Fui en esa dirección, mirando por todos los lados, sin ver a nadie andando o corriendo con un maletín. Corrí hacia el policía en el cruce de calles y, faltándome el aliento, le grité:

– Se llevaron mi maletín con todas las cosas, pasaporte, todos los documentos, todo mi dinero. ¡Por favor, ayúdeme!

Casi no podía hablar, porque no estaba acostumbrado a esas carreras repentinas y el calor era insoportable.

– Por ahí se fueron –dijo una señora de la esquina, indicando la calle.

– Siempre se meten en ese callejón –agregó un señor, señalándolo a media cuadra.

El policía, un Guardia Civil, corrió conmigo hasta el callejón, pero no había nadie. En eso, apareció otro guardia en motocicleta. Se le explicó lo sucedido y partió, para dar vuelta a la cuadra. No volvió.

El calor, la desesperación y la sed me habían secado la boca completamente. Casi no podía separar la lengua del paladar. Estaba perdiendo las esperanzas de encontrar el maletín, y su pérdida estaba impactando mi conciencia con todo su significado. Mi viaje había sido bruscamente interrumpido, y todos los proyectos de los próximos seis meses habían sido anulados. El maletín, que me había acompañado en tantos viajes similares, contenía una considerable suma de dólares en billetes, mis dos chequeras, el pasaporte, el certificado de permanencia con la salida de Chile, la tarjeta de entrada al Perú,



la radio de onda corta con computador, los anteojos viejos, la máquina de afeitar, jabón, cigarrillos, tarjetas de visita y otros papeles diversos. Solo me quedaban los 500 intis en el bolsillo y no tenía documentos válidos.

No existía. No tenía número. Había un segundo en el tiempo, en el cual todo cambió y, de repente, estaba viviendo en otra dimensión paralela.

El policía me explicaba que seguramente los ladrones ya debían de estar lejos y que había que ir a la Comisaría, para hacer la denuncia. Me acompañó a ella.

- Aunque no es mi asunto. Porque yo soy de tránsito –dijo.
- Pero tienen que encontrar mi maletín. Estamos perdiendo el tiempo.

Yo solo atinaba a balbucear, tratando, con esfuerzo, de mover la lengua dentro de la boca reseca. Aún no podía entender que era ya prácticamente imposible encontrarlo.

En la Comisaría le repetí lo mismo al oficial de guardia, concluyendo:

- No sé qué hacer. No tengo documentos. No tengo dinero.

Una media docena de guardias en el recinto se lanzaban significativas miradas, para quedarse, en seguida, observándome compasivamente y haciendo comentarios banales. El oficial me pidió que me tranquilizara y que tomara asiento. Mientras tanto, el guardia de tránsito, que me había acompañado, le había explicado el asunto al oficial y, en seguida, se sentó a una mesa, para escribir su informe.

- Es una pesadilla y en cualquier momento tengo que despertar en mi cama, y todo esto no ha sucedido –comenté. Pensando, “¿en qué cama despertaría?”.

Ya no pude hablar más. La boca se me había pegado por la sequedad. Trataba de mojar mis labios con la lengua, sin éxito. Mis labios quedaban pegados como con goma. Se me ocurrió que debía de tener diabetes, pero, entonces, me acordé que no había tomado líquido desde las 8:00 de la mañana en el

bus que viajaba desde Santiago, y que había transpirado mucho por el calor durante casi todo el viaje mientras cruzaba el desierto de Atacama el día anterior.

De pronto, el oficial de guardia, un alférez, ordenó a uno de ellos que me acompañara al lugar de los hechos. A regañadientes el guardia me llevó al terminal de buses Ormeño.

- Esto es Ormeño. ¿Dónde queda Tepsa? –le pregunté al guardia.
- Pero me dijeron que fuera a Ormeño –respondió.
- No. En Tepsa me robaron –dije, pensando que ni por equivocación alguien podría haber mencionado la otra línea de buses.

Dos cuadras más allá, en el terminal de Tepsa, el guardia hizo preguntas a la gente. La señora que vendía galletas le estaba dando explicaciones sobre lo sucedido. Cuando vieron al guardia conmigo vino otra señora gorda, que tenía su puesto de ventas en la calle, hasta le describió a los ladrones, especialmente a uno con polera negra y con dientes de oro y con otros del medio cariaños, que era de Arequipa y que ya había estado preso.

De regreso en la Comisaría, el guardia asentó la denuncia en el libro. Me pidió que detallara el contenido del maletín. Cuando mencioné los dólares, me dijo que había que transcribir la denuncia a la PIP, Policía de Investigaciones del Perú, por ser suma importante.

- Creí que ya habían avisado a Investigaciones –dije, desesperado, por la falta de actuación.

En la PIP se repitió lo sucedido antes en la Comisaría de la Guardia Civil. Mientras daba mis explicaciones y me lamentaba a quien que estaba sentado detrás de un escritorio, una señorita escuchaba mi relato con simpatía.

- ¡Vamos! –dijo uno de ellos, y los tres agentes, dos hombres y la señorita, se fueron a la calle, haciéndome señas, que les siguiera.

Mis ilusiones no me abandonaban. En Tepsa, los tres agentes se desplegaron, haciendo preguntas a los vendedores que estaban por allí. Se repitió la declaración de la señora gorda y otras personas.

- ¡Vamos a dar una vuelta! –dijo uno de los agentes, y todos volvimos a subir al auto.

Después de andar por los alrededores, volvimos a las oficinas de la PIP.

Un joven, que había bajado del segundo piso y que no había estado antes, empezó a darme explicaciones sobre los procedimientos y, como para que me tranquilizara, me envió a buscar mi maleta a Tepsa, porque ya eran casi las seis de la tarde.

Caminé a la agencia de buses, retiré la maleta y regresé. Un funcionario me pasó un informe donde estaban los apodos de tres maleantes, e inmediatamente le dije:

- Así que ya sabe quiénes son. Pero yo a estos no los conozco. ¿Cómo voy a saber siquiera sus nombres?

El detective me explicó que esto él lo había averiguado, pero que no se les puede encontrar ahora, porque están escondidos, y que había que esperar hasta que volvieran al barrio en un tiempo más. Era lógico, pero, también, eliminaba definitivamente cualquier ilusión que yo aún pudiera haber tenido de encontrar el maletín. Firmé y le puse la huella del dedo índice en el original y en la media docena de copias, y me fui a buscar un hotel en las cercanías.

Ya había oscurecido. Recorrí varios hoteles y hoteluchos, solo para que se me contestara que estaban llenos y que no había pieza. El pueblo estaba lleno de turistas, veraneantes y contrabandistas. A las ocho, finalmente, había una pieza doble en el Hotel Lima. El recepcionista insistió en cobrarme la tarifa doble. No tenía alternativa. Tomé una ducha a oscuras, porque en el baño no había luz, saqué algunos paquetes de cigarrillos, que me quedaban en la maleta, y me fui a tomar un café, para, en seguida, acostarme completamente exhausto.

Mis preocupaciones no me dejaban dormir. Decenas de pensamientos se perseguían simultáneamente en mi cerebro. La situación en que me encontraba, de repente, me había dejado sin una salida alternativa, y mi naturaleza metódica exigía perentoriamente la planificación, por lo menos, del próximo futuro.

Calculaba que ya solo me quedaban 317 intis, lo que apenas alcanzaba a pagar el bus y los inevitables taxis. Me habían prometido hacerme una rebaja, pero ¿cuánto? En la PIP me habían indicado que la Guardia Civil me daría un certificado, con el cual podría seguir hasta Lima, donde me arreglarían mis documentos en el Consulado y en Migraciones. Y ¿qué haría en Lima? Mi amigo Dino estaba de vacaciones en alguna parte entre Argentina y Brasil. Solo quedaba Fred, quien me podía prestar algún dinero, pero él también podría estar de vacaciones en esta época. Regresar a Chile era imposible, ya que los buses estaban repletos por varios días con los veraneantes y la plata que tenía no alcanzaba para volver a cruzar la frontera. En todo caso ya no podía seguir viaje a la Selva y tenía que dejar allí todo abandonado.

Me fui a la PIP, donde me dijeron que habían hecho una gran batida durante la noche, pero no encontraron rastros de mi maletín. Me paseaba por las calles de Tacna sin atreverme a tomar un café, hasta que abrió sus puertas el Banco de la Nación, donde compré un formulario especial. Lo entregué, en seguida, en la Comisaría de la Guardia Civil, donde me dijeron que volviera en la tarde. Solo después de explicarles que el bus se iba a la una y que no podía quedarme más, por falta de dinero, y con la intervención del alférez, quien conocía mi caso, me dijeron que volviera a las diez de la mañana.

Me fui, en seguida, a Tepsa. Después de regatear y alegar mi falta de dinero, rebajaron el pasaje de 281 a 230 intis. Ya podía comer un sándwich, por lo menos, y me fui a “El Trébol”, un pequeño restaurante de tres mesas, que está en una calle detrás de la agencia de buses y donde en otras ocasiones comía, mientras esperaba la salida del bus.

Me atendió la señora, preguntándome, en seguida:

- ¿Ya encontró su maletín?
- ¿Usted también sabe lo del maletín? –exclamé con sorpresa.
- No, no lo encontramos. Mejor ni mencione el maletín.

Le pedí un sándwich de queso y un café. Mientras comía, vino el marido, que tiene un ojo malo, y, también, me preguntó sobre el maletín. Parece que habían presenciado parte de mis peripecias del día anterior, y les conté los detalles y lo que me robaron y que yo prácticamente no existía, porque no tenía documentos ni dinero. En eso, me rectifiqué, sacando mis últimos billetes del bolsillo, para mostrárselos, diciendo:

- Pero no se preocupe. Aún tengo para pagar la cuenta.

Seguimos conversando. Habló sobre los ladrones, que ahora estaban en la ciudad, y la situación en general. Cerca de las 10:00 le pedí la cuenta:

- ¿Cuánto es?
- No es nada –me contestó. Quedé mirándole, sin comprender.
- No, no. Si le puedo pagar –insistí, sacando el dinero.

El solo repitió:

- No debe nada. No es nada.

Consideré que mi situación era lo suficientemente desesperada, y le di las gracias varias veces. Me dijo que volviera en la tarde. Salí, finalmente, con lágrimas en los ojos. Yo tenía lástima de mi mismo y la situación en que me encontraba. El hombre de “El Trébol”, quien tiene un ojo malo y un pequeño negocio, el cual no parecía andar bien, no me tenía lástima. Simplemente trató de ayudar.

Volví a la Comisaría. El alférez, al verme entrar, fue a su escritorio, firmó algo y se dirigió a mí, dándome el certificado de denuncia:

- Con esto puede viajar a Lima.
- Gracias –le dije. Del maletín ya no se hablaba. Ya era imposible encontrar

un maletín robado en esta ciudad. Y si lo encontrasen, estaría roto y sin nada adentro.

Con el aumento de la temperatura del día, ya me estaba molestando la sed nuevamente, y tomé una “chicha morada” en un boliche cercano. Todo era inútil. Entre los agentes de la PIP mal pagados y los ladrones estarían repartiéndose ahora mi plata, pensé.

Cerca del mediodía hice la maleta, la entregué en custodia en la recepción del hotel, y fui a deambular por las calles de Tacna, hasta que saliera mi bus. En la Avenida Bolognesi me senté en uno de los bancos y observaba a los traficantes de divisas. Pensaba que mis dólares podrían perfectamente estar repartidos ya entre ellos ahora. Lo peor era que tenía que llegar luego a Lima, para anular los cheques que me robaron. Probablemente los ladrones eran medio analfabetos y no sabrían qué hacer con esos papeles. Con todo, veía mi maletín destrozado en un basural con todos los papeles volando al aire. Solo faltaba la radio. Me imaginaba que los dólares aún estaban en el bolsillo, donde los ladrones sacaron el pasaporte y otros documentos, sin percatarse necesariamente del fajo de billetes que estaba más abajo. Y, en otro momento alucinante, veía el maletín parado al lado de mis pies, como de costumbre.

Tenía que olvidarme del maletín. Tenía que pensar en el futuro. Esperaba que mi amigo Fred no estuviera de vacaciones. Calculaba que Fred estaba construyendo su nueva casa y que no tendría ni dinero suficiente ni tiempo para ir de vacaciones.

Para comer algo, regresé al restaurante “El Trébol”.

– Pero esta vez voy a pagar –le dije al hombre del ojo malo.

Me ofreció un bistec. Acepté a regañadientes. Tenía que comer algo más contundente. El hombre del ojo malo se sentó a mi mesa y, mientras yo comía, seguíamos conversando. Me contó que a un canadiense le había ido peor. Le habían atracado en plena calle de a tres y a plena luz del día. Estaba con su mujer y una hija, y solo le dejaron alguna ropa puesta, y ni siquiera

tenía el relativo consuelo de los 500 intis, que había tenido yo. En seguida pensé que era una suerte que yo no me haya percatado del ladrón, de lo contrario, ahora estaría muerto, o tal vez, en el mejor de los casos, en un hospital con un cuchillazo en el estómago.

Cuando tenía que irme, el hombre de “El Trébol” otra vez no quería cobrar-me. Después de un breve tira y afloja, le di nuevamente las gracias. Solo me pidió que le escribiera, para saber cómo me había ido. Se lo prometí.

En ese momento vino la señora gorda he insistió que no me fuera.

– Tiene que quedarse. Allí están, en “El América” chupando.

Ella quería que me fuera a un boliche del frente para enfrentarme con los ladrones y recuperar así mi maletín. Yo no estaba del todo seguro de lo que ella decía.

– ¿Para que me metan un cuchillo en el estómago? –le pregunté.

El bus partió a las seis de la tarde. Al pasar por la PIP, tuvieron que bajar los extranjeros para el acostumbrado control. El joven detective de robos a cargo de mi caso estaba de guardia en la puerta con una metralleta en la mano.

– Ahí están en un restaurante frente a Tepsa, “El América”, allí están tomando –le dije, repitiendo lo de la señora gorda. Solo me miró, sin decir nada.

Entré para el control, mostrando el papel, que me habían dado en la Comisaría, y volví a subir al bus. Estaba en camino a Lima, fumando un cigarrillo tras otro. La noche la pasé recitando inocentemente el número de teléfono de Fred, hasta que, de pronto, me di cuenta de ello. Pensé que, sin duda, yo ya había perdido el juicio.

El sábado en la tarde, antes de llegar a Cañete, el bus se paró a un lado de la carretera. Algo se había roto en los cambios. Pensé que esto no podía ser casualidad. Después de una hora de reparaciones seguimos a Lima. Tenía 30 intis, aproximadamente un dólar y medio, en el bolsillo.

Tomé un taxi, alegando que no tenía más de 20 intis, porque me robaron y que el hotel estaba cerca en el centro. Me llevó. En el camino, el chofer me preguntó qué me había pasado, y, cansado, con sed y la rabia aumentando, se lo conté, recitando como una plegaria todo lo que había en el maletín. Llegamos al hotel, bajé mi maleta, y le pasé los 20 intis.

- No. No es nada –me dijo. Quedé estupefacto.
- ¿Qué? –exclamé.
- No le voy a cobrar. Otro día me paga, cuando nos encontremos –me contestó.

Quedé mirándolo, perplejo. Ya me volvían las lágrimas a los ojos. Mis nervios estaban definitivamente rotos y estaba agotado.

- Cuidado con la maleta –me dijo el taxista.

La maleta se había quedado sola en la vereda. Guardé los billetes, agarré la maleta y, dándole las gracias varias veces, le prometí pagarle el doble la próxima vez. El taxi se alejó. Entré al hotel.

En recepción tomé el teléfono y llamé a Fred. Fred contestó el teléfono. Era el único amigo que me quedaba en el Perú.

¿Lo era? Sí. Pero no era el único. Estaba también el señor Francisco Carrasco de “El Trébol” en Tacna, que tenía un ojo malo, y, también, estaba el chofer de taxi en Lima, quien era de Huanuco y quien no tenía nada que ver con la coca, cuyo nombre nunca llegué a saber.

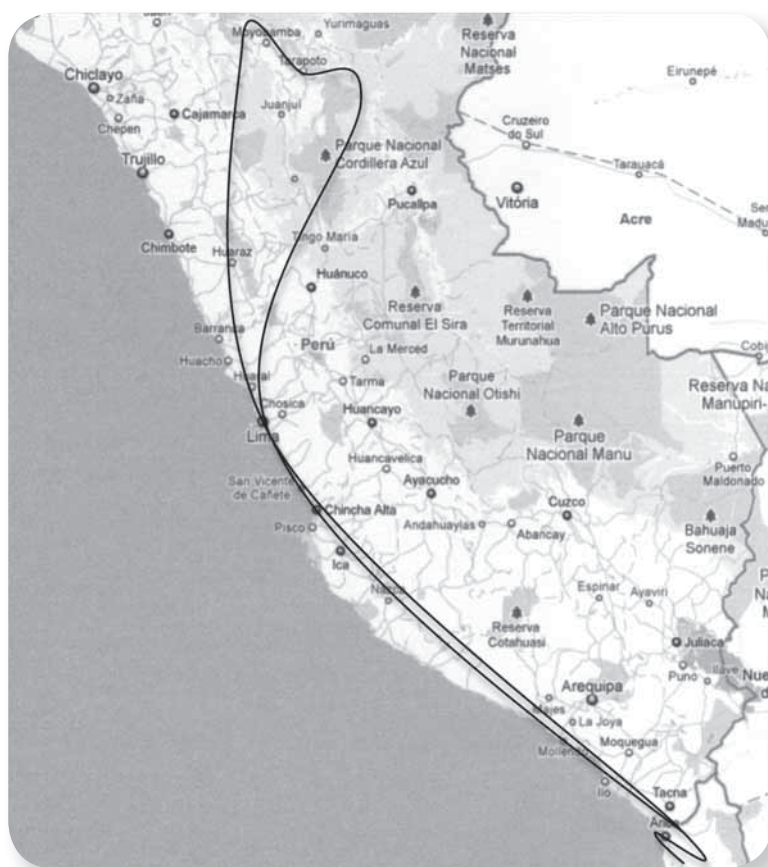
Y ahí estaba Dino, quien no podía ayudarme, simplemente, porque él no estaba en el Perú siquiera. Llegó 15 días después. Me invitó a comer mi comida favorita, panqueques en el “Palachinken”. Cuando le conté mis peripecias, me ofreció dinero, inmediatamente.

- Llegaste tarde –le dije sonriendo.



# *Perú*

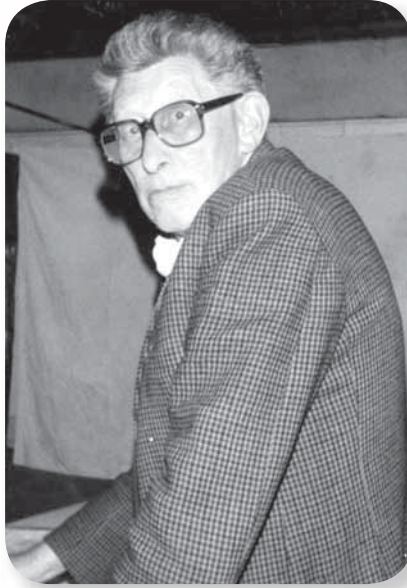
## *1980-1990*



Cuentos del final

Rutas entre Santiago y Moyobamba.





## *Nueve días secuestrado por los extraterrestres*

—¿Qué le pasa, señor?  
Esa bella señorita me estaba sonriendo amablemente.

— No sé cómo decirlo

Cómo le voy a explicar a esta bella muchacha, una mujer, que desde hace dos días no puedo orinar, a pesar de que tengo cada vez más ganas de hacerlo, hasta tal punto que esta noche que recién pasó, casi me volví loco de dolor. Cada veinte minutos tuve que levantarme de la cama con ganas de ir al baño y... nada.

Estaba hinchado como un aerostático. No podía explicarme tal cosa. Estaba embrujado. Esta era la única explicación posible. Era clara señal de brujería.

¿Quién será? Pensé. ¿Quién me tiene mala a tal punto que me embrujara de esta manera?

Y, ahora, ¿cómo le explico esto a una hermosa muchacha que está frente a mí sonriéndome, como para animarme a contarle dónde me duele? A pesar de mi edad avanzada, me puse colorado de vergüenza.

– No lo va a creer, señorita. No puedo orinar –dije finalmente.

Tuve que decírselo. No tenía otra salida, y ella era mi única esperanza, aunque yo no tenía la menor idea qué podría hacer ella al respecto.

– ¡Oh!

La sonrisa de la bella enfermera se hizo más amplia aún, como si recién hubiera contado un chiste.

– Usted se ríe. Yo, en cambio, no tengo ganas de reírme. A mí me embrujaron, creo. Es una vergüenza.

– Váyase al lado, bájese los pantalones y acuéstese en esa cama.

Ella pronunció estas palabras sin más preámbulo y como si esto fuera lo más natural del mundo. Sorprendido obedecí, me fui a un pequeño recinto al lado, me bajé los pantalones y, con el corazón en la mano, me acosté en una camilla negra que allí había cubierta de una sábana. Y ya estaba ella a mi lado.

– ¡Bájese el slip! –me dijo en tono terminante. Yo vacilaba.

– ¿Qué me va a hacer? –le pregunté.

– Sacarle el pipí, desde luego- fue su respuesta sorprendente, como que esto fuera lo más sencillo del mundo.

– ¿Tan fácil como eso? –atiné a balbucear sinsentido.

– A ver el slip. ¡Más abajo! –fue su único comentario.

Obedeciendo la orden perentoria de ella, bajé finalmente mis calzoncillos hasta las rodillas, mirando al cielo y dejando mis órganos genitales externos descubiertos para el escrutinio de esta bella mujer. Ella tenía una bandeja de aluminio en la mano.

- A ver. ¡Levante el popi! Va a hacer frío –y ya tenía la bandeja helada debajo de mis nalgas, las que forzosamente se apoyaban en ella.

Y, de pronto, sentí sus manos en mis genitales, como jugando con ellos. Lo hacía con tanta naturalidad, como si se tratara de mi oreja o de mi brazo. Sentí que algo se estaba introduciendo por allí en mi interior casi hasta el fondo, y entonces empecé a sentir un tremendo alivio. La orina estaba saliendo por una sonda que la enfermera me había introducido. Tan fácil como eso. Y, a mí, esta posibilidad ni se me había cruzado por la mente. Al principio, ella se quedó a mi lado, cuidando que todo marchara bien, y después se fue a hacer otras cosas.

A los quince minutos volvió. La orina seguía escurriéndose ya más lentamente. Ella me puso su mano en el pubis apretando mi abdomen sobre la vejiga suavemente, por aquí y allá, para que saliera toda la orina. Entonces, dijo:

- Cinco litros –procedió a sacarme la sonda lentamente –Ya puede vestirse
- Ella desapareció con bandeja, orina y sonda. Yo me sentía como nuevo, aliviado. Me vestí, y cuando aparecí en la oficina de al lado, ella ya estaba sentada en el escritorio con un lápiz en la mano y me preguntó:
- ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? –yo contestaba sus preguntas y ella hizo sus anotaciones. Luego, dijo:
  - Ya puede irse. Si no viene nada, tendrá que volver en dos días a más tardar.
  - Sí, señorita. Usted me salvó la vida. ¿Cuánto le debo? –pero, ella solo sonrió brevemente y se dio vuelta para atender a otra persona que había venido con otro problema de salud.

Perplejo por lo que me había sucedido, me fui caminando a la casa.

Como efectivamente no me venía orina en absoluto, tuve que volver al hospital a los dos días, donde, nuevamente, esta vez otra señorita, aún más hermosa que la anterior, repitió la operación de sacarme la orina con una sonda que ella introducía por mi pene. Después, previa consulta con el médico, me introdujo una sonda “Foley”. Este sorprendente “artefacto” consistía en una

sonda que estaba dentro de mi cuerpo hasta la vejiga, sobresaliendo de mi pene un tubo de goma en cuyo extremo había una bolsa, en la cual se acumulaba la orina. La enfermera me explicó que cuando llegara a la mitad, debía vaciarla a través de una válvula, cuyo funcionamiento también me explicó.

- Pero, se me va a salir –dije.
- No se sale. ¡Levántese y vístase ya! –contestó ella y salió, solo para volver en seguida y viéndome parado allí tratando de colocar la bolsa dentro de mis calzoncillos, agarró el tubo que pendía de mi pene y, tirando de él, dijo:
- No sale. ¿Ve? Puede usted llevar una vida normal.

Durante toda la semana estaba pensando en estas últimas palabras de la enfermera. ¿Una vida normal? ¿Nunca nadie le hacía el amor a esa chica?

Finalmente, el Dr. Canelo me dijo que tenía que ser operado y decidimos que yo fuera al hospital de la “Católica” en Santiago, que yo creía el mejor hospital de Chile. Él me dio algunos consejos y unas indicaciones por escrito. Después de haber pedido hora por teléfono desde Pichilemu, tomé el bus el lunes en la mañana y a las 14:50 horas de la tarde se abrió la puerta de la consulta del Dr. Pedro Martínez, urólogo, en cuyo momento empezó a cambiar mi vida por completo.

El Dr. Martínez me recibió con una sonrisa chueca, casi sardónica, invitándome a sentarme. Sin embargo, de inmediato vi que tenía mucha suerte. Me di cuenta al instante que ese médico era el mejor urólogo de Chile. Solo mucho más tarde supe cuán equivocado estaba.



El Dr. Martínez, sin más trámite, me tenía acostado en una camilla con los pantalones abajo y su dedo en mi recto. En seguida me dio una orden de internación al hospital, con la cual me fui a “Admisión”, donde por más de dos horas estuve discutiendo el problema de que yo no tenía un cheque en blanco, que el hospital me pedía, porque no tenía cuenta en ningún banco. Como gran excepción se me permitió, finalmente, dejarles todo mi dinero, con la advertencia de que tendría que agregarle más, tan pronto los gastos sobrepasaran esa cantidad. Entonces me enviaron al 4º piso de lo que yo aún creía que era un hospital.

Me internaron, asignándome una cama. Tuve que desvestirme completamente y me colocaron la indumentaria del César. En efecto,

mirándome en el espejo del baño, parecía el César en persona, solo que, con esa sonda “Foley” colgando de mis genitales, no me sentía en absoluto como un emperador. Ya en la cama, de inmediato dos hermosas enfermeras me tomaron el pulso, la temperatura y la presión.

A los 15 minutos me enviaron al 2º piso, donde me tomaron radiografías del tórax. De regreso en mi cama, un médico “interno” me preguntó un sinnúmero de datos sobre enfermedades pasadas mías y de mis familiares, hasta que le dije:

- Usted me pregunta más que Investigaciones –el solo sonrió y siguió preguntando.

En seguida vino una hermosa mujer con un aparato muy extraño. En un santiamén me hizo un electrocardiograma. Me dejó perplejo. Luego me trajeron un jarro con agua.

- ¡Tome! Tiene que tomar esto –me dijeron las enfermeras.

Me llenaron de agua, para en seguida enviarme de nuevo al 2º piso.

- Pero si ya me tomaron radiografías –protestaba yo en vano.

En el segundo piso entré en un recinto que por fuera tenía un letrero que decía “Ecografía”, lo que para mí era un enigma. Ese recinto de terráqueo no

tenía nada y es allí donde por primera vez empecé a sospechar que algo raro estaba sucediendo alrededor mío. Me recibió una muy bella mujer y me invitó acostarme sobre una cama, a cuyo lado había un televisor.

– ¡Súbase ese traje! –me dijo la mujer.

A pesar del continuo manipuleo de mis genitales por las enfermeras, sentí vergüenza frente a esa mujer hermosa, pero me subí la túnica del César hasta el ombligo, dejando mis genitales al aire, para el escrutinio de ella. Curioso, levanté la cabeza para ver qué se podía ver en el televisor.

– ¡No levante la cabeza! –me dijo.

En seguida, sentí algo frío en el mismo pubis. Sorprendido levanté la cabeza de nuevo y vi que ella me había colocado allí una simple bola de metal. Mientras bajaba la cabeza de nuevo, ella decía:

– Tiene usted una próstata muy grande.

Sentí algo de orgullo al escuchar estas palabras, pero, al mismo tiempo, estaba pensando que esa mujer me estaba escudriñando no solamente los órganos genitales externos, sino también los internos, y ella podía ver todo lo que tenía dentro de mi cuerpo.

– Grado dos –comenté lo que había escuchado decir a uno de los médicos.

– Es grado tres –me corrigió ella.

– La próstata tiene tres lóbulos. Los médicos solo pueden palpar dos de ellos mediante el tacto rectal. Yo veo el tercero que está encima de la vejiga.

Sentí algo extraño en el estómago, una debilidad, como que quería derretirme, al comprender que ella podía ver todo lo que yo tenía dentro de mí. Ella seguía moviendo la bola fría de un lado a otro sobre mi pubis observando mis genitales internos en el televisor. Finalmente, dijo:

– Ya puede irse.



Dándole las gracias, salí del recinto extraterrestre caminando un poco hacia atrás, tratando de no darle la espalda a esa mujer tan extraordinaria.

De regreso en mi cama en el 4º piso, de inmediato me tomaron el pulso, la temperatura y la presión, de nuevo. Entonces, se me afirmó aún más mi convicción de que en este “hospital” algo muy raro, algo inhumano, estaba sucediendo. En solo dos horas desde que llegué me habían hecho a mí, quien nunca había estado en un hospital o en un chequeo médico, todos los exámenes que pueden hacerse a un ser humano, excepto un encefalograma y un análisis de sangre. La sangre me la sacaron tan pronto abrí los ojos en la mañana siguiente. De pronto, yo era la persona más controlada del mundo, cada respiro, cada gota de orina, cada movimiento mío estaba controlado, medido, contado y anotado. Y, entonces, me dije:

Bertram, ¡eres un idiota! No te has dado cuenta que estás en el mejor hospital de Latinoamérica.

Ya al día siguiente me había convencido, y así se lo dije a los demás pacientes, que esto no era siquiera un hospital, sino un “hotel de 7 estrellas”. Las dos estrellas adicionales estaban en el mismo Departamento de Urología. Seguramente, tanto mi médico, el jefe de Urología, el Dr. Pedro Martínez, como ese hombre hermoso, que me di cuenta debía ser el “Número Dos”, estaban en el “Sinai”, como yo llamaba el “Hospital Mount Sinai” en Estados Unidos, que, en mi opinión de ignorante, era el mejor hospital del mundo. Algunos días después le pregunté sorpresivamente al Dr. Velasco, el “Número Dos”:

- Dígame, doctor, ¿usted estaba en el “Sinai”? –me miró, sorprendido por la pregunta, y contestó:
- Sí.
- ¿Y el “Viejo”? –refiriéndome a su jefe.
- Sí. También.

Al terminar el cuarto día, el jueves, después de que me operaron, lo que a mí no me constaba y solo lo sé porque me lo habían dicho, llegué a la conclusión

inamovible que yo era un cretino estúpido, porque no me había dado cuenta antes que mi médico era el mejor urólogo del mundo.

Y él trabaja solamente con los mejores, desde luego, como por ejemplo, aquella mujer. El día anterior a la operación, el miércoles, a las 11 de la noche, cuando todo el mundo está en su casa descansando y viendo televisión, me sorprendió una mujer extraordinariamente bella, vestida de verde, la que pronunció mi nombre al entrar. Dijo que era mi anestesista y vino a informarse personalmente sobre el estado en que se encontraba el paciente que ella tenía que anestesiar al día siguiente. Me preguntó algunas cosas, conversamos un rato y se fue. Este solo hecho me dejó perplejo.

Al día siguiente, una bella enfermera me afeitó el pubis, como si yo fuera mujer que iba a dar a luz. ¡Qué experiencia! Hasta nos reímos a carcajadas. Alrededor del mediodía me bajaron en una camilla por los pasillos y ascensores al tercer piso, donde se abrió una puerta y me empujaron a un pasillo metálico idéntico a un recinto de una astronave de aquella película “La Guerra de las Galaxias”. Un extraterrestre vestido de verde, desde luego, me colocó un gorro en la cabeza y, en seguida, me ingresaron sobre esa camilla a otro recinto, el cual sí era totalmente extraterrestre y que ellos humildemente llamaban “pabellón”.

- Hasta el sonido es diferente aquí –se me salió.
- Que tiene buen oído usted –comentó otro extraterrestre, que me recibió en ese recinto. Este solo me confirmó que ya no estaba en la Tierra, sino probablemente en una astronave que está dando vueltas alrededor del planeta Marte, porque hacerlo alrededor de la Tierra, que sería más económico, era demasiado peligroso por toda la chatarra de satélites que los humanos tienen volando alrededor de su planeta.

Tuve que pasar de la camilla en que había llegado a la “mesa de operaciones”, donde te meten el cuchillo. Asombrado, miraba a diestra y siniestra, observando como números y letras de todos los colores del arco iris ilumina-

ban las paredes llenas de aparatos y artefactos nunca vistos y de la más extraña configuración, prendiendo y apagándose intermitentemente.

De pronto apareció aquella hermosa extraterrestre que me había visitado la noche anterior. Por mi posición, solamente pude verla al revés, de cabeza, pero pronto se colocó a mi lado, me sonrió brevemente y, sin hacer caso a mi tentativa de seguir nuestra conversación de anoche, me pinchó en el antebrazo izquierdo con una aguja, para en seguida desaparecer. Y no la he visto más. Estaba seguro que ella estaba detrás de mí en algún rincón de ese quirófano observando a su “cliente”, al que estaba anestesiando. Mi anestesia iba a ser parcial, de modo que estaría consciente durante toda la operación. Solo recuerdo que después de un rato ella me pidió que moviera el dedo gordo del pie izquierdo, lo que me era absolutamente imposible, me di cuenta, a pesar del esfuerzo que hice por satisfacer una petición de esa bella mujer, aunque creo que ella estaba muy satisfecha con mi incapacidad de satisfacer su deseo.

Yacía yo en esa mesa de operaciones solo, cómodo, calentito, acostado en una posición muy agradable esperando que algo sucediera de un momento a otro. Creo que en mis 68 años de vida no estaba más cómodo y casi feliz que en esa mesa de operaciones, donde lo normal es tener miedo al cuchillo que en cualquier momento te meten en el cuerpo. Pero nada sucedió. Aburrido, seguía observando como se prendían y apagaban luces y números en colores en las paredes a mi lado. Ya impaciente por la falta de actividad alrededor mío, después de lo que me parecieron 20 minutos (me habían quitado tanto el reloj como los dientes postizos), levanté la cabeza un poco para mirar hacia delante y vi, para mi sorpresa, que había una cortina sobre mi estómago, de modo que no podía ver qué había más allá. Sin embargo, gracias a mi curiosidad, pude ver encima de la cortina la coronilla de un hombre. Vi la coronilla inconfundible de mi médico, el Dr. Pedro Martínez. Es la única prueba que tengo que él siquiera estaba allí, porque ni al llegar ni al irse me saludó.

Yo creía que ahora sí que va a empezar la función, y ya se me contraían las entrañas en espera del primer pinchazo. ¡Qué desengaño! Cinco minutos más tarde me sacaron en la camilla del pabellón y me colocaron en una sala

de al lado, tan extraterrestre como la primera, en “recuperación”, donde por lo menos sucedía algo. Hermosas enfermeras me tomaron el pulso, pero viendo que estaba bien, para mi decepción, me abandonaron luego. Me dejaron solo, y de aburrido debo de haberme quedado dormido. Finalmente, me sacaron de allí y me llevaron de regreso a mi cama en el 4º piso. Eso fue todo. A mí no me consta que me hayan operado. Solo sé que, cuando me sacaron esa sonda dos días después, yo podía hacer pipí mejor que antes.

Muchos días después, el “Número Dos”, el Dr. Alfredo Velasco, me explicó que la operación misma duró 2 horas y en “recuperación” estuve 3 horas, o sea, un total de 5 horas, cuando yo creía que todo duró solo 2 horas. Él me explicó que me habían “drogado”, de modo que mi noción del tiempo había sufrido una alteración y que yo de algunas cosas me acuerdo y de otras no. A mí no me consta que haya estado sentado ni por un breve momento siquiera para que alguien pueda colocarme una anestesia raquídea en la columna. Vaya a saber dónde me puso esa hermosa mujer la aguja en la columna. No hay rastros ni dolor de ninguna especie. Nunca más pude encontrar el lugar donde me pinchó en el brazo. Es extraterrestre. Es la única explicación. Aquí ya no se puede hablar de excelencia, siquiera. Tanto la operación misma, la más dolorosa de todas en el mudo, como la anestesia, que solo era parcial, porque yo estaba consciente durante todo el tiempo, brillaban por algo más que por su excelencia. Era magia.

Pero esto no es todo. No me consta que el Dr. Pedro Martínez me haya operado de la próstata, solo sé que ahora estoy funcionando normalmente. Lo que sí me consta es que ese médico, al parecer, también es neurocirujano, porque, al mismo tiempo, parece haberme operado del cerebro, cambiando mi hipermnesia en amnesia, para que ya no me acuerde tanto de las cosas malas en este globo terráqueo, donde los seres humanos cometen tantas atrocidades, que yo mismo me he convencido que es imposible que yo sea un ser humano y que debo de ser de otro planeta, también. Al mismo tiempo, ese doctor me abrió los ojos con un tratamiento psiquiátrico. De pronto, y completamente sorprendido, veo también las cosas bellas y hermosas que hay al-

rededor mío, las que antes no veía, abrumado por las cosas feas. Además, con un tratamiento psicológico me quitó esa maldita depresión de varios años y literalmente la convirtió en euforia.

Ya antes había llegado a la conclusión que mi médico era el mejor del mundo. Sin embargo, algunos días después de que me dieran de alta del hospital, caminando por la calle, de pronto, me quedé parado en seco, helado. Se me había iluminado la mente. Mi médico se llamaba Pedro Martínez, o sea, que en primer lugar era judío español. Pero también se llamaba Pedro. ¡Qué casualidad! A mí me operó de la próstata el mismo San Pedro, el “Viejito Pascuero”. ¿Sabe usted, que lee estas líneas, cuánto me cobró por sus servicios de médico? ¡NI UN CENTAVO! Y solo San Pedro es capaz de hacer todo lo que hizo ese Dr. Pedro Martínez, por lo menos, conmigo.

Volviendo al principio, ya al segundo día después de ingresar a ese “hospital” se me había olvidado mi propia enfermedad. Yo nunca antes había estado en un hospital “por dentro”, y con los ojos desorbitados de asombro miraba de un lado a otro observando qué estaba sucediendo alrededor mío. Nunca en mi vida de soldado alemán o de gerente de una empresa he visto una disciplina más férrea. Pero era, además, una disciplina que se entendía por sí sola. Nunca oí un solo grito u órdenes de ninguna clase. Era una disciplina sobrenatural. Y me llegaron las lágrimas a los ojos al ver la dedicación con qué las enfermeras curaban, por ejemplo, las heridas de “don Samuel” que no querían sanar, porque él tenía diabetes. Yo no podía creer a mis ojos lo que veía. Es posible que allí ya empezara parte de mi transformación, se me abrieron los ojos de pronto y vi que no todo es malo y podrido en esta “humanidad”. Yo ya había oído hablar mucho de esos “Medicins sans Frontiers”, y aquí estaba en medio de ellos. Y entonces me di cuenta que, en realidad, esas “enfermeras” no eran humanas. Ellas hacían lo que ningún ser humano es capaz de hacer. Forzosamente, entonces, tenían que ser ángeles. Vi que los ángeles no están en ningún cielo, sino que están aquí abajo entre nosotros ayudando a los enfermos y decrepitos. Trabajan 12.5 horas en dos turnos. Nadie tenía que explicarme para qué era esa media hora de “exceso”. Era evidente. Era

la media hora que las enfermeras necesitan para entregar el turno a las que siguen. Durante todo el día van de cama en cama, midiendo, contando, curando, colocando vendas y sonriendo siempre, contestando todas las preguntas estúpidas de los enfermos, preguntas que en la mayoría de los casos no pueden tener respuesta alguna. Incluso en sueños sentía que había algunos angelitos revoloteando alrededor mío, tomando el pulso, la temperatura y la presión. Y siempre están a tu lado cuando las llamas. Por equivocación, en dos oportunidades toqué el timbre, en lugar de prender la luz, e instantáneamente (si usted no sabe qué significa instantáneo, busque en la guía de teléfonos) estaba a mi lado uno de esos angelitos preguntándome qué deseaba y dónde me dolía, dejándome tan perplejo que no sabía como pedirle perdón por haber cometido el error de haberla llamado.

Desde el principio, viendo las caras largas de los pacientes y tratando de sacarles sonrisas a las enfermeras y aliviarles un poco la diaria rutina, les hablaba de los ángeles y los extraterrestres, que eran los médicos. Estos últimos no eran difíciles de inventar, porque la mayoría andaba de verde, igual que marcianos. Conseguía de esta manera en parte que los enfermos se olvidaran un poco de sus dolencias. Una vez, a un enfermo recién operado tuve que pedirle que se domine y no se ría tanto, porque le dolía la herida de la operación (una hernia) de tanta risa. Me sorprendió que los médicos, escribiendo y concentrándose en lo que en ese momento estuvieran haciendo, también escucharan las “tonterías” que yo hablaba con esa voz estentórea, y, de repente, me hacían algún comentario. Generalmente, no aguantando ya la cama, me iba paseando de cama en cama hablando con los enfermos de cualquier cosa, distrayéndoles. A todos les dije que aquí son pacientes y no deben ser impacientes, ya que están cómodamente instalados en un hotel de 7 estrellas, donde hasta la comida la traen a la cama, del cual no podrán salir mientras el médico, que, desde luego, es un extraterrestre, tenga la menor duda con respecto a su salud. En todo caso, saldrán mejor de lo que estaban un año atrás. No hay duda alguna que los que aquí en la Tierra pasan por médicos deben de ser extraterrestres, porque no conozco ningún ser humano que sea

capaz de hacer lo que ellos hacen, sin tomar en cuenta que el estudio de la Medicina es el más difícil, largo y costoso de todos. Tienen sobre sus hombros permanentemente la enorme responsabilidad de la vida humana. Ellos están aquí en la Tierra para corregir los errores que Dios ha cometido al “fabricar” el ser humano. Yo mismo terminé por creer en mis propias prédicas.

Que las llamadas “enfermeras” tenían dotes sobrenaturales era evidente para mí ya el primer día, cuando me coloqué al lado de la ventana abierta para fumar un cigarrillo. Yo estaba acostumbrado a fumar entre 30 y 40 cigarrillos al día, todos los días, desde hace medio siglo. Tan pronto hice la primera “chupada”, escuché detrás de mí:

– ¡Usted no puede fumar aquí!

No había escuchado sus pasos y, con el susto, me di vuelta bruscamente. Tenía frente a mí a una bella enfermera que levantó una mano, agarró mi cigarrillo, quitándomelo, lo mojó en el agua del lavabo que estaba al lado y lo botó al tacho de basura que estaba debajo, y se fue. Una hora más tarde, cuando ya no aguantaba más y habiéndome cerciorado previamente que ella o ninguna otra enfermera estuviese a la vista siquiera, repetí la operación. Tomé un cigarrillo y prendí el encendedor. Es todo lo que alcance a hacer, porque escuché a mis espaldas, como por arte de magia:

– ¿No le había dicho que no puede fumar aquí?! Le voy a acusar al doctor.

De un salto me di vuelta y allí estaba ella, levantó la mano, me quitó el cigarrillo y, viendo que aún no estaba prendido, lo botó a la basura de inmediato y en forma terminante. Ella no dejaba duda alguna de quién manda aquí, y yo tuve que agachar la cabeza un poco avergonzado ante la hermosa chica que pudo haber sido una de mis hijas. ¿Cómo sabía ella, que no podía verme, que yo iba a prender un cigarrillo?

Una hora más tarde, efectivamente, vino a hablar conmigo un médico, a quien posteriormente reconocería como el “Número Dos”. Me explicó que es imposible que yo fumara “aquí”, etc., y si yo no podía aguantar, que hablara con la “enfermera jefe”, para que me diera permiso de fumar en el

baño. Esa “enfermera jefe”, una hora más tarde, vio mi paquete de cigarrillos en el velador, dijo:

- Aquí no se puede fumar –y agarró el paquete y se lo llevó.

Con todo, había sucedido algo que no me había pasado en toda mi vida. A raíz de las palabras de ese médico, de pronto, me di cuenta que para ellos era muy importante que yo no fumara. Y no fumé. Aun yo mismo no puedo creerlo. No fumé durante seis días consecutivos absolutamente ningún cigarrillo. Simplemente era incapaz de engañar a aquella persona que no hace otra cosa que tratar de sanarme a mí de una enfermedad, y me habría sentido pésimo, con la conciencia mala.

Pocas veces me he divertido tanto como aquellos nueve días que estaba secuestrado por los extraterrestres. Me sucedía una anécdota tras otra. Un día, incluso, le pregunté a un médico:

- Dígame, doctor, usted está siempre aquí, me atiende también, y ni siquiera sé su nombre. ¿Cómo se llama?
- “ET” –me contestó.

Nunca supe su nombre, ni después tampoco. Pero la respuesta que me dio, para mí valía mucho más.

A otro le dije un día:

- Doctor, yo sé que ustedes todos son del tercer planeta de Sirio. ¿Sí o no?
- Sí –me contestó.

Lo que ya no era tan chistoso era lo que me pasó con una de las enfermeras tituladas, una chica muy hermosa, de pelo negro, muy inteligente. A veces sonreía, pero generalmente era seria, concentrada en su trabajo. Le dije, un día:

- Señorita, si tiene tiempo, quiero decirle algo. Es usted muy hermosa y, por eso, quiero contarle un secreto, algo que descubrí aquí en Urología –ella me miró con expresión de duda.



– Tiene que tener cuidado con el “Viejo” ¿Sabe qué tiene? Tiene un I. Q. de 180.

– Está equivocado, señor –fue la respuesta instantánea de la chica.

Yo estaba perplejo, tanto por descubrir que ella me había entendido perfectamente, a pesar de haberlo dicho en inglés, lo que en sí era problemático, como por la total seguridad con que me dio su respuesta.

– ¿Qué? Tiene por lo menos 180 –le dije casi gritando.

– Sí. Pero está equivocado, señor –insistió la pequeña mujer.

Asombrado por tal actitud, le pregunté:

– Pero, señorita, ¿cuánto cree usted que tiene?

– Tiene 210 –fue su respuesta firme, segura y terminante, la que no dejaba lugar a duda alguna.

Sorprendido quedé mirándola. De pronto, confundido, balbuceé, casi avergonzado:

– ¿210? Sí, puede tener razón, señorita.

Tuve que apartarme, trasquilado. Estaba impresionado, no por la respuesta, sino por el fervor con que la chica defendía a su jefe, casi con dientes y uñas, porque yo con mis “180” a él prácticamente lo había ofendido, y ella adoraba a ese monstruo estrictísimo que, al mismo tiempo, era mi médico. Ella estaba orgullosa de trabajar con y bajo las órdenes de un genio. Me impresionó su lealtad, algo casi desconocido por mí.

Finalmente, al noveno día me dieron de alta. Había algunas despedidas y, de pronto, estaba en la calle. Era allí donde empecé a hacer un descubrimiento tras otro. En primer lugar, descubrí mi capacidad de hacer sonreír y, a veces, hasta hacer reír a las personas. A todo el mundo, incluyendo personas extrañas y desconocidas, que pasan en la calle, les doy las gracias por hacerme el regalo de sonreírme. En seguida, vi con sorpresa que la ciudad estaba llena de hermosas mujeres, las que antes yo no había visto siquiera.

Debo confesar que yo no creía en Dios, al que yo consideraba el bastón del cojo que los seres humanos se habían inventado para poder caminar por la vida. Sin embargo, en aquella astronave, que es la base extraterrestre aquí en la Tierra y que ellos llaman “Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile”, un nombre largísimo, con su Departamento de UFOLOGÍA, disfrazado por UROLOGÍA, yo vi, besé, abracé e hice chistes a y con los ángeles. Y si los ángeles existen, entonces, según “La Lógica” de Kant, también debe existir Dios y todo lo demás.

El Dr. Pedro Martínez, un vulgar urólogo, un genio con un coeficiente de inteligencia de 210, alias “San Pedro”, el “Viejo Pascuero”, a quien le gusta andar de paseo por el mar en un hermoso yate y que tiene como hobby el vicio de escribir... ¿libros?, tenía que venir a la Tierra, para, con la ayuda de todo su equipo de extraterrestres y angelitos, mostrármelo.



*Due cose al mondo non ti abbandoneranno mai:  
L'occhio de Dio che sempre ti vede, il cuore della Mamma che sempre ti segue.*  
Francesco d'Assisi

*Óleo pintado por Bertram Zupeuc, 1995.*

## *Las violaciones*

*Lo peor que los seres humanos hicieron en el siglo XX*

**E**n la mayoría de los casos es difícil que una mujer pueda defenderse contra las agresiones de un hombre, el cual, por estructura, es más fuerte. Estoy dispuesto a conceder que posiblemente las leyes de la naturaleza hayan hecho a la mujer físicamente más débil, a fin de darle al hombre la posibilidad de fertilizarla hasta en contra de su voluntad, como una salida extrema a la sobrevivencia de la especie. Desde luego, sería completamente imposible que una mujer pueda defenderse de 4 ó 5 hombres, incluso si esta fuese más fuerte que cualquiera de ellos. En mi opinión, el acto más cobarde que un hombre puede cometer, es la violación de una indefensa mujer, que no quiere tener un hijo de él.

Alrededor del año 1993 circulaba en todos los medios de comunicación la noticia, que tú también debes haber oído o leído, pero apenas tomaste nota y estoy seguro que ya la has olvidado completamente. La noticia ni siquiera te tocó, no era de tu incumbencia. Tú estabas viviendo en otro país, donde tales cosas suceden tal vez ocasionalmente.

No creo que la historia de la humanidad pueda mostrar ni siquiera algo similar a lo sucedido. Me he tomado la molestia de analizar esta simple “noticia”, por la cual NADIE se preocupó, y según algunos, los crímenes fueron cometidos por hombres “valientes”, que no tenían miedo a nada, considerados hasta “héroes” y con la aprobación del gobierno, para el que estaban “trabajando”.

La siguiente es la “noticia” que he analizado (guerra de Bosnia 1992-1996):

“Más de 20.000 mujeres fueron violadas en 15 días en Bosnia. Dicen que el total de mujeres que sufrieron abuso sexual o violación asciende a más de 50.000”.

Yo diría que es una cantidad increíble, sobre todo para un pequeño país como Bosnia con una población de 4.000.000 de habitantes. Significa que al menos el 2.5% de las mujeres que viven en Bosnia han sido violadas, pero lo que es aún más terrible, es que más de 20.000 fueron violadas en dos semanas. La noticia explica que además cada mujer fue violada un promedio de 5 veces seguidas, en muchos de los casos incluso hasta 10 veces consecutivas, un hombre tras otro, sin descanso. Esas mujeres tenían entre 12 y 60 años.

Si consideramos que 20.000 mujeres fueron violadas 5 veces promedio en forma consecutiva, significaría que ocurrieron 100.000 violaciones en dos semanas o, más bien, entre 4 a 5 violaciones por minuto, una cada 12 segundos.

Yo no soy mujer, y me pregunto qué debe sentir o pensar una mujer cuando la agarran cuatro hombres por los tobillos y las muñecas, mientras el quinto abusa de ella. La unión entre una mujer y un hombre es ciertamente lo más

hermoso que puede ocurrirle a ambos, sin embargo, creo que una violación es, por el contrario, lo más horrible que podría sucederle a ella.

Pero la “noticia” que tú, entretanto, has olvidado, continúa:

“El 50% de estas mujeres fueron torturadas y matadas después de su violación”.

Esto equivale a una mujer asesinada cada dos minutos durante quince días.

Quisiera que recuerdes que toda la ropa les fue arrancada, estaban desnudas, y después de la quinta u octava violación, uno de los hombres tomó un cuchillo y le cortó uno de los pechos, lo lanzó lejos y, en seguida, le cortó el otro, mientras gozaba de la horrorizada mirada de la mujer. Finalmente, le atravesó el ombligo y le abrió el vientre hasta el hueso púbico, donde el cuchillo se detuvo, para después desgarrarle sus vísceras. Luego de haberse desmayado por el dolor y por la pérdida de sangre, la cortaron en pedazos, comenzando con un brazo, a continuación con el otro, seguidamente las piernas, etc.

¿Quién hizo esto? ¿Seres humanos? ¿Hombres fuertes y valientes? ¿Héroes?

La “noticia” que tú has olvidado, continúa mencionando que de las 10.000 mujeres, aproximadamente, que salieron con vida, el 50% quedó embarazada, esto es, un embarazo cada 4 minutos. Desde luego, es inútil discutir sobre cuál de los 5 u 8 malnacidos finalmente sería el padre del bastardo. ¿Cómo saberlo? Ella tuvo que sufrir los 9 meses de embarazo, solo para dar a luz una creatura que más tarde dejaría en la puerta de alguna iglesia. Entre estas mujeres había muchas creyentes y muy religiosas en que la idea del aborto era impensable.

No es difícil de imaginar que aquellas mujeres, las que quedaron con vida, embarazadas o no, nunca más serían las mismas. Han sido heridas por una experiencia horrible e inconcebible. Pero ahora viene lo mejor, algo que ni siquiera puedes imaginarte. Aquellas mujeres que “por suerte” quedaron con vida, increíblemente fueron marginadas de la sociedad y maldecidas por sus

propios padres, hermanos, maridos, amigos y vecinos. Rechazadas y escupidas por todo aquel que sabía que han sufrido aquello que nunca debería sucederle a una mujer, fueron castigadas por todos quienes debieron cuidarlas y protegerlas. Estas sobrevivientes en realidad estaban mentalmente muertas; al menos, creo que deseaban mejor haber sido asesinadas.

Pero si tú crees que esto es todo, estás equivocado. He sabido, mientras tanto, que durante las violaciones y matanzas filmaban todo con lujo de detalles, para después vender todo ese material como pornografía “en vivo” y distribuirla por todas partes. La policía y el FBI de USA tienen instrucciones claras de requisar y destruir inmediatamente, sin más trámite, cualquiera de estos videos donde sea que los encuentren. Un lote de estas películas ya se ha encontrado en Los Angeles y San Francisco, California.

Hay algunas personas de las Naciones Unidas y de la Cruz Roja tratando de ayudar a estas mujeres, para que superen de alguna manera su trauma, para ayudarles a vivir nuevamente. Pero ¿cómo van a vivir, si ni en sus propias ciudades natales, donde se criaron, crecieron y están sus parientes, las quieren siquiera saludar? Son precisamente las misma familias y amigos que estas mujeres tenían, los que, como verdaderos seres “humanos”, en lugar de ayudarles y darles abrigo, gozaban causando más sufrimiento y dolor.

El daño causado es inconcebible e insoportable. Es, en mi opinión, lo peor que los seres humanos han hecho durante este siglo de terribles guerras mundiales, persecuciones y masacres como en Auschwitz y Dachau, donde otros seres humanos, que también querían vivir, fueron utilizados vivos para “experimentos médicos”, algo impensable para cualquier persona civilizada. Todo esto sucedió en el mismo centro de Europa, el continente más civilizado. Pasó en el país de mi padre, que antes era el reino de Yugoslavia. País rodeado de otros países que en lugar de intervenir de una vez por todas, se dedicaron a estar sentados en sus cómodos sillones con un trago en sus manos, mirando sus televisores y gozando con el espectáculo de “horror en vivo” que estaba ocurriendo en el pequeño país de Bosnia.

Estoy feliz de saber que no soy un ser humano de este planeta Tierra. Yo solo puedo ser, un ser del espacio exterior, un extraterrestre. Es completamente imposible que yo sea un ser “humano”.

////(((  
**I-0 + 0-I**  
**(I .I. I)**  
---/  
**T**

Autorretrato:

Bertram María, mi nombre terráqueo.  
Riama Tramber, El Extraterrestre (ET).  
Del 7º Planeta de la Estrella Aldebarán.  
En el Cúmulo de las Hyades,  
de la Constelación de Tauro.







*Pichilemu 1990.*

## *El último viaje*

**D**e pronto, me había quedado sin casa y, curiosamente, no tenía dónde vivir. Solo tenía un maletín con documentos y correspondencia antigua, una maleta con las cosas personales y mi radio de onda corta, costumbre que me quedó cuando escuchaba al mundo por el único medio que existía en los tiempos de postguerra. Cuando abordé el avión de vuelta a Santiago de Chile, me acordé de mi hermana Zvonimira, la que cantaba, había construido en 1970 una casa en Pichilemu, la que había quedado inconclusa porque falleció antes de terminarla, sabía que al menos estaba habitable. Ella se preocupó de llevar durante meses, en el único tren con destino a Pichilemu, los recuerdos y reliquias familiares como dibujos, cortinas, sillones, fotos, libros, pequeños adornos y hasta varios recortes de diarios antiguos en alemán. Fue preparando con mucho

cariño y dedicación su futuro hogar, lugar que se vistió de los pocos recuerdos que nos quedaban como familia.

El último sitio que se me hubiese ocurrido, me ha quedado como única posibilidad, un pueblucho de mala muerte que estaba en la costa, a unas cinco horas en auto de la capital, distante de toda civilización y muy frío como para lo que yo estaba acostumbrado en la Selva peruana. Quién podría pensar que a estas alturas de la vida, a mis 64 años, mi hermana mayor, que ya había fallecido hace más de veinte, sería la que me cuidaría. Ella, que después de encontrar la fama en los teatros más imponentes de Europa y de vivir las dos guerras más sangrientas de este siglo, decidió irse a vivir a ese pequeño y lejano lugar. Me imaginaba que planeaba hacerlo con sencillez, al encuentro con la naturaleza y la tranquilidad, como a su paraíso. Curiosamente, ella tenía justo la misma edad que la mía, cuando quiso vivir en lo que sería nuestro último hogar.

Entonces, ya estaba decidido, había que cumplir con el único plan que tenía, ir al encuentro de Pichilemu, al menos por el momento, hasta que se me ocurriera algo mejor, en realidad, no tenía alternativa. Estaba escaso de dinero, por lo menos no tendría que pagar arriendo. Era impensable que yo arrendara un departamento en una ciudad grande, como lo hacía hace 30 años, cuando tenía un trabajo y una entrada fija de dinero.

Tendría que pedirle las llaves de la casa a mi hijo Francisco, la estaba cuidando ya hace unos años, fue el último guardián de esa casa que estaba literalmente abandonada por la familia. A nadie le interesaba, excepto a él, que iba en invierno y en verano durante las vacaciones, como era profesor, podía sacarle provecho. Pagaba las cuentas y le arreglaba lo que fuera necesario, como pintarla, podar árboles, clavar una que otra tabla que se enchuecaba...

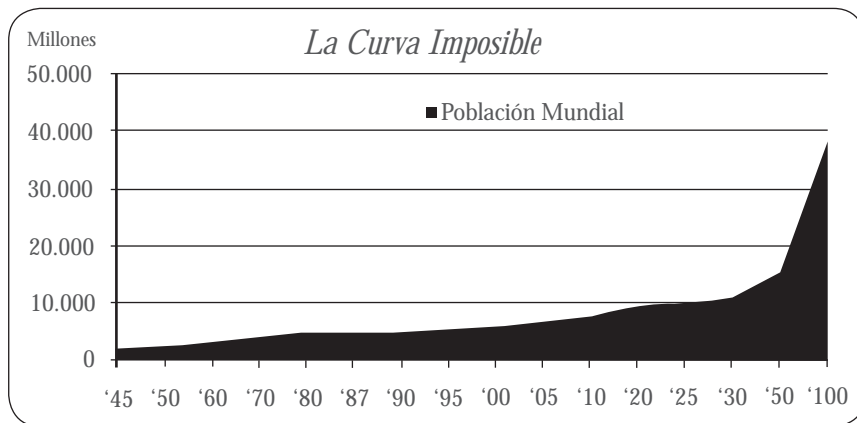
Una vez en Santiago, tomé contacto con mi hijo y con mi "hermana Marion", lo curioso en esta situación era que mi tan querida hermana menor, creyó que yo me había vuelto loco y me envió donde su psicólogo. El famoso psicólogo, resultó ser un psiquiatra, que hasta había sido director del manico-

mio de Santiago. Yo le acepté esa sugerencia, porque quería también saber de qué se trata todo eso y qué es lo que ese “médico” podría hacer conmigo. Fue la experiencia más espeluznante que pude tener, sin considerar lo que me acababa de pasar en la Selva, porque a pocos días yo formaba parte de un “grupo de terapia”, donde escuché cosas nunca antes oídas. Y el mismo doctor Hernán Davanzo parecía más loco que sus propios pacientes. Una mujer hablaba del falo de mierda de su propio esposo, el idiota no sabía qué hacer, porque había engañado a su esposa con otra; también se encontraba un “famoso” neurocirujano que vino por quinta vez para decirnos que le tiemblan las manos cuando tiene que operar, y que él ya no tiene ganas de acostarse con su mujer, y se preguntaba: ¿por qué eso le ocurre a un hombre a los 45 años? Desde luego, cualquiera puede imaginarse que tal descubrimiento me sorprendió, porque yo había tenido un hijo a los 57 años. Después de unas cuantas sesiones, descubrí que todo era carente de toda lógica, no veía ningún avance y también veía como los otros chiflados seguían peor que yo, sin avance y pagando lo que no tenían. ¡Qué desgracia más tremenda!

Se puede decir que entré en algo comparable con un estado de coma. Yo nunca creía que una depresión o algo similar podría acercárseme siquiera, ahora, de pronto, yacía en mi cama, día tras día, pensando ¿qué había sucedido? Todas las personas que me rodeaban se habían vuelto completamente locas, o ¿era yo él que estaba loco? Empecé a echar por la borda todas esas fronteras que me había colocado en mi vida, y decidí partir de nuevo desde un principio. Entonces, pude hacer un descubrimiento tras otro, uno más sórdido que otro, que desde luego no me ayudaban en absoluto a librarme de esa depresión que tenía, sentía que era debido a la absoluta futilidad de todo lo que había hecho en mi vida y de todo lo que me había sucedido. Concluí que había tratado de ayudar a las personas, pero resultó que esas personas no querían ser ayudadas, y para peor me había convencido que ellas trataban de traicionarme. Los que más ayuda recibieron se transformaron en mis enemigos. Para mí, lo que sucedió era impensable.

De tanto en tanto escarbaba en mis recuerdos muchas de mis historias y otras de fantasías enredadas de los tantos libros que había leído en mi vida, la ma-

yoría de ciencia ficción. Me hacían comprender que había pasado por este mundo como un extraño, al que le costaba entender a los de su especie, como un extraterrestre que vino del Séptimo Planeta de la Estrella Aldebarán, en el Cúmulo de las Hyades, en la Constelación de Tauro. Sentía el impulso inevitable que todo debía escribirlo y dejarlo como un retrato de lo vivido. De hecho, uno de mis primeros intentos fue recordar la “Curva Imposible”, que ya había dibujado en la década de los 70, la curva que ahoga cualquier posibilidad de esperanza de sobrevivida para el ser humano. Hoy en día tal vez entendible, pero en ese entonces me tomaban por chiflado. Siempre sacaba a relucir la incapacidad de la tierra para poder albergar tanta población humana, y en los niveles que estaba creciendo año a año. Sumado a los altos estándares de vida que exigían un consumo como si todo fuera inagotable. No tenemos salida, se explica por sí sola “The Impossible Curve”.



Fin de Año	Mi Edad	Población Mundial 10^6 (increase 1,82% p.a.)	Emilia	Fran	Maur	Vivi	Magi	Liz	Sami	Bert
1945	18	2365,4	8							
1950	23	2588,6	13							
1960	33	3100,2	23				5			
1970	43	3713,0	33	10	9	5	15			
1980	53	4446,9	43	20	19	15	25	1		
1987	60	5045,3	50	27	26	22	32	8	7	3
1990	63	5325,8	53	30	29	25	35	11	10	6
1994	67	5724,2	57	34	33	29	39	15	14	10
1995	68	5828,4	58	35	34	30	40	16	15	11
1996	69	5934,5	59	36	35	31	41	17	16	12
1997	70	6042,5	60	37	36	32	42	18	17	13
1998	71	6152,5	61	38	37	33	43	19	18	14
1999	72	6264,5	62	39	38	34	44	20	19	15
2000	73	6378,5	63	40	39	35	45	21	20	16
2005	78	6980,4	68	45	44	40	50	26	25	21
2010	83	7639,2	73	50	49	45	55	31	30	26
2020	93	9149,1	83	60	59	55	65	41	40	36
2025	98	10012,5	88	65	64	60	70	46	45	41
2030	103	10957,5	93	70	69	65	75	51	50	46
2050		15717,1		90	89	85	95	71	70	66
2100		38728,1								

*Para mantener la población humana mundial al mismo nivel o sin crecimiento al alcanzado en 1995, deberían morir o ser eliminadas 106.077.355 de personas anualmente a partir de 1996, año judío 5757.*

*No perder de vista los niveles de erosión, de basura, de polución del aire, de desechos tóxicos de las industrias, de escasez de agua y de escasez de alimentos.*

“Terminar con la superpoblación no resolverá los problemas de racismo, intolerancia religiosa, guerra o disparidad económica. Pero si no resuelves la superpoblación, no podrás resolver jamás ninguno de los problemas anteriores”.

*Paul R. Ehrlich*

“A medida que crece la población planetaria el valor de una vida no solamente declina, sino que al final desaparece. Ya no importa si alguien muere”.

*Isaac Asimov*

“En los últimos 200 años la población de nuestro planeta creció exponencialmente, a una tasa de 1.9% por año. Si continúa esta tasa, con la población duplicándose cada 40 años, para 2600 estaremos todos pegados hombro con hombro”.

*Stephen Hawking*



*Pichilemu 1990.*

Los días pasaban ante mí todos iguales, trataba de escribir, sin mucho éxito. Para cuando tomé conciencia, pude verme sentado, como era de costumbre, siempre acompañado por mi infaltable taza de café cargado y muy dulce, y también con un cigarrillo pegado a mis amarillentos dedos manchados por la nicotina; transcurría el año 1993 y ya habían pasado dos años. En mi absoluta soledad, miraba por la ventana los cipreses que hacían desordenadamente de cerco natural del terreno que circundaba la casa de madera,alzada en palafitos para evitar la humedad. Muy cercano a ella, un viejo aroma, que tocaba con sus ramas una de las paredes de la casa, estaba totalmente florecido, era un hermoso árbol, lleno de pequeños copos amarillos que iluminaban todo el ventanal anunciando la llegada de la primavera. La altura de la casa me daba una posición privilegiada, desde donde podía ver hacia el horizonte una línea de mar azul crispado por el intenso viento. Estaba despejado, todo claro, ya podía intuir que tal vez pasaría el resto de mis días en este lugar, como atrapado al inevitable destino que yo mismo había tejido pacientemente durante años, y tal vez sin tener idea, cumplía nostálgicamente la misma añoranza de mi hermana mayor.

Extracto sacado de “Vivencias de un Helvético Latinizado” por Hans Peter Brändle<sup>1</sup>.

Esta visión, completa desde otro ángulo, la vida de Bertram Zupeuc:

*Por lo que me contaba Bertram en sus cartas, le sucedían muchas cosas positivas y negativas, entre estas últimas, su desengaño amoroso con Jandri, una chica de 24 años perseguida por la mala suerte igual que él, a quien llegó a escribir una carta de amor de 35 páginas. La había conocido en uno de sus múltiples viajes a la capital, para que le arreglasen su filmadora Sony que le fallaba a cada rato, ya que había descubierto un nuevo hobby, o sea, hacer películas de todas las cosas bellas e interesantes en su alrededor. Entre las experiencias positivas citaba su amistad con Trudy Förster, una norteamericana residente en Pichilemu, divorciada de un diplomático y escritora de cuentos infantiles. Según él, era una versión femenina de sí mismo y, por*

<sup>1</sup> Vivencias de un Helvético Latinizado. Un relato autobiográfico de Hans Peter Brändle. 1ª edición: Octubre 2008. © Hans Peter Brändle. Ediciones Fegel. Apto. de Correos N° 567, C.P. 43080 Tarra-gona-España. Imprime: Emgraf (Dúrcal, Granada-España). Impreso en España.

*lo tanto, también vieja y fea. Por lo visto, Trudy le colmaba de regalos y de alimentos que él con su anorexia apenas se los podía. En todo caso, le estaba resolviendo un problema, ya que el dueño del restaurante, donde Bertram solía almorzar, se había ahorcado, además a la manera de los cretinos, con un alambre.*

*Por sorpresa, en mayo de 1996 me llegó una carta de él desde Moyobamba, o sea, la Selva del Perú, en concreto la zona de Tarapoto, bastante al norte del país, que se conoce como la “Ceja de Selva” y que cuenta con algunas comunicaciones terrestres sin asfaltar. Deduje que debe haber sido por ahí donde pasaría los años ochenta con su segunda mujer, ya que, según él, su viaje se parecía al del criminal que tiene que volver al lugar del crimen. Sin embargo, no mencionó para nada su ex mujer y los hijos, solo que el propósito del viaje había sido captar en película las bellezas de la zona, como los extraordinarios paisajes, orquídeas, mariposas y también esas mujeres fabulosas, lo mismo que de la misma ciudad de Moyobamba con su puerto fluvial sobre el río Mayo, el mercado, la fastuosa Plaza de Armas con su fuente y estatuas. Como su filmadora le falló justo antes de tomar el vuelo de Lima a Tarapoto, tuvo que quedarse involuntariamente cinco días en Lima. Los aprovechó para visitar a Dino Sulopulos, su compañero y mi segundo asistente en Adela, como también a sus compadres, los Schaffners, a quienes no había visto en muchos años, encontrándolos estupendamente en su casa nueva, en la urbanización chic de Aurora en la cercanía del Club y Colegio Pestalozzi, y habiéndose jubilado Fred.*

*A mediados del mismo año, Bertram conoció a Darinka, de 34 años, a quien su marido pegaba. La invitó a que se fuera a vivir con él, cosa que esta hizo, ocupando el cuarto de huéspedes y poniendo mucho empeño en transformar la pocilga en una casa ordenada y limpia. Como tenía un diente roto a raíz de la paliza recibida de su marido, Bertram la llevó a su dentista, haciéndole cargo de la cuenta. Esta fue astronómica para el bolsillo de Bertram, y ante la restricción de gastos necesaria, al cabo de unos meses la chica se largó, volviendo Bertram a caer poco a poco en una depresión que se acentuó cuando irrumpieron en su casa para robarle el video, la radio y otras cosas.*

*Por lo que me contó en la carta de octubre de 1997, pasó fatal el invierno (junio a agosto), de por sí bastante crudo en esa región, padeciendo frío y enflaqueciendo más todavía, de modo que su hijo Francis lo trasladó a una pensión en Santiago.*



*Bertram describió su estado de la siguiente manera:*

*- No se puede fumar en la habitación, pero tampoco tengo plata para cigarrillos. Después de las comidas me duele el estómago que se me ha achicado demasiado. Aun con pastilla no logro dormir lo suficiente. Lo peor es que aquí no pasa nada en absoluto. Mi vida es una verdadera desgracia y no quiero ni pensar en que tengo 70 años y tengo que vivir el resto de lo que me queda de vida aquí. ¡Es un horror!...*

*Siguió una sola carta más en 1998 con un contenido por el estilo. En mis respuestas, que posiblemente hayan sido de las redacciones que más me han costado, hice un intento para darle ánimos, pero a partir de cierta fecha hubo un silencio total. Cuando en agosto de 1999 me llegó una carta de Santiago, en la que aparecía Francisco Zupeuc como remitente, intuía el contenido, el cual al leer la carta se confirmó: Bertram había muerto el 10 de julio de 1999. También me enteré de que en los últimos dos años Bertram padecía una enfermedad neurológica parecida al Alzheimer; que iba agravando su salud física y mental, si bien fue un cáncer del colon el que lo liberó de sus sufrimientos.*

*La muerte de mi amigo, aun sin haber vuelto a verlo en veinte años, ha sido un golpe duro para mí, pero más he sufrido siendo antes testigo de la decadencia de ese personaje extraordinario, pero tan mal tratado por la vida.*

Finalmente, Bertram María Zupeuc Flassbarth pasó siete años en Pichilemu y sus dos últimos los vivió en Santiago de Chile, quedando al cuidado de su hijo Francisco. Falleció el 9 de julio de 1999.

Nuestros Franz y Berta se casaron cuando se iniciaba el siglo más sangriento de la historia del hombre, a pesar de las circunstancias, decidieron unirse y consagrar sus vidas por amor en períodos hostiles. Su penúltimo hijo llamado Bertram nació entre guerras, su infancia fue teñida por la batalla, veinte años después nuevamente le toca desenvolverse entre conflictos bélicos dentro de la convulsionada Latinoamérica y posteriormente observar incrédulo cómo se repetían las atrocidades de principio de siglo ocurridas en los Balcanes, la región de su infancia y la de sus antepasados. Estas vivencias junto a la muerte prematura de su padre, la enfermedad irreversible de su hija Vivian, la inevitable separación con su primera esposa y la decepcionante relación con el frío mundo de los negocios, arraigó en él sentimientos y la predisposición de que, a pesar de los esfuerzos, todo lo que se une se vuelve a separar, marcando su vida con la premisa “nada perdura, tarde o temprano todo se hecha a perder”.

A pesar de esto, se dio la oportunidad de reconstruir su vida, de llenarla con esperanza, de dar un vuelco asombroso al mundo con el que compartía, e iniciar certeramente la nueva aventura con amor, rodeado de naturaleza, espontaneidad y alegría. Los acontecimientos permanecieron en secreto, quedando el entendimiento empañado por un velo de misterio. Pudo formar nuevamente otra maravillosa familia y con eso comprender que no son solo tres, sino de ahí en adelante serían seis hermanos. Por razones igualmente misteriosas se terminaría separando sin dar alternativas de reconciliación. En situaciones aparentemente diferentes, el contradictorio destino, vuelve a enfrentar a Bertram con lo inevitable, con lo que marcó la trayectoria de su paso por esta vida: la separación, la desintegración y por ende la soledad.

Después de su partida, sin embargo sus cuentos han sido irónicamente un instrumento de unión, de reconciliación y de reencuentro. Han permitido mirar con renovada curiosidad las circunstancias de la vida y torcer positivamente su derrotada predisposición.

Las dos familias estuvieron separadas por la distancia, las costumbres y el desconocimiento. Hoy, gracias a este libro, han podido conocerse y aceptarse

con generosidad, cariño y respeto después de treinta años. Los actuales protagonistas, los descendientes, sin saberlo, intuyen que tienen la oportunidad de hacerlo diferente y conservar el legado de sus abuelos regalado hace cien años atrás.

Él nos deja la misión implícita de unir nuestros viajes a través de sus cuentos, cuentos de la vida que dan sentido por ser nuestros cuentos.



Franz y Berta: “Solo perdura el amor”.



## *Creaciones de Bertram*



*Dibujo a tinta, 1949.*



*“Siempre corrige un error, porque si  
no lo haces,  
cometes otro error”.  
Proverbio chino*







Birkenwerder 1937.

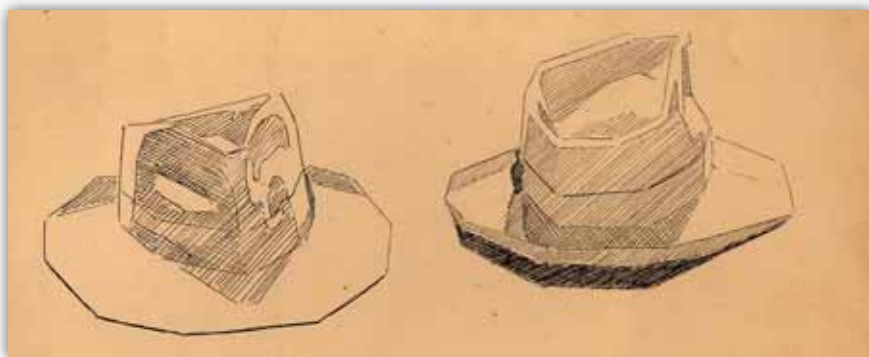


Birkenwerder 1987.

Y al final quisiéramos integrar –a lo escrito– fotos, dibujos y pinturas, para no dejar olvidados en la caja de recuerdos todas estas palabras, viajes y sueños.

## *Dibujos 1948 - 1955*





## *Pinturas 1985 - 1995*



“Vida en la selva”.

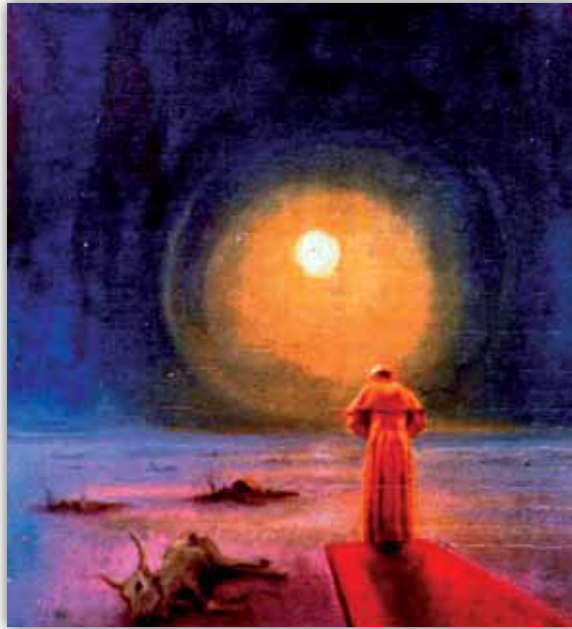


“The UFO”.



“Bañada de Luz”.





“La infinita plegaria”.



“Dos cosas en el mundo no te abandonarán nunca:  
El ojo de Dios que siempre te ve y el corazón de la  
madre que siempre te cuida”.

Francisco de Asís.



“Las Bodas de Canaán”.



“La Sagrada Familia”.



ALTAR: “El Anunciamiento”.

Pinturas en la Capilla Santa Clara en el valle de Mallarauco, al norte de Melipilla, Chile. Por Franz Zupeuc y Bertram Zupeuc, 1952-1954.

*Fotos 1980-1990*



AL

Sacadas al paraíso en Mollobamba,  
Perú

“No te puedo regalar una  
flor, mejor les saco fotos, así  
no las tengo que matar”.



Creaciones de Bertram









Árbol del 7º Planeta de Aldebarán,  
¡jajajá! En nuestro planeta las hojas  
son rojas, no verdes.





